

A tropical beach scene at sunset. The sky is a mix of orange, yellow, and red. In the background, a green mountain rises from the sea. The water is a vibrant turquoise color, and the sand is a light beige. A single black feather lies on the sand in the foreground. The title 'Solo para mí' is written in a large, white, cursive font with a slight shadow effect.

*Solo
para
mí*

Jéssica A. Gómez

Solo para mí

Dedicado y muy especialmente, a aquellos que en alguna ocasión me dijeron que les dejé con ganas de más, hasta lograr que publicara este epílogo.

Espero que con este relato esas mismas ganas se sacien dejando un buen sabor de boca, tras leer una vida fuera de la Torre.

Introducción

–Quizás no sea el mejor momento ni tampoco el lugar, pero llevaba tanto tiempo encerrado en mí mismo y en este edificio, que tras conocerte y por fin encontrarte, ya no aguanto más.

Y de pie junto a Jackson y Erika que sonríen cómplices, la familia Moore al completo que lo mira expectante incluida la nueva y también en compañía de mi madre y Alfonso, Nathan ríe, desata el nudo de su corbata, levanta su copa y observa mi timidez ante el resto, con esos ojos negros que...

Uffff... Ya están mis nervios a flor de piel como siempre si me mira fijamente como ahora, profundo, eterno y oscuro.

–No pensaba hacer esto, sabes que ni entraba en mis planes, pero siento la necesidad de realmente sentir que solo eres para mí, como así dice Jackson que ya es Erika para él.

–¡Suéltalo ya! –grita su prima incluso más nerviosa que yo.

–Rebeka...

–¡Ya está solucionado! –exclama Junior sorprendiéndonos.

–¿Has conseguido el permiso? –pregunta Harold aliviado.

–Claro que sí. Solo teniais que confiar un poco más en mí. Cuando quiero algo... –y me guiña un ojo –. Lo consigo.

–¿Y a qué hora salimos? –pregunta Bea.

–A las 07:15.

–¿Todo listo en la casa?

–Sí tía Helen, ya está todo dispuesto para nuestra llegada triunfal –afirma ante su hermano palmeando su espalda.

–¿No podías esperar, tenias que interrumpirme y dejarme en evidencia? –le reprocha Nathan cabreado e incluso ofendido, manteniendo los puños apretados delante mía, que sorprendida le digo que se calme y él parece cabrearse aún más.

–¿Qué le pasa? –me pregunta Junior en voz baja.

–No lo sé, quería decirme algo y parecía muy nervioso.

–¿Qué me he perdido hermanito?

–Déjame en paz...

–¿Nathan, a qué viene eso? –le recrimina Helen mientras él gira la vista y bebe de su copa, para luego marcharse sin más.

–¿Qué ha pasado? –pregunta Harold aturdido.

–Nathan se ha enfadado, seguramente quería declararse y...

–¡¿Declararse!?! –grito espantada y Erika ríe su comentario.

–¿Y por qué no?

–Pues porque no.

–Ay Rebeka... ¿Cuándo llegarás a conocerlo...? –y le guiña un ojo a Jackson que se levanta y se va con ella, sin que nadie diga nada y tan solo rían su bromita.

–Siento haber aguado la fiesta –comenta Junior.

–Tú no has aguantado nada, ya se le pasará –opina Helen –. Me voy a la cama, necesito descansar. Mañana nos espera un viaje largo y salimos muy temprano.

–Nosotros también nos vamos. Volvemos a Washington y hay que madrugar –dice Angélica –. Vámonos niños, no os entretengáis –y los lleva fuera con John –. Enhorabuena, hacéis muy buena pareja y estoy segura de que seréis muy felices juntos –dos besos a los recién casados, también al resto de la familia incluyendo la nueva y casi todos se van a dormir.

–Yo también me voy, a saber qué mosca le ha picado a tu hermanito del alma...

–Es un cascarrabias... –comenta riendo de vuelta a su silla.

Cinco minutos después, en el último piso de la Torre, lo encuentro mirando a través del ventanal con las manos en los bolsillos y muy tenso, sin dejar de observar mi cercanía.

–¿Qué te pasa? –pregunto abrazándolo por detrás –. ¿Qué querías decirme? –y coge mis manos, las besa y se da la vuelta.

–Ahora ya no importa –y acaricia mi rostro sonriente –. He dicho que quizás no era el momento ni el lugar y mi hermano lo ha demostrado, así que ya no importa.

–¿Seguro? Porque a mí sí que me importa.

–Lo sé, pero ahora no –un beso en mis labios, un pellizco en el culo, sus manos rodeándome y yo con las ganas de saber, qué me oculta.

–¿Ahora tampoco es el momento ni el lugar? –insisto y río.

–No. Todavía no –otro beso y... –. ¿Ya has terminado de hacer la maleta?

–¿Cambiano de tema? –y endurece la mandíbula –. Sí... Todo listo y preparado Señor. –respondo aburrida.

–No seas así, mañana será la primera vez que vayamos a Bahamas ¿No te apetece?

–Pues claro, pero ya sabes que hasta que me digas eso que me ocultas, no pararé de preguntar.

–Cuento con ello –y me lleva a la cama –. Mientras tanto...

De pie, donde solo puedo tumbarme o mantenerme quieta porque su cuerpo delante del mío me tiente a más no poder, sus manos se deslizan por mi cuerpo y me desnudan para hacerme el amor con el mismo ímpetu y ansia, que la primera vez.

La primera vez...

Hemos hecho tantas cosas siendo todas primeras veces, que ahora, en un avión en dirección a las islas ya creo que debería contarle mi secreto, y aún así no lo hago.

Madre mía...

Con todo lo que hemos pasado y las oportunidades que he tenido para hacerlo, sigo sin tener ni idea de cómo y menos de cuándo, contárselo.

Respira Rebeka respira...

Dos meses antes.

–¿Hace falta que me entierres hasta el cuello? –me pregunta escupiendo arena mientras yo cubro su cuerpo como tantas y tantas veces deseé.

–Sí. Y da gracias a que no te tapo la cara –y levanta los brazos deshaciéndose de la arena para frenar los míos juntando mis muñecas –. Si te mueves tendré que volver a empezar.

–Pues empieza por aquí –y las pone sobre su empalmado y sobresaliente pene, en esta playa maravillosa e idílica de Ibiza.

–¡Rebeka!

–Joder... –me quejo al ver a mi madre acercarse.

–¡Toma el móvil anda, que me voy con Alfonso a dar un paseo! –y me alejo de Nathan que enseguida se levanta y se acerca a la orilla –. Te ha llamado Harold, por lo visto Nathan tiene el móvil apagado y su tío quiere que lo llame, dice que es muy urgente e importante –y al dármele me sonrío, acaricia mi cara y me dice que por fin me ve feliz, como nunca –. Gracias por pasar el día con nosotros.

–No tienes que darme las gracias mamá.

–Bueno, no importa. Solo quiero que sepas que me alegro de haber estado con vosotros. Si no llega a ser por el crucero no nos vemos.

–¿Próxima parada?

–Las Islas griegas –confiesa soñadora y feliz.

–Menudas vacaciones te estás pegando...

–Alfonso me cuida muy bien –y le guiña un ojo y él la coge de la cintura para besarla mientras a mí no debería pero me importa, si lo hace en mis narices –. ¿Cenamos? Embarcamos a las doce y cuando regresemos a Barcelona a saber dónde esteréis.

–Claro mamá –y se marcha mientras en la orilla observo al hombre por quien lo di todo, hasta conseguir estar aquí.

Nathan, Nathan Moore.

Cómo he deseado poder disfrutar de ti, fuera de tu hermético y claustrofóbico mundo para mí, confiada y muy segura de que yo, solo soy para ti.

Sí, solo para él.

Eso sé exactamente desde el día que vino a mi casa en plan Oficial y Caballero, rescatándome de la monotonía de mi vida y sobre todo del hermetismo de la suya, e incluso de sí mismo.

Pues de eso hace ya seis meses, tiempo suficiente o eso creí para que comenzara a vivir de verdad, sin saber que veinte años de encierro han sido demasiados para él, y el increíble y gran cambio que ha dado.

Dos días estuvimos en mi casa junto a Erika y Jackson, quienes nos acompañaron durante una semana de ruta por Barcelona, hasta que por obligación o eso dijeron, regresaron a La Torre. Dos días muy intensos llenos de recuerdos y muy buenos pensamientos, en los que no salimos casi nada de mi habitación, excepto para comer y cenar.

Y ellos...

En fin, más de lo mismo. Con lo cual mi madre hizo oídos sordos, vista ciega y blanca y vacía mente, para entender, cavilar y respetar, nuestro idílico reencuentro.

Pero claro, mi madre madre es, así que dos días duramos en su casa hasta que por fin nos fuimos de alquiler a un ático muy céntrico y enorme, donde hemos estado viviendo hasta hace un mes y medio.

Allí aprendimos, que la constancia y la rutina, son su mayor beneficio.

Al principio le costaba bastante salir a la calle e incluso dar una vuelta por ahí, pero estar con Erika y Jackson nos ayudó bastante a lograrlo, aunque solo fuera durante unos días más.

Sin embargo, en cuanto se fueron y nos quedamos solos no supe cuánto me iba a costar incitarlo a salir, sin que nada le afectase. De hecho, hasta acostumbrarse hizo una y otra vez lo mismo, como hoja de ruta para su mente.

En el portal respiraba profundamente varias veces seguidas para así mentalizarse y llenarse de valor, mientras al mismo tiempo sacudía las manos por si temblaban y lo dominaban.

También cerraba los ojos y se decía a sí mismo que era capaz de todo, mientras yo veía que los sudores ya no mojaban su rostro ni tampoco su trastorno le hacía dudar. Lo bueno si cabe es, que alejados de su mundo resultaba realmente sencillo calmarlo y llenarlo de pensamientos, siempre positivos.

Él, simplemente se sentía más fuerte y escuchaba atento mis palabras de aliento y ánimo, al ver que estaba siendo muy valiente logrando lo que a priori, parecía imposible. Pero lo más sorprendente para mí, aunque sepa que siempre ha sido así, es, que cada vez que ponía un pie en la calle me miraba, sonreía y me decía, que conmigo sí podía vivir y ser feliz.

Así que sobreponiéndonos a esos momentos de ingenua superioridad conseguimos que nuestros paseos fueran cada vez más largos y siempre cogidos de la mano, mientras su actitud imponente y muy curiosa también era vigilante y comedida, en exceso.

El gentío, las aglomeraciones que evitábamos por supuesto, la típica habladuría escandalosa y mis nervios por probarlo todo y más, lo alteraban y mantenían en constante alerta. De ahí que cada día avanzáramos más en nuestro privado camino hacia la libertad, pero siempre siendo prudentes y sobre todo estando muy atentos, a cualquier cambio en su actitud. No obstante, siempre estaba conmigo, así que no había momento en que estuviera solo, a no ser que tuviera que ir al baño, cuando también me acompañaba por si acaso no se controlaba entre la muchedumbre, su lío y alboroto.

Y así, entre líos y alborotos estuvimos, durante casi cinco meses.

Así día tras día viendo y disfrutando de Barcelona.

Así 130 tardamos en hacernos al barrio, a la ciudad y a la costa sorprendentemente, donde en la orilla del mar Nathan fue consciente de hasta qué punto estuvo inerte, preso de su propia mente.

Mojando sus pies sonreía y admirando el agua del mar y su ir y venir recordaba, trazos de su infancia. De ahí mi idea de dejar Barcelona. Momento en que, como en un sueño, venir a Ibiza a pasar el verano ha sido y es, lo mejor que hemos hecho.

Pero volviendo a la ciudad Condal...

Durante el tiempo que estuvimos en Barcelona, quedábamos con Miguel y Marta, quienes no parecían sentirse cómodos con Nathan y su actitud seria, fría y vigilante, aunque entendieran que le era muy duro luchar contra su mente dominante e intentar parecer normal, sin serlo, sentirlo o estarlo.

También estuvimos con Paco y Luis, quienes se fueron de viaje en busca de nuevos talentos coincidiendo en destino con Héctor y Jorge, o eso nos contaron al regresar.

A ellos, no volví a verlos, pero al preguntar cómo les iba con sus obras de arte...

Jorge.

Ni qué decir tiene que en cuanto Paco lo nombró mi Nathan se puso furioso o como yo lo entendí, demasiado lujurioso. De hecho esa noche follamos duro como muestra de su dominio y celos, más que eternos. Mientras tanto yo, que me dejaba llevar por su ímpetu, tan solo pensaba en una cosa.

¿Dónde estaría esa estatua de mármol que plasmó todo mi orgasmo?

Pues ni idea, es más, por no preguntar me hice la loca cuando Paco nos contó, que su obra ya la habían comprado.

Entonces en mí surgió otra pregunta, cuya respuesta evité conocer.

¿Quién sería el dueño de mi bien máspreciado?

Pues también ni idea aunque menos mal.

Eso pensé al saber que solo uno o una me observaría, fuera del alcance mundial. Sin embargo, soportar la furia, rabia e impotencia de Nathan, me pasó factura, así que creo que la estatua nunca debería haber existido, o mejor, creo que su destrucción total sosegaría la inquietud de mi hombre.

En cualquier caso ya no importa. Como dice, la estatua de mármol es parte de su pasado y su nueva vida, comienza a mi lado.

Pues bien, para empezar jamás pude imaginar, que ir de un lado a otro en mi Mercedes podría suponer tal satisfacción, entusiasmo y curiosidad, a un hombre.

Pero no a cualquier hombre.

Precisamente a uno que parece un niño adulto estemos donde estemos siempre bajo mi amparo mostrando una personalidad desconocida, romántica y entregada, que al descubrir lo nunca visto, sentido o tocado, agradecido es generoso y complaciente, enamorándome más y más.

Por eso soy feliz. De hecho cada noche junto a mí, mientras observa mi dulce dormir o así lo llama, sus palabras y sutileza al susurrar me hacen olvidar lo malo e incluso a la perturbada y loca de Carol, con quien sueño e intento borrar de mi mente, para no tener un mal despertar.

Por cierto. Durante toda mi vida el mal genio matutino me ha acompañado. Durante gran parte de la vida de Nathan o hasta sus recuerdos, los peores sueños lo han desvelado. Pues bien, desde que dormimos juntos y juntos despertamos, ni él sueña enloquecido, ni en maitines enfurezco.

Eso sí, ahora la que sueña soy yo, aunque la mayoría de las veces, no sé ni con qué.

–¡Rebeka! –y me giro sorprendida –. ¡Báñate conmigo!

–¡Te ha llamado Harold y dice que es muy urgente! –y lo veo nadar apresurado hacia la orilla.

Sí, muy rápido y enérgico. Con sus músculos resaltando en el agua azul turquesa mientras me acerco a la orilla para así distinguirlo mejor y observarlo, cuando venga hacia mí.

Uffff... Cómo se eriza mi piel al verlo mojado y con el agua por sus rodillas mientras el pelo hacia atrás gotea y sus ojos contemplan el mar, en su andar lento, fuerte y varonil.

Cómo me pones Nathan... Cómo me pones en la playa...

Eso hicimos, ir a la playa todos los días desde que supe que como a mí, a él también le fascina.

“Quiero verla...”

Me dijo al poco de mudarnos al ático, o tras años y años sin bañarse en el mar.

Desde entonces no faltamos ni un solo día, a nuestro paseo marítimo.

A ni uno aunque helara. A ni uno.

Y cómo me alegro de haber pasado frío...

Y cómo le afectó la sal y la brisa...

Y cómo cambió su vida al estar en la orilla...

Y cómo se oscurecieron sus ojos al pensar en una isla...

Y cómo me alegro de estar en Ibiza...

En una de tantas que hay en el mundo pero la más cercana y algo paradisíaca, cosmopolita y llena de vida las veinticuatro horas del día, mientras él me hace feliz y me enamora como si este y no otro fuera nuestro destino final, o el principio del camino hacia nuestro único fin.

Entretanto, el mar. Nuestro acompañante por las noches en el puerto y el único deseo de Nathan.

Vivir cerca del mar, bañarse cada día en la playa, revolcarse conmigo en la arena y saber que yo y el nadar, realmente lo liberan.

–Tengo arena hasta en las orejas –dice a mi lado y me besa para luego secarse y llamar a su tío, que enseguida lo cabrea.

Siete minutos alejado de mí y mirando al horizonte. Siete hablando en inglés mientras moja sus pies. Siete demostrando que el amor lo puede todo, o siete en volver.

Pero esos mismos siete son los que tarda, en ser él.

–Se acabaron las vacaciones –dice muy serio y en tensión mientras coge su toalla y la mía –. Tenemos que volver.

–¿Volver adónde?¿Cómo que se han acabado? –pregunto al aire porque él no deja de caminar y yo de seguirlo aturdida y apresurada –. ¡Nathan!¿Quieres hacer el favor de esperar!¿Te juro que no me moveré de aquí si no paras! –y eso hago porque pasa de mí –. ¡Pues aquí me quedo!

–¡Mañana a las 10:00 en el aeropuerto! –me grita sin girarse o frenar –. ¡Y el Sr. Andersson no espera!

–¡¿Y Junior!?!¿Por qué no viene Junior!?! –pero sentada sigo chillando al aire.

Mañana a las diez... Mañana a las diez... Mañana a las diez

Mañana a las diez y para qué...

–Arrrrggg... Qué rabia me da...

Y me levanto, me limpio la arena del culo y corro porque ya ha entrado en el hotel y me espera en los ascensores.

Respira Rebeka respira...

Esto ya lo has vivido Rebeka...

Respira un poco más...

–¿Se puede saber qué te pasa? No te comportas así desde...

–Sí. Ya lo sé. Pero esta llamada no la esperaba y tenemos que regresar a La Torre cuanto antes.

–¿Qué ha pasado?

–Tranquila, todos están bien, no te preocupes. Ha surgido un imprevisto y tengo que solucionarlo personalmente, nada que no pueda arreglar –dice intentando sosegar mi inquietud al verlo disimular su cabreo, mientras besa mi frente como antaño cuando le entraba el pánico o evitaba enfrentarse, a su puñetero trastorno.

–No me mientas Nathan, sé que ocurre algo.

–Déjame a mí. Mañana, en casa, hablaremos.

Y se abren las puertas y entramos en la suite, recogemos nuestras cosas, por la noche cenamos con mi madre y Alfonso que se despiden de nosotros y al día siguiente ya estamos dentro de un avión que nos lleva en silencio y a cada uno a lo suyo, de vuelta al punto de partida.

El principio de todo.

El comienzo de algo que creí olvidado y viendo a Nathan preocupado despierta mi temor por si vuelve a sentir el apego de permanecer encerrado y para siempre, en su Torre de cristal.

Ya no me vale ni respirar...

Seis meses.

Ese es el tiempo que he disfrutado como nunca a pesar de saber que algún día debíamos regresar, a la casilla de salida.

Sin embargo, no esperaba que fuese tan pronto, y aunque hemos hecho casi de todo, nuestra vida fuera de la Torre ha sido tan trepidante, sorprendente y entusiasta para él, que siempre que pensaba en volver yo evitaba ensimismarme en defectuosos recuerdos, para no regresar.

Así que seis meses han pasado muy deprisa y su actitud es tan parecida a la de antes, que ya creo que estar de nuevo en la Torre y volver a lo mismo, acabará

con lo nuestro.

No pienso permitirlo.

Ay... Hemos vivido seis meses inimaginables, pero yendo a la Torre... Seis meses al traste.

–En cuanto llegemos buscaré una casa cerca de la playa, en primera línea –comento sin me haga caso –. No pienso dormir más de una noche en la Torre.

–¿Crees que será tan fácil encontrar algo adecuado para mí?

–No se trata de ti sino de nosotros, y nosotros no podemos revivir...

–Creo que fue eso exactamente lo que nos unió, un edificio del que no me he separado prácticamente en... ¿Toda mi vida?

–¿Lo echas de menos?

–Un poco –responde sonriente y sin mirarme.

–En cuanto llegemos buscaremos una casa en la playa.

–Demasiado alejado del centro.

–Me da igual. No pienso ver como vuelves a encerrarte. Me niego.

–¿Por qué crees que deseo encerrarme? –y por fin me mira y cierra su portátil.

–Porque desde que hemos subido al avión estás como feliz y no lo entiendo.

–Solo echo de menos la rutina –dice acercándose a mí –. No tienes de qué preocuparte.

–Eso ya lo veremos –y me pongo de pie –. De momento aún no me has dicho el porqué de regresar, así que no me vengas con nostalgias porque ya te digo que lo primero que haré será buscar una casa e irme a vivir allí. Y tú, si sabes lo que te conviene, te vendrás conmigo.

–¿Crees que no lo haría? –e intenta frenar mi huida –. No pienso dejarte sola ni un instante, ya sabes preciosa... –y acaricia mi rostro aferrándome a él que se empalma –. Que contigo al fin del mundo, pero sin ti... No tengo vida sin ti.

–Eso es un golpe bajo –y me calla besándome arrebatador y derretida, mi cuerpo flaquea –. ¿Por qué volvemos?

–Erika y Jackson se casan –y lo miro asombrada –. No digas nada, se supone que te lo tiene que decir ella, pero eres tan cabezota...

–No es por eso –opino intuitiva –. Vale, volvemos por ellos, pero hay algo más.

–Los Collins han interpuesto una demanda multimillonaria contra la compañía por daños y perjuicios tras la retirada de fondos de algunos de mis clientes siguiendo mis instrucciones.

–¿Y? ¿No pueden encargarse tus abogados? Erika está al mando y Harold sabe cómo solucionar este tipo de problemas, no entiendo por qué has de ser tú quien lo arregle.

–Carol ha salido del psiquiátrico.

–¡¿Qué?! ¡¿Por qué!?

–Todavía no lo sé pero según Harold soy el único que puede solucionar esta situación.

–Va... ¿En serio?

–Sí, por lo visto la demanda podría ser retirada si acepto cumplir con lo designado por los Collins.

–¿Pero qué coño pasa Nathan? ¿De qué va todo esto? ¿Te pasarás toda la vida cumpliendo cláusulas para intentar ser normal y vivir normal y todo lo que hace una persona normal!?

Y la azafata cruza de parte a parte el avión, intimidada.

–Ahora no es un buen momento para discutir, espera a ver qué quieren, a mí tampoco me gusta, pero mi obligación es escucharlos e intentar no perder tanto dinero como el que me reclaman.

–Está bien. Ahora ya no puedo hacer nada. Pero buscaré una casa en la playa, te acompañaré a tus reuniones con los Collins y me aseguraré de que esa arpía no vuelva a poner sus pies en la Torre, porque como lo haga te juro que no respondo. Eso sí, en cuanto todo esto se solucione, seguimos de vacaciones.

–Preciosa, déjate de reuniones y busca tu casa perfecta. Te aseguro que en los próximos dos meses estarás muy ocupada y tendrás entretenimiento para largo.

–Entretenimiento... –repito airada –. Lo que me faltaba, entretenerme con la defectuosa...

–Olvidala.

–Y encima durante dos meses... –y yo a lo mío.

–Mírame –me pide serio pero cariñoso –. Olvidala.

–Prométeme que después volveremos.

–Te lo prometo.

–Prométeme que te desharás de ellos.

–Te juro que lo haré.

–Prométeme que entrarás en la Torre y volverás a salir.

–No hay nada que desee más que entrar y salir. Quiero estar contigo en la playa.

–Prométeme que seguirás siendo...

–Preciosa... No pienses tanto. Nada volverá a ser como antes ¿Lo sabes verdad?

–Sí.

–¿Seguro?

–Sí.

–Pues déjate de promesas y mentalízate de que dos meses con Erika, dan para mucho.

Y Vaya... Casi lo olvidaba...

Erika y Jackson se casan.

–¡Rebeka! ¡Rebeka bella! –grita Erika al verme.

–Hola guapa... –saludo sonriente y nos damos un abrazo.

–¡Cuánto tiempo! ¿Cómo os ha ido? –pregunta sin dejar de abrazarme muy fuerte y cariñosa –. Tengo muchas cosas que contarte –susurra feliz.

–Pues hasta aquí... todo perfecto –comento cabreada –. ¿Se puede saber qué pasa?

–Nada importante, una demanda millonaria, unos cuantos despidos, la búsqueda de un nuevo Presidente para la zona Oeste y...

–Y Carol.

–No te preocupes, Nathan lo solucionará ¿A qué sí? –y lo abraza apretujándolo mientras él mira a La Torre y...

Y yo lo temo.

–Buenos días –saluda Jackson no sin antes besar a Erika y enredarla entre sus brazos, mientras nosotros miramos.

–¿Cómo estás amigo mío?

–Perfectamente Sr. Moore.

–Jackson... Hemos pasado por mucho, no me llames así.

–Me alegro tanto de volver a verte... –y estrechan su mano, y no sé cuál de los dos hace más fuerza –. Tenemos que ponernos al día Nathan ¿Cenamos los cuatro?

–¡Claro! –exclamo exagerada –. ¡Será divertido! –y Nathan sonrío observando su edificio –. ¿Ocurre algo?

–No preciosa –y besa mi mejilla.

–Harold está en tu despacho –dice Erika –. Steve también.

–¿Steve? –pregunta extrañado.

–Sí, por lo visto quiere volver a la Compañía y... Nathan, creo que sería lo mejor dadas las circunstancias.

–Quiero a ese tío fuera de aquí –impone yendo a la Torre y frenándose en la entrada –. ¿Vienes Rebeka?

–Esta noche hablamos Erika.

–Ciao Bella. Te deseo suerte, por lo visto mi primo ya ha vuelto a ser igual de oscuro que este edificio –y ríe de camino a su coche donde la Jackson la espera, observándola contonearse.

–¿Qué vas a hacer? –le pregunto a un Nathan pético.

–Si entro...

–Ni se te ocurra continuar la frase o nos vamos.

–¿Volveré a salir?

–Vale nos vamos –y eso hago yo.

–Lo echaba de menos y ahora que lo tengo delante...

–¿Por qué crees que no saldrías? –pregunto alejada.

–Me tienta –y vuelvo a por él.

–Nathan mírame –y lo hace al segundo apartándome a un lado para no entorpecer a los que entran y salen, mientras me mete mano e intensamente oscuro me mira y yo solo me dejo llevar, a la esquina de la Torre –. ¿Recuerdas lo que sentiste la primera vez que saliste?

–Sí, jamás podré olvidarlo –y besa mi cuello.

–Pues solo piensa en eso, ya sabes que estoy a tu lado y...

–Y en cuanto entremos te follo –susurra clavándomela fuerte –. Me da igual que me esperen, te follaré porque necesito saber que el hombre de entonces solo es un recuerdo.

–¿Y... –y acaricio su boca con mi lengua –. ¿Por qué tardas tanto?

En la esquina y como si nadie hubiera o nos viera, Nathan me aferra a él y me sube la falda para meterme mano entre piernas mientras me susurra al oído guarradas, me besa con ansia y me acaricia exponiendo mi desnudez ante el mundo, sin que nada más importe.

Pero dos carraspeos de alguien al pasar por nuestro lado y...

–Entremos.

Y frente a la puerta un Nathan controlado y serio que la abre invitándome a entrar por delante suya, al lugar del que cree que no saldrá, como intuyendo un mal karma.

–¡Sr. Moore!

–Ralph... –y se saludan estrechando fuertemente sus manos.

–¿Cómo se encuentra Señor?

–Muy bien. Ahora que he vuelto me siento mejor –comenta aturdiéndome –. Erika me ha dicho que Steve está reunido con Harold.

–Sí Señor y lo están esperando.

–Está bien, enseguida subo.

–¿Pero tú y yo...

–No tardaré preciosa. Te juro que no –y tras besarme se va directo a su despacho, hasta saber cuándo.

–¿Cómo está Señorita Rebeka? No lo creerá, pero la he echado de menos –dice amable y sonriente.

–Yo también Ralph –y lo abrazo cariñosa –. Pero hubiera preferido que nos hubiéramos visto en otro sitio y no aquí.

–Sé a qué se refiere, pero no se preocupe, ahora el Sr. Moore está con usted y no hay nada que le impida salir.

–¿Estás seguro? –pregunto viéndolo agachar la cabeza –. Sé que Carol ha estado aquí, así que me parece que esto acaba de empezar.

–Solo fue una visita de cortesía, pero la entiendo.

–Cortesía... –repito irónica –. Esa zorra no sabe lo que es eso –y suena el teléfono de recepción.

–Discúlpame, tengo que responder.

–Claro Ralph, luego nos vemos.

Y como ya sentí, la soledad vuelve a mí.

En casa, en mi casa y en la suya si bajo, tan solo el solarium me invita a recrearme en un pasado, no tan lejano.

El agua, fresca me tienta a dar un baño mientras recuerdo su tacto sobre mi cuerpo sumergido, como si el tiempo y lo que hemos avanzado, jamás hubiera pasado. Las baldosas por las que ando muestran imaginariamente los pasos que daba a su lado, como cuando no sabía controlarse si bajo cielo abierto estábamos.

Las tumbonas siguen donde las dejamos, como si esperaran la relajación de nuestros cuerpos descansando. Y mi temor por si Nathan vuelve a comportarse como antaño invade mi mente, aunque mis dudas y miedos no existan si a su lado estoy y junto a él superamos, lo que más lo ha dañado.

Sin embargo, no hay nada tan amargo como sentir que de nuevo oculta sus sentimientos y se encierra en su trabajo, para romper con su pasado y así por fin de verdad vivir, por siempre a mi lado.

Pero una hora pasa y...

Y la soledad me come.

Tiempo lento e incansable que paso de invertir en deshacer las maletas e instalarnos aquí, porque visto lo visto no pienso dormir ni una noche en una cama que aunque tentadora y llena de recuerdos y sexo tan solo hace que entrometernos, en donde ya nos escondimos.

Así que una hora o dos esperándolo es lo más normal del mundo estando en la Torre, o en su eterno refugio.

No obstante, media hora más tarde, ya estoy más que harta.

–Ralph, pásame con Nathan.

–Enseguida Rebeka.

Tres pitidos y ya lo tengo al teléfono.

–Llevas demasiado tiempo aquí. Deberíamos salir y dar una vuelta. Acompáñame a Long Island.

–¿Long Island?¿Acaso quieres ir a ver a Helen?

–No. Bueno sí, iré a verla, pero antes quería visitar unas casas que han puesto a la venta.

–No pierdes el tiempo...

–No. Ya te dije que no pasaría más de una noche aquí. Y he visto en una web una casa en primera línea de playa, que...

–Rebeka –interrumpe como siempre y con ese tono que me exaspera –. Ahora no puedo. Estoy intentando mantener a Steve y a los Collins alejados de todos nosotros, pero es más complicado de lo que creí y me llevará algún tiempo llegar a un buen acuerdo.

–¿Eso significa que tengo que ir sola? –y no responde –. Ya veo... Volvemos a la rutina, la que tanto echabas de menos.

–No seas así. Acabamos de llegar.

–No deberíamos haber venido –y de sopetón cuelgo.

Y es que, si él ha vuelto a su oscuro e insoporable carácter, yo más.

En el ascensor, me cago en la Torre.

Bajando en la Carol de mierda.

Deseando salir a la calle me cago en los Collins.

Y cuando las puertas se abren...

–¿Dónde vas preciosa? –me sorprende Nathan que entra y le da al botón 16 obligándome a retroceder hasta empotrarme contra el espejo, teniéndolo muy, muy pegado a mí.

–¿Ya te has librado de Steve? –pregunto sin mirarlo.

–No, pero me he tomado un descanso –dice levantando mi rostro sonriente y perspicaz –. ¿Crees que podrás escapar de mí tan fácilmente?

–No estoy escapando.

–¿Ah no? –y frena al ascensor que nos deja entre la planta 14 y 15 –. He dicho que iba a follarte –y levanta mis brazos sujetándolos con fuerza –. Y lo haré ahora –y me besa con furia mientras levanta mi falda y me baja el tanga.

–No tardarán mucho en saber que hay alguien encerrado y si nos pillan...

–Y si nos pillan qué –me interrumpo lascivo según desnudo lo tengo frente a mí, tentándome malicioso –. ¿Acaso crees que lo dejo todo al azar?

–No. En la Torre mandas tú –y sonrío orgulloso –. Dime que me quieres.

–Te quiero Rebeka, te amo con locura y te juro que nunca he sido tan feliz como lo soy contigo y ahora –y me penetra con fuerza levantándome para ponerme sobre sus caderas y así embestirme una y otra vez sin freno ni pudor ni lentitud suave o tierna, o tan solo mostrando su firmeza y absoluto control sobre mí, como siente y es así, en su propio edificio.

No obstante, a horcajadas no es mi posición favorita.

Sí. Sus embistes son fuertes, penetrantes y sin duda la largura de su pene llega a lugares que en otra postura serían imposibles de rozar, pero el orgasmo que siento tumbada sobre él, con él sobre mí, o boca abajo y él sobre mi espalda, resulta mucho más intenso, caliente y desesperante, al de ahora.

Mientras tanto Nathan me observa fijamente a los ojos y ve en ellos cómo me corro según entra y sale de mí, sin que sepa que por dentro la duda de su lejanía frena mi lujuria y más que libidinoso, comportamiento.

–Dime que me quieres –susurro otra vez como incrédula.

–Te quiero Rebeka, te quiero, te quiero...

Y se corre, yo muerdo su cuello, él echa la cabeza hacia atrás, y lo lamo su garganta, él entreabre la boca, yo inhalo su aroma y cuando vuelve su mirada hacia mí muerdo mis labios y me besa metiéndome la lengua mientras yo solo hago que temer su fuerza, amarlo hasta la saciedad y sentir de nuevo que la más pura y profunda soledad, a mí regresa.

–Ahora ya puedes marcharte –dice como Dios.

–Ahora ya estás en tu lugar –y lo empujo para separarlo.

–¿Por qué estás enfadada?

–¿Por qué hemos vuelto?

–Ya te lo dije. Erika y Jackson se casan.

–Ya –y desbloqueo el ascensor –. Pues yo igual duermo en casa de tu tía.

–Rebeka, tienes que volver –me ordena frente al espejo.

–Odio esto.

–¿Qué?

–Que odio este lugar, odio tu Torre de cristal y te odio a ti.

Con las puertas abiertas, mi orgullo por las nubes, la sin razón adueñándose de mi cabeza y mi lengua más que viperina y sangrante como siempre a la deriva, aquí dentro manda él pero fuera yo soy libre.

–¡Taxi!

–¡Rebeka espera! –mierda...

Él también lo es y ahora me sigue.

Ja... Tiene cojones la cosa...

–¡Rebeka!

–¿Qué quieres? He quedado con la chica de la inmobiliaria y ya llego tarde –y abro la puerta del coche.

–Lo siento.

–¿El qué sientes? ¿Que hayas faltado a tu promesa? ¿Que hayamos vuelto y precisamente por culpa de los Collins? ¿Que te comportes como un gilipollas y me trates como si fuera tu muñeca? ¿O que ni siquiera seas capaz de mandar a Steve a la mierda y venirme conmigo a buscar nuestra casa temporal? ¿Qué sientes Nathan? Porque yo siento mucho haber vuelto.

Y cierro muy bruta en sus narices, con la excusa de ir a ver una casa.

A mitad camino, en silencio y con el río, el mar, los altos edificios a mi espalda, los helicópteros e incesantes aviones que pasan y los barcos navegando por el agua, Nueva York, parece diferente. Sin embargo no lo es, todo sigue igual que hace unos meses, más calor en realidad, pero todo igual. Así que tan solo yo he cambiado y para bien sin duda.

Ahora soy la que fui antes de venir por primera vez. Ahora sé lo que quiero y cómo lo quiero. Pero si esta ciudad no ha cambiado, Nathan tampoco al volver.

Como vea a Carol o me entere de sus tejemanejes...

Como me la encuentre la cojo de los pelos, la arrastro hasta el muelle y la dejo caer atada a una piedra gigantesca para verla hundirse en la mierda, con que nos ha pringado.

Todo es por tu culpa defectuosa mal nacida...

Tu culpa como la mía por no obligar a mi hombre a seguir adelante.

Y delante de mi...

–Buenas tardes, soy Rose Mary. La agente inmobiliaria.

–Hola, yo soy Rebeka.

–Encantada Señorita Rebeka.

–Solo Rebeka.

–Como quiera, por aquí por favor –y tras suya voy por un camino paralelo a la playa –. Las vistas son espectaculares...

Y sí. Las vistas son lo mejor.

A la derecha Manhattan, frente a la casa el mar, detrás de ella una carretera ancha y larga que nos separa de otras casas enormes pero sin vistas a la playa, y mientras Rose habla de lo bonito de levantarse cada mañana con la brisa aireando la cara y el aroma a sal junto al sonido de las gaviotas y el sol enrojecido sino amarillo iluminando la costa, yo pienso en qué coño le estará diciendo Steve, al amo y señor de la Torre.

–La entrada mide 60m. A la derecha está la cocina, muy amplia y con un ventanal que deja pasar la claridad hasta que anochece. Tiene salida al jardín, pero más tarde lo vemos. La cocina es americana y por aquí se entra al comedor. Como verá tiene todo lo necesario para entrar a vivir ahora mismo.

–Muy bonito sí –opino ensimismada en el único hombre que agudiza mi sonrojo si lo veo o me lo encuentro o las cosas del destino caprichoso, mientras camino por una casa a la que no hago ni caso porque solo quiero que esté lejos de la Torre y muy cerca del mar.

–Si continuamos por aquí llegamos al salón –y la sigo sin ganas –. Aquí no hay muebles, pero si necesita una decoradora podemos facilitarle una de las mejores.

–Vale. Enséñeme la parte de arriba –y subo con ganas de estar en la terraza.

–Cuatro habitaciones, todas muy amplias con baño propio, vestidor y grandes ventanales que...

Que me da igual.

Que mientras Rose Mary habla y me enseña la casa yo la veo pero no la miro, la oigo pero no la escucho, la sigo pero como si me llevara arrastras y mientras la dejo ensimismarse en lo espléndida que es, yo solo quiero que Nathan me llame y escape de su encierro.

–¿Cuánto? –pregunto interrumpiéndola.

–Podemos bajar al jardín trasero y allí concretar el precio mientras le echa un vistazo a la piscina y...

–¿Está en alquiler o solo compra?

–Los propietarios prefieren venderla pero podemos llegar a un acuerdo si ustedes...

–Dígame cuánto.

–11.500\$ mensuales.

–De acuerdo. Le extenderé un cheque –y al firmarlo me viene a la cabeza un recuerdo enriquecido o los millones que Nathan traspasó a mi cuenta porque según él yo soy su guarda y custodia, incluso hasta de su alma.

Su alma...

La que temo se oscurezca como sus ojos aunque sepa que aquí junto a la playa, azul clara la vuelva como el agua.

–Es usted una mujer muy decidida. Todavía queda mucho por ver, pero sin duda le ha gustado.

–Sí. Ya le he dicho que es preciosa ¿Cuándo podría venir la decoradora?

–¿Mañana por la mañana le viene bien?

–Mañana será perfecto.

Y tras despedirme de ella llamo a Helen, como su casa no está lejos decido ir paseando para así pensar en lo que me espera, y al llegar llamo a Erika porque esta noche toca cena familiar y no porque yo quiera, sino porque Helen lleva meses sin ver a su sobrino y el resto de la familia aún no lo ha visto desenvolverse en otro lugar, que no sea La Torre.

–¿Pero no íbamos a cenar los cuatro juntos? –pregunta Erika alterada.

–Tu madre se ha empeñado ¿Qué querías que hiciera?

–Bueno no importa. Por cierto ¿Qué tal la casa? ¿A que es muy bonita? El mes pasado fui a verla y me encantó.

–Sí Erika, es preciosa y justo lo que buscaba. Gracias por recomendarme esa web.

–De nada Bella. Esta noche hablamos, tengo que contarte algo y estoy impaciente.

–¿Vais a pasar por la Torre antes de venir?

–Sí, tengo que firmar unos documentos y ya sabes cómo es Harold, enseguida se pone nervioso.

–Como tu primo...

–Sí. Igualitos...

–Hazme un favor Erika.

–Lo que quieras.

–Díle a Ralph que baje nuestras maletas y las meta en tu coche. Nathan vendrá con vosotros.

–¿Ya lo sabe?

–¿El qué? ¿Que no volveré a buscarlo?

–Bueno eso... Y lo de la casa.

–No, pero no me importa. Ya la verá cuando venga.

–Como quieras. En un par de horas nos vemos. Ciao Bella.

–Hasta ahora Erika.

Pero...

Ay...

Ya me gustaría estar tranquila...

–Te estoy esperando –dice Nathan al llamarme media hora mas tarde.

–Estoy en casa de Helen, no voy a regresar a la Torre para recogerte y luego volver. Puedes venir con Erika y Jackson, Ralph se encarga de nuestras cosas.

–Preferiría que estuvieras aquí –insiste con voz grave.

–Pues no estoy Nathan. No pasa nada por que vengas con tu prima y Jackson.

–No. No pasa nada. Pero no te entiendo.

–Yo a ti tampoco.

–¿Volvemos a lo de siempre?

–Has sido tú quien nos ha traído hasta aquí.

–¿Cuántas veces tendré que decirte que no puedo evadir mi trabajo? Es mi responsabilidad y obligación atender...

–¿Ya has acabado con Steve?

–¿Qué te pasa con Steve?¿Es que solo te interesa si me he desecho de él? Estoy intentando hacerte entender que...

–Lo entiendo todo Nathan y sí, solo me interesa que eches a Steve y a los Collins de aquí de vuelta a Washington.

–Pues asunto resuelto, ahora por favor, ¿Vienes a por mí?

–¿No sabes venir tú solito?

–Rebeka...

–Nathan...

–Cuando te pones así te juro que...

–Llama a Jackson, él te traerá –y cuelgo cabreada.

Sí. Mucho y bastante.

No deberíamos estar aquí. Él mismo me prometió una tarde que no volveríamos, es más, si por obligación lo hacíamos, tan solo sería para despedirnos y emprender un nuevo camino. Por eso le cuelgo. Porque está faltando a su promesa y parece encariñarse de nuevo con un edificio que antaño me cautivó y ahora por dentro solo hace que llenarme, de odio y nervios.

–¿Quiere un bollo? –me pregunta Lola sonriente y yo me lo como incapaz de sosegar mi enfado y acritud –. La señora la espera en la terraza.

Y hacia allí voy para ayudarla a poner la mesa en el jardín, mientras pienso en si Nathan será capaz o no de venir, tras negarme a ir a buscarlo.

Ese es mi dilema. La posibilidad de que no recuerde en qué debe de pensar para salir, si lo hace sin mí. Y es que, desde que en mi ciudad natal se acostumbrara a estar a todas horas conmigo, no ha hecho nada solo y tampoco lo ha intentado. Sin embargo y ya como hizo en su momento, al lado de su amigo y de Erika, la única que en cierta manera o eso dice se asemeja a mí, al cabo de una hora llega y bastante relajado siendo el centro de atención de los Moore, en una cena dedicada a su persona, hecha a su medida y en su honor.

Ellos, que sorprendidos no dejan de preguntarle qué siente y qué ha sentido en cada una de las cosas o experiencias que ha vivido y compartido conmigo, sonrían exaltados, lo aplauden y lo felicitan constantemente, incrédulos y asombrados.

Ellos, que a su vez me agradecen la entrega, tenacidad y fuerza que le he inculcado, me elogian y se enorgullecen de él, transmitiéndonos el cariño y gran amor que nos tienen.

Y ellos, que se muestran más que agradecidos no se dan cuenta de lo que esconden Jackson y Erika, o quienes muy acaramelados no dejan de toquetearse, darse besos juguetones y exhibir evidentemente, su calenturienta atracción.

Mientras tanto yo disfruto en el jardín de una casa en la que Nathan no había estado desde poco antes de que asesinaran a su madre, o eso ha mostrado al llegar, de hecho se ha quedado parado en la entrada mirando a su alrededor, como recordando su niñez.

Parecía insensible a cuanto observaba. Frío e imperturbable según caminaba. Pero al levantar la mirada y verme admirar su aplome y firme paso, oscuros sus ojos rasgados han brillado mientras se acercaba despacio, pero con las manos temblando.

No obstante y a pesar que tiene que aprender a controlarse esté donde esté y con o sin nadie a su lado, los dos sabemos que su agorafobia no tiene cura, porque

no es una enfermedad.

Es un trastorno mental y sus consecuencias son físicas.

Tan físicas como él, que durante la cena mantiene la calma al acariciar mi mano bajo la suya, que aun controlándose está disfrutando bajo cielo abierto, que aun respirando a veces rápido y otras lento vigilante de su acelerado corazón juguetea con el césped al rozar sus pies desnudos y, que aun lleno de ansiedad se pone a contar del uno al cinco si perversa su mente prevalece, consciente como yo aunque lo neguemos de que es así y será así, por siempre.

Y es que la ansiedad es, parte de la vida. Su vida. Y aunque a priori y en la mayoría de los casos es buena, en exceso puede volverte loco.

Así es él, un loco de por vida y no solo por ser diferente.

Tal y como él mismo dice...

“Un hombre solo y encerrado que creyó estar loco hasta el momento en que por fin descubrió que locura de amor, la suya al poseerme.”

Y yo, que no me canso de escucharlo y de saberlo, disfruto del sentir de sus palabras, cuando me dice te quiero.

Te quiero.

Lo mismo que le dice Jackson a Erika mientras esta se pone de pie y como su primo pero de otra manera, loca se vuelve.

–Ven. Quiero enseñarte algo.

–¿Hace falta que nos escondamos?

–Sí. Nadie lo sabe. Tú eres la segunda –y ya intuyo qué es.

–Mira.

–¡Madre mía menudo pedrusco!

–¡¿A que sí?!

–¡Le habrá costado un riñón!

–Bueno... No tiene tanta importancia... –y levanta la mano y la mueve despacio mientras la luz de la luna ilumina el anillo, que brilla resplandeciente y muestra inigualable, su gran diamante.

–¡Enhorabuena guapa! ¡Te mereces esto y más!

–¡Gracias! ¡Estoy súper contenta y súper enamorada!

–Si se te ve...

–Jacky es extraordinario, me trata con dulzura, siempre está a mi lado atento a todo lo que hago, cada dos por tres me besa, me acaricia, siempre sabe qué quiero y cómo, es encantador, tierno, cariñoso, es...

–Te quiere Erika, Jackson te quiere mucho y desde hace...

–Y yo a él Rebecka. Es lo mejor que me ha pasado y no entiendo cómo he podido estar tan ciega y no haberme dado cuenta de lo mucho que me ama. Pero ahora ya lo sé, por eso nos casamos, porque para qué esperar. Él esta enamorado de mí desde que era una niña, así que le dije que sí y sin pensar.

–Como todo lo que haces...

–¿Crees que he hecho mal?

–No Erika. Perdona si no río tanto como tú. Es perfecto, Jackson y tú sois la pareja perfecta y me alegro muchísimo de que deis este gran paso –y la abrazo sonriente y ella me dice al oído que es feliz, que desea mi felicidad y que por fin su primo vive de verdad, gracias a mí –. Déjalo Erika. No necesito que me consueles, yo solo quiero marcharme muy lejos con él y no volver.

–Lo sé. Pero no te irás hasta el día después de mi boda.

–No pensaba hacerlo antes.

–No podrías tampoco. Eres mi dama de honor.

–¿Qué?!

–Pues eso. Que te toca organizar la boda, elegir los vestidos de mis amigas, ayudarme a comprar los regalos, también mi vestido, organizar la despedida de soltera y controlar que Bea y mi madre no me llenen las mesa de flores y esas parafernalias que tanto odio.

–Ufffff... Joder Erika...

–¿Qué pasa?¿No quieres ser mi dama de honor? –pregunta asustada e incluso ofendida.

–No es eso, me hace ilusión, claro que sí ¿Pero de verdad es necesario que sea yo quien organice todo? Somos muchos y ellos podrían ayudarme.

–No quiero nada convencional. Tú me conoces y sabes que lo escandaloso pero romántico me encanta, así que solo tú eres capaz de que todo salga tal y como deseo.

–¿Solo yo?¿De verdad que no hay nadie más?

–No puedes negarte. Nathan es el padrino aunque todavía no lo sabe y ni idea de cuándo se lo dirá Jackson, pero si mi primo está en esto, tú también.

–Vale. Pero no sé ni por dónde empezar...

–Tú tranquila. Solo tienes que seguirme –dice contenta y entusiasmada de vuelta a la mesa, como si seguirla fuera tan fácil para mí.

Ella y sus compras...

Dos meses tras ella y sus compras...

Respira Rebeka respira...

¡Tin tin tin tin!

–Siento interrumpir –dice Jackson tras golpear suavemente su copa –. Pero tengo algo que anunciar.

–Tenemos algo que anunciar –concreta Erika levantándose y cogiendo su brazo.

–Sí amor, los dos juntos –y la besa tierno y sonriente.

–Venga... Dejad de magrearos...

–¿Envidia Junior?¿Aún no hay nadie capaz de soportarte?

–Muchas primita, hay muchas, pero ninguna vale la pena.

–Será eso...

–Creo que Jackson quería anunciar algo importante.

–Gracias Harold. Como decía, tenemos algo que anunciar.

–Ay, qué alegría hija...

–¡Déjalo hablar mamá!

–Nathan –y este se sorprende –. Tengo que pedirte lo que nunca imaginé, pero me alegro de que seas a tú a quien poder confiar mi honor, en este gran día.

–Jackson...

–Lo sé Nathan, sé que lo sabes y que no es costumbre hacer esto, pero Erika lo desea y dadas las circunstancias eres el más indicado.

–Te equivocas, creo que Harold debería hacer los honores.

–No primo. Eres tú.

–Está bien ¿Qué puedo hacer por vosotros?

–Deseo casarme con Erika. Deseo pasar el resto de mi vida con ella. Deseo a la única de quien he estado enamorado desde el primer día que la vi. Nathan Moore, te pido su vida, te pido su mano. Yo, te juro que la amaré y respetaré por siempre y hasta el último día. Erika y yo queremos tu bendición, que seas tú quien la lleve al altar con la confianza de que tu amigo, tu mejor y más fiel amigo, la cuidará y protegerá.

–Oh Erika... –y Helen se levanta y los abraza al unísono mientras yo lloro, Lola llora, Bea llora, Harold llora y Junior ríe y aplaude.

Entretanto Nathan está más blanco que el papel y no puede ni ponerse de pie.

–Primo... ¿Vas a decir algo o...

–No me lo esperaba –responde restregando su cara –. Esto no me lo esperaba...

–Pues nosotros estamos esperando tu respuesta Nathan –le dice Helen impaciente.

–Claro, perdonadme –y de pie levanta su copa, se pone en medio de los dos, los mira y sonríe perplejo y en un segundo y medio los abraza y susurra al oído, lo que nadie escucha.

Algo que los hace reír y da a pensar, que es un sí.

–Tenéis mi bendición, confío en ti Jackson, siempre lo hice, así que ahora que me pides su mano... –y las junta –. Yo juro que seré quien la lleve hasta ti, en el día señalado.

Lo siguiente...

Lo esperado.

Aplausos y lloros, risas y alegría, habladuría y entusiasmo, besos y abrazos, confesiones y comentarios.

Todo eso nos une en este maravilloso momento y acrecienta los nervios de saber que en dos meses a contar desde hoy Nathan y yo seremos, aparte de Erika y Jackson, el centro de atención.

No sé si respirar...

No sé si pensar...

No sé y ya veremos cómo haremos para que se sienta seguro de sí, si entre la multitud debe desenvolverse y andar unos cuantos pasos con su prima del brazo evitando que su temor al ser observado lo domine, o lo llene de pánico.

Ya veremos ya...

No obstante, lo suyo es momentáneo y pasajero, así que creo que lo peor me lo llevo yo, que tendré que estar durante dos meses tras los pasos de Erika sean cuales sean y me lleven donde me lleven, con tal de que su boda salga perfecta y como desea.

–Será aquí –dice Helen de repente –. Si te parece hija...

–Claro mamá, será lo único en lo que puedas opinar, así que la celebraremos aquí, pero para todo lo demás... –y me señala con su dedo inquisidor mientras me escondo.

Madre mía... La que me espera es tremenda...

Menos mal que el desparpajo y la alegría dominan a Erika y no tendré mucho que organizar, si lo que quiere es despiporre.

–¿Podemos hablar? –me pregunta Nathan muy serio.

–Claro –y me lleva de la mano al jardín de la entrada.

–No creo que pueda hacerlo.

–¿El qué? ¿Llevar a tu prima hasta Jackson?

–Sí. No creo que sea el más indicado.

–¿Y por qué no? ¿Qué temes?

–Caerme, sudar, temblar, no poder caminar y sentir que todo el mundo me mira y ve, que no sé controlarme.

–Ya he elegido nuestra casa.

–¿Me has escuchado?

–Sí, perfectamente –y me mira incrédulo –. Pero no pienso hacerte caso, ya lo has superado y ese día, cuando estés al lado de tu prima, podrás hacerlo, estoy segura de ello, así que no lo pienses.

–Ya... Que no lo piense... –y restriega su rostro mientras se sienta en los escalones –. Eso es muy fácil decirlo...

–Decirlo y hacerlo –y su silencio me da pie a seguir con lo mío –. Es preciosa, no está muy lejos de aquí y es perfecta para nosotros, sobre todo para ti.

–Ya...

–Esta noche dormiremos allí y espero que te guste.

–¿Esta noche?¿Por qué tan pronto? Mañana por la mañana tengo una reunión y...

–Y tienes un nuevo chófer que perdería el culo por recogerte estuvieses donde estuvieses, así que la distancia no es excusa para volver a la Torre, te dije que no dormiría allí.

–Que pierda el culo...

–Sí, creo que es gay.

–¿Y tú cómo lo sabes? Solo lo has visto al recogerlos en el aeropuerto.

–Es gay Nathan y te mira de una manera muy...

–Prefiero que hablemos de la casa –y se levanta, me coge de la mano y juntos caminamos por el jardín mientras le cuento que dos meses serán suficientes para solucionar sus problemas y así poder marchar, y no regresar.

Entretanto, organizaré una boda. La boda de Erika.

Y lo haré siendo su dama de honor.

¿Y qué coño significa eso?

Pues un marrón. Un marrón muy gordo.

–Nos vamos –dice Nathan mientras todos están felicitando a los prometidos según comentan cómo deben de preparar una boda a la que asistirán más de 600 personas, mientras a mí me da un sofoco con tan solo pensarlo –. Felicidades Jackson.

–Gracias amigo, por fin Erika será solo mía.

–Sí, solo tuya –y me mira perspicaz y más que encantador.

–¿Mañana me acompañarás a la boutique? –pregunta Erika entusiasmada –. Tengo que enseñarte los vestidos de novia que he seleccionado y necesito tu consejo.

–Claro, al fin y al cabo soy tu dama de honor y todo tiene que pasar por mis manos.

–¡Qué bien Bella!¡Voy a casarme!¡¿Te lo puedes creer?! –y da saltitos mientras ríe y salta y ríe y salta y ríe y salta y...

–Querida prima –interrumpe Junior –. Seguramente lleve a una amiga, no debería importarte pero ella...

–¿En serio Junior?¿Serás capaz de presentarte oficialmente con tu novia?

–No es mi novia, solo una amiga y ella es...

–No importa como sea, tú tráela, me encantará conocerla.

–Está bien. Yo también me marchó, he quedado con ella y no quiero llegar tarde. Nathan, cuidala –le pide a su hermano señalándome –. No sabes lo que tienes.

–¿Y qué crees que hago todo el tiempo?

–Hermanito... No deberías haber vuelto –y dicho esto se va, yo pienso lo mismo que él y Nathan...

Nathan se desvía de su familia y lo hace cabreado.

–¿Y ahora qué? No tenemos coche –comenta al salir de la finca –. ¿Ves? Si hubieras vuelto a la Torre...

–Podemos ir paseando.

–Cómo no...

Y con su brazo sobre mis hombros...

–Cuéntamelo.

–¿El qué?

–Lo que te ha pedido Steve y la razón de estar aquí.

–¿Ahora?

–Sí ahora.

–Es tarde, tengo que ultimar los detalles de la reunión de mañana y tú has alquilado una casa que no conozco y tendré que escuchar, hasta que me sienta seguro y pueda seguir con mi vida.

–¿Tu vida?

–Sí, mi vida y mi trabajo.

–Tu vida y tu trabajo... –repito condescendiente –. Está bien, ya hablaremos en casa.

Y seguimos caminando en silencio, unos seiscientos metros.

–Es esa –digo señalándola.

–Es muy grande.

–Sí, pero no la escogí por eso –y miro el mar –. Era la única disponible a pocos metros de la playa ¿Te gusta?

–Sí, pero está muy lejos del centro.

–Solo a una hora, además, se supone que no tienes por qué ir a La Torre. Estamos de vacaciones ¿Recuerdas?

–Rebeka, durante al menos unas semanas estaré bastante ocupado y lo que menos necesito es estar perdiendo el tiempo yendo y viniendo.

–No pierdes el tiempo Nathan, estar aquí es lo mejor para ti y la superación por completo de tu trastorno ¿Es que no lo entiendes? Si nos quedamos en la Torre...

–¿Sigues pensando que volvería a encerrarme?

–Eres tú quien me preguntó antes de entrar si serías capaz de volver a salir.

–¿Se puede saber qué te pasa? Desde que dije que debíamos volver estás enfadada conmigo, no has sonreído ni una sola vez y no dejas de reprocharme que...

–Ven, pasa, te la enseñaré.

–No –dice imponente en la puerta –. Querías hablar, pues hablemos –y me coge de la mano cerrando tras de sí para llevarme hasta la playa y cerca de la orilla desnudarse, mientras yo lo miro.

–Íbamos a hablar, no a bañarnos –comento orgullosa.

–Podemos hacer las dos cosas –y se adentra en el agua de espaldas mirándome fijamente –. Ven preciosa. Ven conmigo.

–¿Si voy me contarás qué quieren los Collins?

–Sí.

–¿Y también qué coño quiere la defectuosa?

–Sí, también te lo contaré.

–Está bien –y mientras él se zambulle, yo me desnudo.

A su lado, no importan los Collins. Ni siquiera que Carol haya salido del psiquiátrico en tan solo unos meses debido a la presión ejercida por su familia, para tenerla en casa medicada.

No. Al lado de Nathan nada importa porque en la playa, el lugar que más le gusta y despierta su curiosidad, se siente libre y de verdad.

Así que la visita de cortesía de Carol solo fue una llamada de atención por lo visto a escondidas de su padre y no volverá a repetirse, porque los Collins se han comprometido con el beneplácito de los médicos que la tratan, a mantenerla bien alejada de Nathan y de su empresa.

–No te preocupes por ella –me pide acariciando mi rostro.

–Eres tú quien me preocupa.

–Solo serán unos cuántos días de negociaciones. No pienso estar alejado de ti más tiempo del que soy capaz de soportar. Y ya sabes que no aguanto mucho –un beso en mis labios y sus manos ya las tengo en el culo adelantándose, por entre mis piernas.

–Me prometiste que no volveríamos.

–En dos meses nos marchamos –susurra en mi cuello.

–Se supone que íbamos a estar solos, viajando por ahí.

–Y lo haremos preciosa –un mordisco y su mano en mi pelo inclina mi cabeza.

–Estábamos tan bien en Ibiza...

–Compraremos una casa en la isla.

–¡No quiero una casa! –y aparto su boca de mis tetas.

–¿Y qué quieres Rebeka? –y me sube encima suyo.

–Prométeme que no cambiarás.

–Prometido.

–Prométeme que en una semana solucionarás tus problemas.

–Será complicado.

–Prométemelo.

–Prometido.

–Prométeme...

–Demasiadas promesas –y me hunde en el agua y al salir lo encuentro mirando el océano, que en calma y oscuro tan solo la luz de la luna permite, ver más allá –. Algún día me compraré un barco. Uno como el que vimos en el Puerto de Barcelona.

–¿Uno como el del Jeque? ¿Ese gigante de tres pisos?

–Sí. Uno muy grande. Una casa flotante donde pueda vivir, pasear y estar tranquilo en mitad del mar. ¿Te gustaría?

–Ya sabes que sí –y lo abrazo por detrás.

–Me gustaría dar la vuelta al mundo en barco.

Y con su espalda erizada, con mis pechos deslizándose por ella mientras la beso despacio y con mis manos en sus caderas y las suyas manejando las mías directas a su polla, no hay nada como sentir que por fin puedo vivir de verdad y con el hombre que amo.

–Ven aquí.

Y de nuevo encima suyo, tan solo el agua salada y la luz de la luna son testigos de la pasión y necesidad mutua de sexo y cariño, con que nos amamos.

Sexo. Lo que nunca ha faltado. Es, como nuestro amuleto, de hecho cuanto más lo hacemos más unidos estamos y más fácil le es superar día tras día, su agorafobia.

Sexo sin más o con más amor que nunca. Sexo sin palabras pero con miradas profundas que transmiten el ímpetu y la furia más intensa, alejando de nosotros su pasado.

Sexo, sexo y más y más sexo.

Nos unió en su momento, nos mantuvo unidos separados, nos empujó a lo imprevisible y nos enseñó que lo nuestro se fortalecía simplemente manteniendo, la llama encendida.

Eso hemos hecho. Hacer el amor todos los días y sentir en cada momento que juntos lucharemos, para lograr la dicha.

Por eso ahora que entre sus brazos me mantiene bien pegada a él, ahora que sus manos se arrastran por mi espalda y agarran mi pelo, ahora que su cuerpo es tan solo mío y ahora que lo miro observo, que el color negro del mar, llena su mirada.

Ahora creo en sus promesas, lo amo con locura, me dejo llevar por sus roces excitándome con su sonrisa entregada a él, porque solo suya soy como él lo es para mí.

—¿Sonreírás?—pregunta embistiéndome—. Prométeme que reirás —e inclina mi cabeza hacia atrás.

—Prometido.

—También, que no te enfadarás —y despacio sale de mí para volver a entrar mientras me acaricia de arriba abajo y yo no respondo—. Prométemelo Rebeka. Dime que no —pero si jadeo no puedo hablar y él, que lo sabe y no deja de follarme lento solo sonríe y me embiste de nuevo una y otra vez, ansiando mi orgasmo.

Entretanto me susurra que su amor por mí es tan sincero y real, como el deseo que siente por tener un bebé, solo conmigo.

Entonces mis gemidos se vuelven escandalosos, intensos y demasiado confusos, sino son la plenitud que me llena al escucharlo jadear en su clímax según aprieta mi culo, mientras yo miro al cielo.

Pero...

Ay...

Entre cielo y tierra, agua.

Tres elementos y un pensamiento repentino.

La última vez que me tomé las pastillas fue antes de ayer, la noche antes de venir, pero lo peor es que se me han olvidado y llevo más de 36 horas sin tomármela, así que...

¿Y si me las dejo y no le digo nada?

¿Y si me quedo?

¿Y si las compro y me olvido de rollos?

¿Y si me quedo?

¿Y si lo hablo con él?

¿Y si me quedo?

Mejor me olvido.

Mañana las compraré y seguiré tomándomelas.

–Buenos días Nathan.

–Steve...

–Rebeka, tan espléndida como siempre –y besa mi mano y el rojo maniático invade mi cara –. No has cambiado nada –y esos ojos verdes... –. Diría que estás...

–Steve. No me obligues a echarme de aquí –irrumpe Nathan amenazante obligándome a sentarme muy lejos de su ex socio.

–Discúlpame, solo pretendía ser educado.

–Al grano Steve. No tengo todo el día.

–¿Ya has pensado en mi propuesta?

–¿Qué propuesta? –pregunto ignorante.

–Buenos días, siento llegar tarde –interrumpe Harold que se sienta a mi lado –. ¿Me he perdido algo?

–Por lo visto una propuesta –comento mirando a Steve que me sonrío mientras Nathan habla con su tío en voz baja –. ¿Qué te traes entre manos?

–Nada que no vaya a beneficiar a la compañía.

–Ya... ¿Y tu hermanita?

–Ya tengo una respuesta –dice Nathan –. Estoy de acuerdo con que hay que nombrar a un nuevo Presidente para la zona Oeste.

–Y no hay nadie mejor para el puesto que yo.

Y suena mi móvil y los tres me miran hasta que Nathan me dice que si quiero hablar que me vaya, para no interrumpirlos.

–Dime Erika y date prisa.

–¿Qué pasa?

–Steve y sus planes.

–Seguramente hayan decidido volver a asociarse.

–¡¿Qué?! –exclamo mirando por el cristal sin ver nada.

–Luego te lo cuento. Ahora tienes que acompañarme. He quedado con mis amigas para la prueba del vestido.

–¿En serio vas a elegir ese?

–¡Pero si me dijiste que iba conmigo! ¿No te gusta? ¡¿A un mes de mi boda me haces dudar?! –

–No eso Erika. El que elijas será perfecto. Nos vemos en cinco minutos ¿De acuerdo? –y cuelgo alucinando con ella y con su extravagancia, entro en el despacho de Nathan y le digo al oído que me voy con su prima un par de horas mientras él está reunido con Steve, y con mi orgullo por los aires también le confieso que me niego en rotundo a que vuelvan a asociarse, aunque no tenga ni voz ni voto.

Entonces Nathan me acompaña hasta la puerta, me deja de espaldas a ella, delante de mí, demasiado cerca me agarra de la cintura y acaricia mi barbilla para luego besarme lento y dulce, sin olvidar susurrar con sus labios en los míos que él tampoco quiere, pero que la situación le obliga a ello, momento en que me mira más que tierno y romántico sin permitirme el más mínimo movimiento como si consciente de mi debilidad supiera que así, derritiéndome en sus ojos sería capaz de perdonárselo todo, si a su lado estoy, siento, respiro y aumento en superlativo su valía, inteligencia y personalidad.

Entretanto sé y se es sabido que Steve no deja de invadirme esmeralda como si la osadía de mi hombre marcando su terreno le fuera insoportable.

Y otra vez mi sonrojo cabreaba a Nathan, haciendo reír a Steve.

—Hacía mucho que no te veía así —y abre la puerta rozando sus dedos suavemente por mis nalgas—. Esta noche cuando regreses, te recordaré algo —y con un beso sin darme apenas cuenta, ya estoy fuera y él dentro.

Que me recordará algo...

Como si estar aquí no invadiera mi mente de recuerdos algunos horribles y a olvidar, como creo en los buenos.

Menos mal que mi rojez aunque le enfade, significa sexo.

En la boutique y con Erika muy perdida entre cientos y cientos de vestidos de novia... Seis amigas parlanchinas.

Seis damas de honor y yo encabeza. Seis mujeres igual o más extravagantes que ella y seis acompañantes. Entre ellos, Nathan, que no tengo ni idea de cómo va a ir a la boda porque es secreto profesional o eso dice Erika, que de risas con sus seis amigas mientras bebemos champagne en una de las tiendas más caras de toda la ciudad, altera mis nervios.

Sus seis amigas, las que parlotean y alborotan de un lado a otro probándose vestidos al ton ni son, estarán el día señalado, por detrás mía.

Ellas son...

Cómo diría...

Caprichosas, pijas, escandalosas y demasiado entusiastas, chillonas y horteras en el fondo, para mí. Sin embargo Erika, a pesar de estar entre ellas como en su salsa es tan feliz y está tan enamorada del hombre en quien más confía Nathan, y a su vez me es tan querida y buena amiga, que por ella aguanto a sus gallinitas ciegas, si así se siente mejor.

Pero no hay nada que se prueben que vaya conmigo, así que ni corta ni perezosa me la llevo a un rincón apartándola del resto, para dejarle las cosas claras.

—Erika, soy tu dama de honor ¿verdad?

—Sí.

—Y eso quiere decir que yo mando.

—Sí.

—Pues esto no pienso ponérmelo —y le enseño el vestido que más les ha gustado a sus amigas y se parte de risa—. Es corto, que a mí me da igual. Si tú quieres que vayamos de corto pues enseñamos el culo delante del cura y ya está.

—Ya sabes que será una boda civil.

—Pues delante de quien sea. A Nathan lo le hará gracia pero a mí me da igual.

—¿Y cuál es el problema?

—Que tiene mucho encaje y yo odio el encaje, además, ni de coña me pongo un vestido verde pistacho. Vamos a parecer unos loros y por ahí no paso —y coge el vestido, lo pone sobre mí y me mira a la cara, para a continuación descojonarse.

—Pues a ver cómo se lo dices... —y a sus amigas les falta la jaula.

Dos horas y media después tras haberlas convencido y lo nuestro ha costado porque cabezonas como yo pocas y estas parecen sacadas de un álbum de cromos repetidos, consigo que el rojo vino, corto y de tubo, que no me gusta pero bueno, haciendo aguas en el escote, con tirantes anchos a medio hombro y en el centro del pecho tres perlas incrustadas en color salmón perceptibles a simple vista y auténticas como existen las almejas, sea la mejor y más discreta vestimenta, entre tanto floripondio y pajarraco de colores.

—Ahora los ramos. No son estos pero serán parecidos —y nos da uno pequeño y redondo que lleva los colores elegidos para la decoración, pegando con nosotras y su vestido de novia.

Entonces alejada, Erika aplaude la perspectiva nupcial.

–¡Me encanta! ¡Sonreír! ¡Venga chicas sonreír!

Y hace un par de fotos en donde todas exaltadas ríen con la boca abierta y yo salgo sonriente, pero burlona de ellas.

Tras despedirnos hasta la boda, Erika y yo volvemos en su coche hasta la Torre para recoger a Nathan, al que encontramos junto a Jackson y Steve despidiéndose en la entrada, todos fuera excepto Nathan.

–¿Serías tan amable de acompañarme a mi coche? Solo será un minuto –me pregunta Steve aturdiéndome y así hago, sin ni siquiera pensarlo.

–¿Qué quieres? –y al mirar atrás, Nathan sigue dentro.

–¿Cómo estás?

–Bien –respondo confundida ya cerca del coche.

–Estás verdaderamente preciosa Rebeka, tu piel morena te vuelve más...

–Qué quieres Steve –impongo separándome de él y viendo que Nathan sigue dentro.

–Todavía le cuesta dar ese paso... –comenta suspicaz –. El tiempo es su aliado, supongo –y sonrío embaucador –. Solo quiero contarte algo antes de que lo haga él.

–¿Ya estás entrometiéndote?

–Tarde o temprano lo hará y tú tienes que entender que es importante para todos que sea así. Te convendría escucharme.

–Al grano Steve. No tengo todo el día –y miro a Nathan, no entiendo qué pasa y Steve solo hace que acercarse.

–Carol está de nuevo en su casa –y lo miro furiosa –. No te preocupes, está en Washington en la residencia familiar.

–Debería estar... –y la pienso muerta –. En un psiquiátrico.

–Sé que la odias, sé que nos odias a todos, pero quiero que sepas que yo no tuve nada que ver con lo que hizo y que no podía imaginar que mi hermana fuera capaz de algo así. Lo siento Rebeka, siento mucho lo que te pasó y lo que pretendía.

–Disculpas aceptadas –e intento irme pero me para.

–Falta algo más.

–¿Y ahora qué?

–Voy a volver a formar parte de la compañía –y vuelvo la mirada sin que vea a nadie –. No formaré parte de la sociedad de momento, pero volveré a ser Presidente de la zona Oeste.

–¿Por qué me cuentas esto? ¿Qué buscas Steve? Nathan me lo hubiera dicho en cuanto me viera ¿Qué pretendes?

–La semana que viene Nathan irá a Washington para ir a ver a Carol y te pedirá que no vayas con él.

–¡¿Qué!?! –grito espantada –. ¡Pero qué os habéis creído tú y tu familia! ¡Estoy harta de vosotros! –y golpeo su pecho con fuerza –. ¿Y tú! ¿Tú... ¡¿Tú qué quieres de mí?!

–Tranquila Rebeka –y frena mis golpes –. Solo será un viaje de ida y vuelta, seis horas máximo.

–¡Pero qué coño dices! –y suelto mis muñecas –. ¡Estáis todos locos! –y miro al último piso de la Torre –. ¡Tú también Nathan! ¡Tú también estás loco!

–Rebeka...

–¡Lárgate de aquí! ¡Lárgate Steve! –y corro hacia la Torre.

Un puma.

Un puma hambriento, negro azabache y oscuro, cual noche cerrada.

Uno frío y calculador impresionantemente fiero, intenso y despiadado.

Un puma subiendo en ascensor directo a cazar a su presa, o a un hombre que tienta a la suerte o a su libertad.

Esa soy caminando hacia él.

Un puma y sus colmillos más que afilados, o más, que mi lengua cortante.

—Antes de que hables hay algo que debes saber —se adelanta invitándome a sentarme.

—Estoy mejor de pie así que ya puedes empezar. Tienes tres segundos.

—Carol quiere disculparse.

—Me importa una mierda lo que quiera esa loca.

—Si voy a Washington y la escucho los Collins retirarán la demanda.

—¿Y yo qué?

—Tú no puedes venir.

—¡Ja! ¿Ya no te da miedo volar? ¿Ya no me necesitas? ¿Ya eres capaz de ir solo y hacerlo todo solo?

—No digas tonterías. Sabes que no sé hacer nada solo, a no ser que esté dentro de la Torre.

—Pues por lo visto sí que puedes ir a ver a Carol...

—No iré solo. Harold y Jackson me acompañarán, además no voy a verla, solo la escucharé, aceptaré sus disculpas y volveré a Nueva York.

—Pero yo me quedo aquí.

—Sería lo mejor preciosa.

—No me llames preciosa. No estoy para preciosas —y me sirvo una copa de vino—. Desde que hemos llegado todo son problemas. Con lo bien que estábamos joder...

—¿Crees que me gusta esto? ¿Que me gusta verte así, con mala cara desde que vinimos?

—¿Quieres una copa? —le ofrezco chula.

—Sí —impone sentándose en un taburete.

—¿Te has preguntado por qué tengo mala cara?

—Sé por qué. Pero ya lo hemos hablado —y se la bebe de un trago—. ¿Me sirves otra por favor? —y lo hago.

—Yo voy.

—No puedes venir. Me gustaría decir que sí, pero no puedo. Esto he de hacerlo solo.

—¿Por qué? ¿Por qué no me dejas acompañarte? Te juro que no haré nada. Solo esperaré —le suplico mientras él cabizbajo lo niega y yo intento ver sus ojos—. Nathan... ¿Por qué?

—Porque te hizo daño. Porque fui incapaz de ir a buscarte. Porque si Jackson no llega a tiempo no sé lo que hubiera pasado. Porque te marchaste rota en mil pedazos por su culpa y por la mía. Porque desde entonces no la has visto y...

—Y tú tampoco.

—No es lo mismo. Yo la conozco desde niño. Durante estos meses ha estado asistiendo a las terapias, se ha medicado, ha estado encerrada en un psiquiátrico y seguirá cumpliendo el protocolo marcado por sus médicos. Pero lo hará en su casa y con su familia. Solo necesita hacer algo más para pasar página y empezar de cero.

—Esa arpía no se curará nunca.

—Rebeka sé objetiva.

–¡Esa está loca hombre!

–¿Ves como no puedes acompañarme? No ves más allá de tu rencor, te sigue haciendo daño y no lo has superado, por eso debo hacer esto solo, porque si vienes conmigo lo único que vas a conseguir es que discutamos, te alteres, me pongas nervioso e incluso seas capaz de hacerle cualquier cosa.

–No dudes que lo haría...

–No hay nada más que hablar. Decidido. Tú te quedas.

–¡No!

–Sí Rebeka. Te quedas con Erika y la ayudas con su boda.

–Llevo haciendo eso desde que llegamos. No he hecho otra cosa que preparar su boda mientras tú, que me prometiste que solo serían un par de semanas, te pasas las horas trabajando.

–No seas exagerada, por las tardes volvemos a casa y estoy contigo hasta la mañana siguiente. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? ¿Por qué de repente odias tanto la Torre? Siempre te gustó.

–Sí. Pero ahora que por fin podemos ser normales volvemos a empezar.

–Tú también prometiste no enfadarte y mira, no soy el único que rompe sus promesas.

Respira Rebeka respira... Respira otra vez...

–Vale. Tienes razón. Dijimos que íbamos a estar dos meses aquí y he sido una ingenua. También una exagerada y casi todo el tiempo llevo mala cara. Luego está la boda de tu prima, que me está llevando por el camino de la amargura sino me vuelvo loca antes con sus amigas, que ya ni te cuento. Así que sé desde que llegamos, que me está costando volver a lo que éramos o casi éramos, pero tú tampoco estás siendo mi príncipe azul, además, no negarás que los Collins nos están haciendo la vida imposible, y eso por no hablar de la...

–Acércate –suplica acariciando mi mano –. Ven, siéntate –y golpea la barra delante suya.

–No quiero que vayas.

–Olvidala.

–No quiero que vayas –repito yendo hacia él.

–Perderé mucho dinero.

–No irás.

–Rebeka... –y me pongo a llorar –. Ven.

–No vayas, te lo pido por favor...

Y de él estoy tan cerca como su piel de la mía al rozarse, tan cerca como estando encima suyo, tan cerca como yendo en sus brazos a una ducha con correas y un taburete, y tan cerca como al masturbarme, mis pechos están en su boca.

Mientras tanto el agua cae pero solo salpica. Sentada encima suya necesito amarlo. Su ansia intenso y salvaje lo vuelve. Mis piernas entrelazadas a él lo retienen contra mi cuerpo. Sus brazos rodeándome me mantienen a su merced. Mis manos acarician su cabeza y estiran de mi pelo. Confuso parece al inclinarse mientras me embiste y yo jadeo. Mis besos recorren su boca desesperados y la invaden con mi lengua. La suya retrasa el momento y estiro otra vez. Y es entonces cuando me coge de culo y aprieta fuerte contra él mientras enderezo la espalda y su lengua lame mis pechos volviendo a embestirme más y más fuerte, según larga la tengo demasiado dentro y cuando arqueo él sigue follándome y yo le estiro del pelo, para comerle la boca.

Y es que, tanto intento besar sus labios, que al sentir un calor ardiente escaparse de mí él me coge del cuello y me obliga a mirar la negra oscuridad de sus ojos, para al cabo de cinco segundos sin dejar de follarme acercarme mucho más y besarme desesperado y tan, tan fuerte, que al saborear mis labios con su lengua incluso no me deja respirar.

–No quiero que vayas...

Y en sus ojos me pierdo y...

–No podré soportarlo...

Y en sus ojos me reflejo y...

–No puedo vivir sin ti –susurra extrañado sin apartar sus ojos de mí.

Ya en la cama tirados, el uno junto al otro y muy pegados...

–Le he dicho a Junior que organice un viaje a Bahamas.

–¿Para nosotros?

–Para toda la familia.

–Ah...

–He contado con tu madre y Alfonso. Supongo que ya los habrás avisado del compromiso.

–Sí. Pero... ¿Y eso? –pregunto sobre él.

–Tras la boda iremos a las islas. Erika y Jackson se irán de viaje esa noche y nosotros nos quedaremos unos días.

–¿Ese es tu regalo de boda?

–No.

–¿Y cuál es? Todavía no me has dicho nada –pero si le toco y sonrío mientras me rozo una y otra vez contra él...

–En Las Bahamas será como en Ibiza –confiesa acariciando mi cara muy tierno –. Como si nunca nos hubiéramos ido –y roza sus dedos por mis labios –. Como en tu sueño –y los besa dulce.

–Nathan...

–Dime preciosa.

–Tengo que decirte algo –y me lo pienso –. Eso de tener un bebé...

–¿Sí? –exclama expectante.

–¿Iba en serio?

–Me encantaría ser el padre de tus hijos.

–Mis hijos...

–Tres, cuatro, cinco...

–¡Cinco! Ni de coña tengo cinco.

–¿Y cuántos quieres tener?

–De momento ninguno.

–Pero lo piensas.

–Lo pienso porque no es la primera vez que me lo dices y... no sé, creo que vas muy rápido –respondo levantándome.

–Después de lo que hemos vivido a mí no me lo parece, pero si hay que esperar esperaré, eso se me da muy bien.

–Pues yo no sé hacer eso, pero si hablamos de niños...

–Ven, acompáñame fuera.

Y mientras Nathan me lleva al solarium para comprobar que el techo funciona perfectamente y yo cuento los días que han pasado desde que no me visita mi amiga, doña menstruación.

Inconsciente.

Eso pensé cuando al llegar me di cuenta de que mis pastillas bien estaban olvidadas, o lo mismo que pasó por mi cabeza al día siguiente, dentro de una farmacia.

Inconsciente.

Así me la jugué, siendo inconsciente. Haciéndome la tonta como si no supiera qué pasaría, si en un mes no me las tomaba, y aunque a la semana siguiente de estar aquí me bajó cuando tocaba, ahora, cuando debería haberme bajado hace un par de días según mis cálculos para el mes de Agosto, la deseo y la sigo esperando, más que nunca.

Pero ni me duelen los ovarios ni mis bragas se mojan.

—¿Sigues dándole vueltas?

—Qué va... —miento bellaca dentro del baño—. Solo pienso en tu prima y en su vestido. Menudo escándalo.

—¿Tan feo es? —pregunta riendo mientras se afeita.

—No es feo. Es perfecto para ella. Va con su personalidad y con su físico, pero creo que es demasiado corto y escandaloso.

—Un vestido blanco aunque sea corto y extravagante no tiene porqué ser escandaloso.

—Es que no es blanco.

—¿Ah no? —y deja de afeitarse asombrado.

—No. Es de muchos colores y todos mezclados.

—Ya sabes cómo es, le gusta mucho destacar y ese día, su día, lo hará más que nunca.

—La verdad es que está guapísima entre tanto color, destacan su melena y sus largas piernas, a Jackson le gustará.

—Pareces feliz.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Hacen una pareja increíble y parece que lleven juntos toda la vida.

—¿Crees que es cuestión de tiempo? ¿Cuánto llevan juntos?

—No mucho —y me siento sobre el mármol frente a él—. ¿Y nosotros? ¿Te acuerdas de cuánto llevamos nosotros?

—Sí preciosa. Incluso mejor que tú.

—Sorpréndeme...

—Llegaste a la Torre un 19 de Junio de hace un par de años. Y me enamoré de ti en cuanto te vi —y río—. Sí. A mí también me pareció increíble.

—Por eso me dejaste marchar.

—Miércoles. Tres de Julio.

—¿Recuerdas el día de la semana?

—Y hasta cómo ibas vestida —revela asombrándome—. Ese día, morí.

—Pero volvimos a vernos —y acaricio su pelo despacio.

—18 de Enero. Luego, un año viviendo juntos y... —y agacha la cabeza arrepentido.

—Y viniste a buscarme —lo interrumpo siendo positiva y él sonríe irónico—. Te dejé. Sí, eso hice y ya sabes por qué, pero viniste a por mí. Lograste salir de La Torre y enfrentarte a tus miedos solo por mí —y levanto su cara—. Nathan, abre los ojos.

—Creo que debería hacerte caso.

—¿A qué te refieres? —y restriega su cara confuso.

—A los Collins. Quizás pagarles lo que piden sea lo mejor.

—No te diré lo contrario. Sabes que los odio y que haría cualquier cosa por quitarme del medio a esa...

–Tranquila –dice calmado mi furia –. No iré a Washington.

–¿De verdad?

–No.

–¿Entonces... Se acabó?

–Sí. Es lo mejor para nosotros –y sonrío tierno –. Ya he hecho suficiente por ellos. Estoy dispuesto a pagar parte de la cantidad que demandan incluida la vuelta de Steve a su antiguo cargo, pero no más.

–Pero él cree que lo harás.

–Sí. Pero al hablar contigo...

–¿Has dejado que él me lo contara primero?

–No. No lo sabía y en cuanto te he visto lo he imaginado, pero ha venido bien que lo hiciera. Ahora creará que voy en serio –y lo miro confusa –. Te prometo que se acabó.

–¿Estás seguro?

–Sí –y agarra mi culo para acercarme a él –. No tengo por qué ir a ver a quien casi acaba contigo. Desde que hemos llegado solo hacemos que discutir y sé la razón. No cumpliré con nadie excepto contigo. Perdona si antes he insistido, creí que sería lo mejor, pero no soporto verte llorar y me niego a que lo hagas por ella. Tu felicidad está por encima de su perdón o mala conciencia.

–Cómo no voy a quererte... –y lo beso y abrazo fuerte.

–Siempre preciosa... –susurra agarrando mi rostro –. Tú me quieres y yo... Yo no sé vivir sin ti.

–Ya lo tengo todo. Me voy Nathan.

–¿Estás seguro de que estará allí? Es importante –le dice a alguien por teléfono –. No. Tiene que ser ese día –impone serio y se gira –. Asegúrate de que estará listo, no puede haber ningún retraso. Está bien. Mañana volveré a llamar y espero que sea capaz de darme una buena noticia –y cuelga cabreado.

–¿Qué pasa?

–Nada ¿Qué decías? –pregunta acercándose.

–Que me marchó –y me abraza sonriente.

–A ver qué hacéis tú y mi prima esta noche.

–Lo mismo te digo...

–Yo no soy un peligro.

–Bueno... –y deslizo mis dedos por su pecho –. Quizás tú y Jackson no lo seáis, pero no me fío de las mujeres, pueden llegar a ser... –y mis dedos ya están en su boca –. Muy persuasivas.

–Pues solo miraré –comenta besando mi cuello –. No bebas mucho, no estaré para controlarte –y me muerde feroz –. ¿Me has oído? –y sonrío seducida –. Creo que no te voy a dejar ir.

–Pues no tienes más remedio –y saco el móvil y le enseño la foto de su prima que me llama –. Ya voy Erika.

–¿Lo tienes todo listo y preparado en el Club? ¿Los regalos, las flores, los disfraces, la...

–Tranquila Erika. Está todo controlado –respondo mientras Nathan besa mis pechos y desciende lento –. En diez minutos estoy ahí –y ahí abajo tengo su lengua.

–¡Qué bien Rebeka! ¡Mi despedida de soltera! –grita loca y le cuelgo sin poder hablar.

–Nathan para... –jadeo y sigue a lo suyo –. Nathan... Tengo que irme... –pero me lame y me lame y me lame y yo siempre quiero más.

–Si te aburres... –dice arrodillado –. Ya sabes –y empujo su cabeza contra mí al morderme insoporable.

–Para –y lo aparto fuerte tirando de su pelo.

–Porque quieres...

–Esta me la pagas.

Un beso fuerte apretando sus mejillas mientras lo miro con los ojos muy abiertos y él a mí, como si la duda existiera entre los dos y a la par confiáramos en nosotros.

–No bebas mucho Rebeka.

–¡No! –respondo corriendo hacia la puerta.

–¡Si necesitas algo llámame!

–¡Sí! –y la abro.

–¡No olvides volver! –y regreso a él para abrazarlo.

–Nunca –susurro en su boca –. Siempre contigo –y le doy un beso, corro otra vez hacia la puerta y al salir y ver que el mar está en calma y la luna ya asoma

entera y blanca, las ganas de quedarme en casa con Nathan me retienen unos segundos.

Pero segundos para mí son nada si Erika desesperada me vuelve a llamar y despierta a mi ensoñación.

–Ya voy... –y de camino al club oigo de fondo a sus amigas que ya han llegado.

Sí. El club donde celebramos el cumpleaños de Nathan y por primera vez nos fuimos de fiesta junto a Erika y Jackson, desmayándome en mi personal y febril apogeo medicado.

Elegido por Erika, su restaurante es lo de menos, pero cenar hay que cenar, así que mientras lo hacemos les cuento a todas sus amigas y conocidas que su escondite, nuestra zona más predilecta donde desinhibirnos bailando hasta el amanecer, está alquilado en exclusiva para ella y unos tíos que por lo visto también celebran, otras tres despedidas. Con lo cual nosotras somos las únicas mujeres, o sesenta tías, para unos ciento cuarenta hombres. En total unas doscientas personas más los trabajadores del club.

Todos estos y ni uno más, aunque puede ser que menos según vaya avanzando la noche, la pasarán en un lugar donde los disfraces serán el alma de la fiesta, o de eso se trata.

Del alma. O mejor dicho, del cielo y del infierno. Disfraces que muestran lo horrendo y oscuro junto a otros angelicales y muy brillantes.

Nosotras, como no podía ser otra manera, somos demonios.

Pero para malos o mejor malas... Las brujas.

Eso son muchas de aquí. Unas brujas arpías que sonríen falsas al ver que Erika es muy feliz y está orgullosísima de su hombre como yo defendiéndola, si es que alguna graciosa que otra exagera o comenta en voz baja, despreciándola.

Bua... Menuda soy yo...

Que alguna dice que su vestido de novia es horroroso...

Yo le piso y le digo que ha sido sin querer.

Que otra ríe efusiva y cuchichea sobre su peinado...

A mí se me cae el cubata encima suyo y me hago la torpe.

Que la critican porque es radical y sorprendente...

Yo las fusilo con la mirada y suelto parrafadas obligándolas a callar ocultándose, cual avestruces son ellas y serpiente mi lengua.

Y así con cualquiera que está a mi lado porque lo único que veo es el ansia por ver los regalos que les hace mi amiga Erika aprovechando su generosidad al ser rica y poderosa, junto a sus ansias por lucirse en el día de su boda, incluso más que ella.

Así que ellas van de brujas, Erika de diablesa y yo, de su más fiel demonio.

–¡Rebeka! ¿Dónde están las cestas? –grita Erika al verme en la barra.

–¡Ahora las llevo! –y al darme la vuelta para decirle al camarero que las saque...

–Creo que esto es tuyo –dice un chico cogiendo del suelo a mis dos pequeñas muñecas.

–¡Sí, son mías! –y las guardo –. No me he dado cuenta de que se me habían caído, muchas gracias –y se sienta a mi lado.

–Hola, me llamo Gerald.

–Yo Rebeka. Gracias y... Lo siento, pero tengo que irme.

–Ya nos veremos... –dice sonriente mientras me alejo.

Joder... Las llevo a perder y...

–¿Quién es ese? –pregunta Erika al tanto de todo –. El calvo que te está mirando.

–¿Me acompañas? Quiero darte algo –respondo evasiva y de la mano me la llevo fuera para darle su muñeca.

–¿Qué pasa? No me digas que no tienes las cestas...

–No. Solo quiero darte un regalo. No es nada especial, pero al verlas me gustaron –y las saco –. Las de la tienda eran de trapo y yo las he cambiado un poco. Esta es tuya y esta es mía.

–¿Somos nosotras? –pregunta observándolas.

–Sí.

–Son preciosas Rebeke...

–¿De verdad te gustan? La seda me aseguraron que era de la India y eso son brillantes.

–Hay muchos...

–¡Sí!

–Y de todos los colores...

–¡Sí!

–¡Me encantan! ¡Te juro que sí! ¡Así siempre te llevaré conmigo! –y clava el alfiler en su vestido –. Y lo que más me gusta es que es muy personal y...

Y me mira, luego a su muñeca, después vuelve la vista hacia mí y rompe a llorar desconsolada, mientras me abraza.

–Erika... –y yo lloro con ella.

–Oh Bella... Eres la mejor... –dice apretujándome –. Mis amigas me odian y solo están conmigo por lo que tengo y no por cómo soy, y tú... Tú...

–Olvídalas, no merecen la pena.

–Ya... –y sigue apretujándome –. Estoy tan nerviosa...

–Es normal Erika, pero tranquila, todo saldrá bien.

–¿Crees que podré hacer feliz a Jackson?

–¡Pues claro que sí, menuda pregunta! –e intento separarla pero aprieta con fuerza –. Erika, Jackson te quiere y no hay nada que le haga más feliz que estar contigo. No llores anda, que se te va a correr el rimel...

–Ya me da igual... –solloza y respira hondo –. A estas solo les hace falta mi cara de espanto para seguir criticándome.

–Son unas envidiosas. Tú tienes mucha personalidad y les da rabia. Pero no les hagas caso, además, aquí estoy yo para lo que haga falta. Así que deja de llorar, respira hondo y vamos a celebrar tu despedida.

–Mi despedida...

–¡Tu despedida de soltera! –grito haciéndola sonreír –. De aquí a dos semanas ya será una mujer casada...

–Madre mía... –y mira su anillo –. Aún no me lo creo...

–¡Ni yo!

Dentro del restaurante, frente a sus conocidas ya disfrazadas y entre muchos tíos que esperan como ellas en la entrada del sótano, le decimos al encargado que abra la puerta para que dé comienzo una fiesta, que no sabemos cuando acabará.

Y al entrar...

Gogós encima de tarimas redondas y altas, nos rodean en la pista central. Hombres y mujeres disfrazados que bailan sobre nuestras cabezas y nos obligan a observarlos. Los vestidos son vaporosos y la humareda que de vez en cuando se desprende del techo los mueve a su antojo, mientras luces de colores resaltan en las telas levantadas.

Sobre ellos luces azuladas y sobre ellas rojizas, son copia de los focos que alumbran a los bailarines, que en el escenario se mueven y contonean creando la contradictoria imagen de lo bello y puro, junto al fuego abrasador del infierno. La música retumba en toda la sala y nos invita a disfrutar, saltar y bailar excesivas en bebida, aumentando nuestro desparpajo. Los tíos, muchos sentados en los reservados y algunos con chicas de nuestra despedida se afanan en agrandar y

satisfacerlas, como si fueran las únicas mujeres del mundo. Y nosotras, almas de la fiesta, el centro de atención y las únicas sobre el escenario, navegamos entre chupitos, cachimbos, cubatas y el más caro champagne, sin que hayamos pedido nada.

Nosotras estamos invitadas a todo. Solo nosotras. Y no por ser rácanas, sino porque muchos hombres están siendo muy generosos y si no es por ellos, nada de nada.

Aquí no es como en España. De hecho, en las despedidas de soltera españolas las únicas invitadas son las novias. Cuando lo de Oscar, yo. Todas las demás aportaron dinero a una cuenta en común con la que se pagaba todo o casi todo. El autobús, la cena, la bebida y la entrada en la discoteca. Eso es lo normal, sin embargo Erika, o como muchas suelen hacer aquí en Nueva York, invita a cenar y prepara unos pequeños regalos para las chicas, mientras el resto corre por cuenta ajena.

Así que ahora, tres horas más tarde y con una buena dosis de borrachera encima Erika tiene ganas de vomitar entre salto y salto mientras yo, que necesito una coca cola urgentemente, la llevo fuera.

–Me duele el estómago –dice entre arcadas.

–No me extraña...

–Sujétame la cabeza –y vomita tres veces seguidas sin que le cueste mucho esfuerzo, para a continuación alzarse como si nada y vuelta a empezar.

–Tápame, voy a hacer pis.

–¿Aquí?! –grita espantada.

–Pues claro –y me agacho entre dos coches.

–Cómo nos vean... –dice temerosa mirando alrededor.

–¿Has visto al tío ese que está detrás mía todo el rato?

–¿El calvo?

–Sí ese. Se llama Gerald. Lo he conocido en el restaurante y ahora no para de agobiarme. Se está poniendo muy pesado.

–Pues tiene un morbo...

–Sí. La verdad es que sí.

Al terminar, entre risas inocentes cogidas de la mano de camino a la puerta pasamos entre brujas y muchos demonios, que tientan a los ángeles.

Ángeles... Los que nos rodean y envuelven.

Y para ángel, el que está subido en el podium central. Uno con tan solo un calzoncillo blanco y brillante que señala a la novia para que suba con él llevando un antifaz blanco y celeste que destaca en su rostro el brillo de sus ojos, sus prominentes pómulos y unos labios bien marcados y carnosos, cual perfecto ídolo para Erika.

Y ella... Ella lo mira y accede.

Eso hace Erika. Se pone al lado del tío y acaricia sus alas mientras baila y él la sube a un trapecio, para que se balancee como en un circo.

Entretanto un foco de luz intenso la ilumina y todos miran hacia arriba como si el diablo ascendiera a los cielos y el resto solo fueran, almas perdidas.

Y ella... Ella está maravillosa.

Erika está espléndida y feliz en las alturas con el ángel a su lado, pero en otro trapecio.

–¡Sí! –respondo al teléfono –. ¡Nathan no te oigo! ¡Espera!

Joder... Me lo voy a perder...

Y salgo otra vez pero sola, aunque junto a cuatro tíos.

–¿Nathan sigues ahí?!

–No me gusta tu voz.

–Vaya... Pues a mí sí que me gusta la tuya.

–¿Cuándo vendrás?

–¿Ya me necesitas? –pregunto apoyándome en un coche.

–¿Cuánto has bebido?

–¿Y esos gritos?

–Junior y sus amigos.

–¿Los moteros?

–No cambies de tema. Cuánto has bebido.

–Y qué más da...

–¿Sabes diablesa? –me sorprende el calvo –. Me tientan tus demonios... –susurra acercándose chulo y baboso.

–¿Quién es ese? –pregunta Nathan y ya lo imagino.

–Nadie. Un idiota borracho.

–¿Te gusta mi Ferrari? –dice el tío –. Si te apetece podemos dar una vuelta. Quizás probarlo y...

–Me cago en la puta... –expresa Nathan.

–No gracias. No me apetece –y me levanto asqueada.

–¡Pásale el teléfono! –me grita y yo me alejo.

–¡No digas tonterías!

–¿Me decías algo? –pregunta el baboso.

–No.

–Si lo que necesitas es un buen meneo...

–¡Serás hijo de puta! –grita Nathan descontrolado.

–Tranquilo ya se va –y lo veo entrar en el club.

–Vuelve a casa Rebeka.

–Venga ya... Sabes que no voy a ir.

–Vuelve Rebeka –me ordena cabreado.

–Nathan, es la despedida de tu prima y hasta que ella lo diga yo no me muevo de aquí. Así que tranquilízate y diviértete con tu hermano y Jackson. Seguro que te echan de menos.

–¿Me estoy pasando?

–Pues sí.

–No me gusta lo que he oído.

–Ese tío es un idiota...

–Llámame cuando todo acabe.

–Está bien te llamaré. Y ahora ve a buscar a Jackson.

–Está bien preciosa.

Preciosa...

No me llamarás así cuando me veas. Llevo una encima...

Tras respirar hondo y notar que mi barriga poco aguantará si sigo como hasta ahora, bajo las escaleras y de un verde intenso la luz me ciega mientras intento encontrar a Erika o a alguna de sus amigas, entre demasiados hombres que me rodean y me llevan de un lado para otro, sin que consiga verla.

—¿Dónde vas guapa?! —grita uno cogiéndome del brazo.

—¿Un trago? —me ofrece otro escapando del anterior.

—¿Te has perdido? —oigo por detrás.

—¿Has venido sola? —dicen delante de mis narices.

—¡Ven con tu ángel de la guarda! —y un tío me agarra de la cintura mientras intento salir de la pista—. ¿Cómo te llamas?

—¿Me sueltas?

—Cuando me digas tu nombre.

—¡Suéltame coño! —y lo empujo con fuerza.

—Qué mal genio tienes morena...

—Serás imbécil... —le suelto asqueada yendo directa a las escaleras donde ya arriba encuentro a Erika en un reservado, con dos amigas y seis tíos a su alrededor.

—¿Rebeka dónde estabas?!;¿Me has visto en el trapecio?! ¡Ha sido espectacular! —grita viviendo hacia mí—. ¡Ven, te presentaré al ángel! —y me lleva de la mano—. José, Rebeka, Rebeka, José. Ella es mi mejor amiga.

—Encantada José —y le doy dos besos—. ¿Mejicano?

—Portorriqueño.

—Ah...

—¿Quieres? —me ofrece a fumar y acepto—. Tienes una amiga muy divertida —y exhalo diciendo que sí.

—¿Sabes? Se casa el mismo día que yo —me cuenta Erika.

—Tú por la tarde y yo por la mañana —dice el ángel José.

—Toma, no quiero más —y le paso la cachimba—. Creo que me estoy poniendo mala... —y me siento mareada al lado de Erika que me hace aire mientras el portorriqueño levanta mis piernas, para ponerlas sobre las suyas.

—Rebeka no te duermas.

—No me duermo...

—Si te tumbas mueres —insiste levantándome—. Ayúdame José —y entre los dos lo consiguen, luego mojan mi cuello y sin darme cuenta ya estamos en el centro de la pista bailando, con el ángel y sus amigos.

No sé el tiempo que pasa. No sé ni quién pasa por mi lado.

No sé la música que ponen o si Erika está conmigo.

No sé nada de lo que hago. Ni siquiera si mis tumbos de lado a lado molestan o pasan desapercibidos entre el tumulto y su embriaguez desmesurada.

No sé si es de noche o si ya ha amanecido y mucho menos sé dónde está mi bolso, porque lo he perdido.

Yo, lo único que sé es, que mi estómago está cada vez más revuelto y mis pies ya no soportan el tacón de los zapatos, así que sin saber por dónde voy de camino a la salida le pregunto a todo el mundo, por dónde se va.

Ya no sé ni por dónde se va, pero llegar llevo aunque sin saber cómo, entonces, al abrir la puerta, el sol me da tan fuerte en la cara, que cierro de golpe y me siento en la escalera.

“Erika, estoy en la puerta de atrás. Ven conmigo”

Y al mandarle el mensaje cierro los ojos y...

No sé el tiempo que pasa.

–Rebeka... Rebeka despierta... –y noto que me zarandean.

–Hola...

–Va levanta, nos vamos a casa –y me ayuda a hacerlo hasta que de pie me enderezo.

Pero al abrir la puerta de nuevo... El sol.

Y el sol me agobia de una manera...

–Toma, ponte mis gafas –y eso hace ella porque yo ni me muevo –. Como te vea Nathan así...

–Ahora se me pasa –susurro cabizbaja –. En cuanto me acostumbre a caminar se me pasa.

–Más te vale –y oigo mi móvil que no sé por qué pero lo tiene ella –. Mira, hablando del Señor Oscuro –y riendo me lo enseña –. Hola primo ¿Todavía haciendo guardia? –y se parte ella sola –. Vale... Ya no me río –pero eso se cree él –. Ahora no puede ponerse. No. ¡Pues como siempre! ¡Ha sido increíble! Que noooooo... Que solo está haciendo pis entre dos coches. ¡Y qué más da! ¡No hay nadie! Vale Nathan se lo diré. Que sí... No mucho. En diez minutos estamos ahí. No, no ha terminado. Qué pesado eres... Sí Nathan eres muy pesado. Ella está bien, las dos estamos bien. Vale. Hasta ahora. Adiós adiós –y cuelga, me frena y se me queda mirando –. Vamos a la playa –y tirando de mí nos desviamos en esa dirección porque según ella Nathan y Jackson están bañándose y quizás si yo lo hago, igual espabilo.

Menos mal que ella me cuida...

Menos mal...

Si es que no tengo remedio. Da igual que siempre me diga a mí misma que no beberé tanto como para descontrolarme de esta manera, pero no tengo remedio y siempre acabo más o menos igual de tirada, así que menos mal que por lo menos he acabado en manos de alguien que es más adulta que yo yendo de fiesta, aunque sea Erika.

Sé, que en parte lo hace para que Nathan no se cabree al verme echa una piltrafa, pero la verdad es que yo solo quiero ir al baño y vomitar. También ducharme y por supuesto tirarme en la cama para dormir la mona. Por eso y sin controlarme me desví caminando de lado a lado por la carretera, para llegar cuanto antes a mi casa.

Pero Erika me coge y me lleva de vuelta a la playa.

Y así una y otra vez, una y otra vez, hasta que...

–¡Mira ya los veo! –grita asustándome –. ¡¿Los ves?! ¡Están allí! –y señala a lo lejos, para mí, dos manchas en el mar, que dice son nuestros hombres.

Uno de ellos seguramente impaciente, nervioso y cabreado, porque no lo he llamado.

–Yo vuelvo al camino.

–¡Espera! –y me sigue –. ¿Pero no íbamos a bañarnos?

–Primero tengo que ir al baño.

Y si lo sé me tiro de cabeza al agua salada, ya que al llegar encuentro una veintena de motos o mejor dicho señoras motos, algunas aparcadas en la entrada y otras dentro o demasiado dentro, muy dentro de mi casa.

Respira Rebeka respira...

Hazlo, porque es lo único que ahora sabes hacer.

Alucinando, ojala fuera solo eso, es más, para mi asombro, en mitad del jardín hay dos rancheras y un sidecar junto a una autocaravana grafitada con guitarras eléctricas, una batería y un par de locos, muy melencólicos.

–Madre mía... –expresa Erika a mi lado las dos paradas, viendo el desparrame –. Los colegas de Junior se lo montan muy bien... –y la miro boquiabierta.

–Ahora no me apetece discutir –digo yendo hacia la puerta.

Pero...

Ay...

Ahora que estoy dentro hubiera preferido quedarme fuera.

–Paso de mirar –y eso hago yendo al baño de mi habitación donde menos mal no hay nadie, en comparación a lo visto y sin querer.

El suelo con arena y en algunas partes mojado, me resbala.

Pero las escaleras están limpias.

El salón lleno de copas y ceniceros, huele muy mal.

Pero arriba nadie ha subido.

La cocina y el salón están ocupados por latas de cerveza.

Pero mi habitación sigue siendo mía y de Nathan.

Y ya ni hablo de las tías y tíos dormidos en la planta baja, porque si Nathan ha cuidado de nuestro espacio personal me da igual lo que haga, con el resto de la casa.

Entretanto qué bien sienta tirarlo todo por la borda cuando aprieta el estómago y solo vomitando logras vaciarlo, aunque siga el mareo y solo tenga ganas de dormir.

Pero claro, no estoy sola. Mientras Nathan y Jackson nos esperan en la playa sin que sepan que ya hemos llegado a casa Erika me acompaña en todo lo que hago para estar presentable y así llegar hasta ellos, por mi propio pie.

Y mis pies parecen volar, pisando la arena.

–¿Un poco tarde no crees? –dice Nathan nada más vernos.

–Yo más bien diría que demasiado temprano –opina Jackson mirando a Erika –. ¿Qué tal tu fiesta de despedida? –pregunta abrazándola y levantándola.

–Ha sido perfecta... –y Erika lo besa mientras yo los miro y me quedo empanada, lejos de Nathan.

–¿Y tu hermano? –pregunto a sus ojos intimidantes –. Todos sus amigos están tirados por la casa pero a él no lo he visto.

–Está con una en el cuarto de invitados –responde dando patadas a la arena –. ¿Te has divertido?

–Sí ¿Y tú?

–No ha estado mal –expresa desanimado.

–Pues serás el único...

–Ven preciosa –y voy despacio –. ¿Estás bien? Pareces muy cansada.

–Estoy muerta de sueño –y me abraza fuerte.

–Yo también. Pero antes podríamos bañarnos ¿Te apetece?

–Pues no mucho

–¿Estás segura? –y me coge del culo alzándome.

–Sí. Creo que prefiero irme a la cama –y cierro los ojos mientras él me besa y desciende por mi cuello abrazándome con tanta ansia, que desplomada sobre sus brazos me lleva en volandas a nuestra casa, directos a la cama.

La cama.

¿Cuántas cosas pueden hacerse en una cama?

Pues muchas, pero en la nuestra, donde me tiro de golpe y donde mejor estoy sin que pueda moverme, escucho a Nathan decirme que aunque haya disimulado sabe, que he bebido demasiado, así que ahora, ahora que por fin ya me tiene a su lado después de haber estado horas separados, me desea.

Pero yo, por mucho que quiera, ni lo intento.

Yo, estoy muerta de sueño, y él...

Él me acaricia y me susurra que no importa, porque aunque desee amarme una y mil veces, con tan solo tenerme, le es más que suficiente.

“De rojo intenso, la figura de una mujer con pámela camina hacia mí, como por encima de mi cabeza. Yo, que bajo ella no sé por qué siento su aplomo al caminar, solo miro hacia arriba y la observo orgullosa, como si temiera su caída. El cable por el que pone un pie delante del otro, parece tambalearse. El aire que la mueve sinuosa parece aumentar su fuerza. La entereza que muestra al andar de repente se ha esfumado y es entonces cuando abro los brazos e intento cogerla, mientras cae y cae y cae y cae... ¡No! En el suelo su cuerpo desplomado. En mis brazos tan solo el fuerte aire a su paso. Bajo mis pies el llanto de su alma y sobre mi cabeza las nubes, como testigos del derrumbe. Sin embargo, de rojo intenso la veo levantarse y alzar su vuelo cual paloma varada, hasta encontrarse con otras que la picotean, con ferocidad. Pero de rojo y con pámela aparece de nuevo ella y de la paloma, no queda nada. Soy yo envuelta y desprotegida desvariando, en soledad. Un vuelo a ras de suelo y me caza. Un último intento por volar y escapar y de las patas me agarra. Un encontronazo con su cara y ya sé, qué defectos invaden incluso el aire y todas mis montañas”

Joder... Otra vez esta invadiendo mis sueños...

–Nathan... Nathan... –y abre un poco los ojos.

–¿Qué pasa?

–Ya es de noche.

–¿Y...?

–Que tengo hambre.

–Estás sudando –dice al verme –. ¿Has soñado?

–Sí, pero no importa.

–¿Con ella? –pregunta suspicaz sin que responda –. Llevas haciéndolo desde...

–Desde que tú no sueñas con nada –comento enfadada.

–Sí sueño –y acaricia mi cara –. De noche, sueño contigo.

–Pues a mí me gustaría soñar contigo y mira, no puedo.

–Ven. Vamos a comer algo.

Y antes de entrar en la cocina y sin que nadie quede en la casa, una chica sale del baño y se nos queda mirando.

–Hola –dice la rubia de pelo largo con pendiente en la nariz.

–Hola Betty ¿Has dormido bien? –pregunta Nathan y sonrío.

–Sí.

–Hola –saludo y me acerco –. Yo soy Rebeka, su novia.

–Lo sé. Junior me ha hablado de ti –y al darme dos besos veo que tiene media cabeza rapada.

–¿Te apetece comer algo?

–Gracias Nathan, pero no. Será mejor que me vaya. Por lo visto mi hermano se ha ido y ha pasado de mí.

–Encanada de conocerte.

–Igualmente Rebeka. Nos vemos –y entra en el cuarto de invitados desde donde se escucha a Junior llamarla.

–¿Y esta? –pregunto curiosa.

–La nueva amiga de mi hermano. Por lo visto lleva con ella algún tiempo –comenta intrigándome –. Pero ya lo conoces. Le gustan todas. Incluso las que viven en autocaravana.

–¿La caravana de ahí fuera es suya?

–Sí –y me asomo por la ventana.

–Pues es grande... –comento observándola –. Y están muy chulos los dibujos...

–¿De verdad te gusta?

–Sí ¿A ti no?

–A mí me da igual. La rara es ella.

–No es rara, solo diferente, además, si a tu hermano le gusta no importa cómo sea o donde viva.

–Ya... –y ríe irónico –. ¿Quieres un zumo?

–No queda hermanito –sorprende Junior –. Me lo he bebido de un trago –y besa mi mejilla sonriente –. ¿Qué diablesa... ¿Algo que contar sobre anoche? –y río a carcajadas.

–Fue increíble. No me acuerdo de las dos últimas horas ni tampoco de cómo llegamos a casa, pero fue increíble.

–Ya me han dicho que ligaste mucho...

–No seas exagerado...

–Ya... Exagerado... –repite irónico –. ¿Sabes hermanito? A veces creo que estás en la inopia. No tienes ni idea de la suerte que tienes. Si lo supieras ya habrías hecho como Jackson –y Nathan echa a correr tras él para pelearse como hermanos, también niños y en algún momento hombres.

–¿Algún problema hermanito?

–Tú sabrás lo que haces... –y Junior ríe mientras Nathan lo mantiene quieto en el suelo para así mirarlo fijamente y muy serio el pequeño Moore, callar y otorgar.

–Vuelve con tu rubia –y lo suelta.

–No te enfades joder... –le reprocha Junior riendo mientras me guiña un ojo y enseguida entra en el cuarto de invitados.

–Los hermanos pequeños son... –gesticula Nathan nervioso.

–No te enfades. Junior es gracioso y le gusta ser el centro de atención. A mí me encanta y no deberías ser tan duro con él –y Nathan ríe asintiendo.

–Acompáñame a la playa.

–¿Ahora? El mar está muy revuelto.

–No importa. Quiero verlo –y accedo a pesar del viento y de tan solo querer tumbarme en el sofá para hacer nada, aun sabiendo que con él hasta la nada es la resulta de su necesidad de estar, en constante compañía.

Nathan ha superado su trauma. Bueno, lo ha superado en gran medida, ya que realmente, si tuviera que hacer todo lo que hace estando solo, ni de coña lo

Nathan ha superado su trastorno. Bueno, lo ha superado en gran medida, ya que realmente, si tuviera que hacer todo lo que hace estando solo, ni de cona lo haría.

Él tiene que estar acompañado en todo momento. Siempre que esté en el exterior necesita de alguien a su lado y en este caso yo. Pero si yo no estoy, a causa de fuerza mayor, alguien debe de estarlo. De ahí que ya casi haya superado, su trastorno del pánico.

Es más, cuando se acostumbra a estar en un nuevo lugar y por supuesto cerrado, ya puede estar solo pero dentro, que no se aterroriza de sí mismo o sufre un ataque de ansiedad. Así que siempre, siempre que Nathan sale, yo lo acompaño. No obstante, esta noche no he estado, Jackson y Junior han sido su sombra y aunque esta casa de Long Island ya la tiene más que vista y pateada, no es como La Torre.

Aquí no puede estar solo. Nunca ha de estarlo.

“Si yo no puedo entender eso, él no podrá ser el hombre que desea. Capaz de enfrentarse a cualquier situación esté donde esté con la misma tenacidad y aplome, que en La Torre.”

Eso dijo añadiendo que allí podríamos volver, la semana del enlace.

“Pues va a ser que no.”

Y eso le dije yo.

Entretanto ya empiezo a creer y ahora sí de verdad, que me la jugué. Pero no por enfrentarme a él, sino por lo mío y hasta merecido. De hecho, inocente, alegre, tranquila y menstruando, pasé incluso de comprar las pastillas al entrar en la farmacia, sin saber en qué pensaba. Sin embargo ahora, tras pasar el mes de Agosto sin pena ni gloria y menos con sangre ovulada, hoy, día 1 de Septiembre y tras un mes y medio sin la regla, parezco él con sus primeras veces.

Sus primeras veces...

Quizás a estas alturas debería decir mis, en vez de sus.

Jamás ha habido un mes en mi vida en que no recibiera la visita de la pelirroja.

Pues ahora jamás se convierte en...

En que ya ha pasado ese tiempo y no vuelto a verla.

Jamás he tenido la sensación tan desconcertante de desearla constantemente y a su vez odiarla, incluso llegando a olvidarla.

Pues ahora olvidar será...

Será que recordaré toda mi vida esta falta.

Jamás me he sentido como ahora.

Pero el ahora si no me baja, pues...

Pues que prefiero no pensarlo y ya veremos qué pasa.

Nerviosos no es la palabra. Yo diría... Históricos perdidos.

A una semana para la gran boda, Erika no es el problema.

Son su madre y Bea las que me tienen hasta el gorro.

Entre, cómo se distribuirán las mesas, qué color le va más a la carpa si tiene que ir con la casa, qué tamaño tendrá el arco bajo el cual se casarán, cuántos centros de mesa se necesitan a falta de confirmar invitados, por qué no ponemos unos lazos en los bancos desde donde veremos la ceremonia, dónde quedaría mejor la mesa donde estarán las bebidas, qué tipo de orquesta o grupo contratamos para que amenice la cena y después toque en la fiesta, cuántas plantas debe de tener la tarta nupcial y, hasta dónde debe de llegar la alfombra que pisarán los novios, yo, me estoy volviendo loca.

De hecho tengo más mala leche que nunca, cada dos por tres estoy colgada al teléfono, no dejo de mediar entre Erika, su madre y Bea, Jackson solo dice que no me agobie y pasa de todo entre otras cosas porque ni opina y él más contento que unas pascuas, desde que amanece hasta que anochece me paso el día de corre prisas y, por si no tuviera bastante, como le dije que no a Nathan a eso de pasar esta última semana en la Torre, todas la noches lo oigo reprocharme la pérdida de tiempo que le supone ir y volver de Long Island a Manhattan y viceversa, mientras yo estoy por ahí con Erika y tan solo nos vemos para dormir.

Dormir...

Como si nos acostáramos pronto y solo hiciéramos eso.

Dormir...

Con Nathan encerrado todo el día en su despacho reunido con Steve y Harold, y yo yendo y viniendo con Erika de casa de Helen a Manhattan cada dos por tres seis, aunque solo me apetezca dormir plácidamente y despertar de buen humor, va a ser que no.

Él llega y está enfadado. Dice que es porque está teniendo serios enfrentamientos con los Collins al no haber ido a ver a Carol para escuchar sus sinceras disculpas. Con lo cual, que las consecuencias y sobre todo para nosotros, son funestas.

Se pasa todo el día entre abogados con la excusa de llegar a un buen acuerdo con el que ninguna de las dos familias salga muy perjudicada. Dicho acuerdo según Nathan y así le planteó a Steve sin su beneplácito, consistía en su readmisión en la compañía en su anterior cargo y al pago correspondiente a la retirada de fondos de sus clientes, exceptuando el interés, la demora y el porcentaje reclamado por daños y perjuicios.

Para mí, que deseo hundirlos en la mierda, me parece más que justo, pero como siempre me tengo que callar y dejar que haga lo que mejor sabe para así beneficiar a su empresa, aunque a mí me suponga oír sus reproches tras no conseguir lo que quiere.

Así que nerviosos no, lo siguiente.

Entretanto Junior está desaparecido en combate aunque sepamos que vendrá a la boda y se encuentra bien.

Por lo visto está con la rubia medio rapada Betty en la Ruta 66, viviendo en su autocaravana.

Nadie la conoce. Tan solo de vista o como yo, dos besos y adiós.

Sin embargo, no es la primera vez que le da por fugarse con una tía y desaparecer durante un tiempo. Por eso su familia ni lo llama ni está preocupada. Todo lo contrario a mí, que lo he llamado esta mañana para que me divirtiera un rato porque de todos los que me rodean no hay nadie que me haga reír y sentir bien, si me agobia con la boda o con el Señor Oscuro de La Torre, que últimamente está insoportable o como todos en general.

—¿Almorzamos? —me sorprende Nathan.

—Sí. Necesito un café —y me levanto del suelo donde estaba viendo un álbum con trozos de tela para ver si elijo alguno de entre los destacados por Helen, y así dejar algo claro.

—Esta noche acabará tarde

–Esta noche acabaré tarde.

–No importa, te esperaré.

–Rebeka, tienes que descansar. Llevas días esperando a que termine para poder volver a casa, y creo que ya es suficiente.

–¿Si me voy antes que tú vendrás solo?

–Sabes que no.

–Te llevaría tu chófer y solo es un rato en coche.

–Lo sé. Pero ya sabes que no puedo.

–Algún día tendrás que intentarlo.

–Todavía no ha llegado ese día –y al abrirse las puertas del ascensor, Maxwell Collins frente a nosotros –. Creo que se suspende el almuerzo –me susurra cabizbajo.

–Nathan, tenemos que hablar –dice su ex socio muy serio e imponente.

–Buenos días Maxwell ¿La familia bien? –pero ni lo mira.

–Buenos días señorita, si nos disculpa –y alarga su brazo indicando el camino a Nathan que le ofrece ir por delante suya, mientras él se despide de mí.

–Lo siento.

–Acaba con él –impongo cabreada.

–Lo haré preciosa. Pero a mi manera.

Y con su beso en mi frente mi almuerzo solitario se basa en un sándwich de venganza con salsa de rabia, junto a mi sangre hervida para beber.

Respira Rebeka respira... Y aunque lo hago necesito con urgencia una gran dosis de café.

–Uno solo y muy largo –le pido al camarero –. Mejor dos y con hielo. Dime Bea –respondo al móvil.

–¿Has ojeado el álbum?

–Sí.

–¿Y cuál te gusta más?

–No lo sé. Me gustan los tres.

–Si Erika va de blanco el beige quedará bien.

–Eso ya lo verás el día de su boda.

–¿No va de blanco?

–No te diré nada.

–Está bien. Pero tendrás que elegir uno.

–¿Ahora?

–Sí ahora. Tengo a la decoradora esperando y ya se retrasa.

–¿No le puedes decir que luego la llamas? Aún no lo tengo claro.

–¿El beige te gusta? –insiste pesada.

–Sí. Pero a Erika le gustará más el rosa palo.

–Pues ya está claro ¡Sí Helen! ¡Ya se lo pregunto! –la oigo gritar –. ¿Has llamado a la floristería?

–Sí Bea. Me han dicho que esta tarde pasarán por ahí.

–Muy bien. Pues creo que ya está todo. De todas formas si falta algo te llamo.

–Claro... Veinticuatro horas para vosotras...

–¿Un mal despertar?

–Un mal almuerzo.

–¿Nos vemos esta tarde?

–Claro Bea. Ya hablamos.

Y mis cafés fríos, los hielos desechos, mi humor por los suelos, una lluvia espantosa ya acabando el verano y el único que puede desfogarme, reunido con la mafia Collins.

Menudo panorama...

Y yo... Yo histérica perdida pero no como todos.

Lo mío es personal, solo yo lo sé y el pasar de los días no lo soluciona. Al revés, agranda el problema o no tengo nombre a lo gorda que me puedo poner. Y es que, a una semana de la gran boda, tanto retraso ya es un presagio.

Igual me baja esta noche o mañana... Pienso sin creerlo.

–Dime Bea... –respondo agobiada.

–Tienes que darme los teléfonos de las damas de honor. Hay que reunirse con ellas y ensayar vuestro paseo nupcial por detrás de la novia.

–¿Pero no íbamos por delante? Siempre lo cambiáis todo a última hora... –y ríe mientras pago y el camarero no lo acepta.

–Solo tú vas por delante de Erika. Tienes que acompañar a los niños y tirar pétalos de rosa por la alfombra.

–¿Sola? –y suspiro alejando el móvil de mi oreja para no escucharla más –. Esta tarde estaremos todas allí –y le cuelgo, llamo a las seis brujas falsas y quedo con ellas en casa de Helen, para el ensayo general.

Pero al salir del bar del Hall...

–¡Rebeka espera! –grita Jackson desde recepción –. Quiero enseñarte algo –y saca una cajita azul oscuro y la abre.

–Jackson... Son preciosos... –expreso al ver los anillos.

–Acabo de recogerlos. Cómo brillan eh...

–Sí... Son perfectos Jackson y vas a sorprenderla.

–¿Tú crees? Igual me he pasado con tanta variedad de oro.

–A mí me encantan y ya sabes cómo es Erika. El arco iris le fascina.

–Sí. Es verdad –dice ensimismado en las alianzas.

–¿Nathan sigue reunido?

–Sí. Y no está de buen humor.

–¿Y cuándo lo está? Desde que llegamos ya no es el que era.

–Realmente está siendo el de siempre.

–Qué ganas tengo de que pase la boda... –y arrepentida lo miro –. Lo siento Jackson.

–Tranquila. Sé a qué te refieres y entre nosotros... –y se acerca a mí –. Yo también tengo ganas.

Entonces su sonrisa provoca a la mía y mientras él se marcha a saber dónde yo subo al despacho de Nathan, sin que lo encuentre al llegar. De hecho Harold y Erika están con Maxwell y Steve y de Nathan, nadie sabe nada. Así que le digo a su tío que me voy pero que volveré para recoger a su sobrino e irnos a casa, como todos los días.

Pero...

Qué casualidad...

Qué oportuno es el destino que me lleva a la Sexta para ver si encuentro unos zapatos para mi vestido coincidiendo con él sin que me vea, saliendo de la joyería.

–¡Hola! –saludo entusiasta asustándolo frente al ascensor.

–¿Qué haces aquí? –pregunta escondiendo algo.

–Ver zapatos ¿Y tú? Se supone que estabas con Maxwell.

–Ya hemos llegado a un acuerdo –me cuenta muy nervioso.

–¿Y qué llevas ahí? –y señalo el bolsillo de su pantalón.

–Nada.

–¿Y por qué lo has escondido?

–Porque no puedes verlo –revela intrigándome.

–Enséñame lo...

–No.

–Te prometo que no digo nada –insisto y él ríe ya saliendo del ascensor.

–Ralph, llama a Claus.

–Va... Dime qué es –e intento meter mano pero la aparta.

–No puedes verlo. Hasta el día de la boda no.

–¿Es para mí? –y delante suya sin dejarlo coger el teléfono, Nathan me agarra de la cintura y me aparta.

–Son las alianzas para la boda. Jackson me ha pedido que las recoja y que no se las enseñe a nadie ¿Satisfecha?

–Pues no, es más, acabo de ver a...

–¡Claus! –exclama al teléfono evasivo –. Espero que tengas buenas noticias –y tapa el auricular –. Perdona preciosa, pero tengo que atender esta llamada ¿Lo entiendes verdad?

–Pero...

–Esta noche nos vemos ¿Me esperarás o dormimos aquí?

–Vendré a recogerte.

–Perfecto. Diviértete –y según se aleja, sé que me miente.

Mentiras piadosas. Sin valor. La verdad oculta para no dañar o evitar un daño mayor, si lo esperado no es lo recibido.

En su caso a saber, pero en el mío un retraso que quizás ya debería confesarle.

De camino a casa de Helen, me toco la barriga. Mirando el ancho río rezo para que me baje la regla. Y al mismo tiempo me acaricio más y más, por si hay alguien dentro.

Dentro de mí. Escondido como su padre si es que existe un hueco en mí, donde quepa otro ser que no sea él.

Pero él...

A saber qué me dice si es que estoy... Si es que estoy...

Quizás si me tranquilizo y dejo de pensar en cuándo me bajará, logre por fin tenerla. Sin embargo, alterada aunque no quiera con las amigas de Erika me es imposible encontrar paz, entre tanto alboroto. No obstante me entretengo, admirando el paisaje.

Desde la entrada de la casa hasta el jardín, una alfombra de piedras grisáceas y perfectamente alineadas marca el camino a seguir, hasta el arco nupcial. En los árboles hay X que señalan dónde deben ir los lazos que los decorarán, a media altura. En el centro de los arbustos con flores hay cetros luminosos que alumbrarán el sendero cuando anochezca. Y en las farolas de la casa hay marcos colgados ahora vacíos, donde se pondrán fotos de los novios desde su niñez hasta hoy día.

Entretanto yo, que me exasperan las cotorras y ya estoy cansada de ensayar la entrada como en un círculo vicioso, al pasearme por los alrededores e imaginar cómo estará todo en el día señalado, me emociono y pienso en Nathan y en mí, si fuera para nosotros.

Precioso, al jardín no le falta ni un detalle. A pesar de las vueltas que he dado con Bea y Helen reconozco que han dado en el clavo, en cuanto a decoración exterior. No hay nada recargado, los detalles siempre aluden a la pareja, es sutil y no cansa, también alegra la vista y te deja con ganas de más según avanzas hasta llegar al final, y los colores, la luz veraniega y la fresca noche invitan a estar fuera rodeada de una belleza francamente encantadora, o más bien romántica.

Sí. La boda de Erika y Jackson a parte de extravagante por el vestido será romántica y muy tierna, o tan dulce como él y tan especial como ella.

Jooooo...

Yo también quiero...

—¿Qué haces? —me sorprende Helen.

—Nada. Solo pensaba en lo bonito que está todo.

—Pero si aún no hay nada —dice sentándose a mi lado.

—Ya ¿Pero a que tú también lo ves? —y mira hacia delante, coge mi mano y sonriente, vuelve la mirada—. ¿Sabes? A veces creo que eres un ángel de la guarda, el ángel de mi sobrino Nathan —confiesa cariñosa—. Te lo he dicho muchas veces, pero no me canso de hacerlo.

—Pues de ángel tengo poco... —opino y sonrío—. La verdad es que últimamente no he estado muy simpática.

—Todos estamos muy alterados —dice apretando mis manos.

—Sí, supongo que sí... —y noto que se me escapa algo pero...

No. Mi regla sigue a la fuga. Y aún así...

—Necesito ir al baño.

—Claro. Estaré detrás con las amigas de mi hija. Creo que me van a volver loca.

—Pues ya somos dos.

Dentro y meando, por mucho que me mire las bragas, del color que son no pasan. Ni rojas ni rosadas.

Esto me pasa por tonta... ¿En qué estaría pensando?

Y al pensarlo... Joder... Y me toco la barriga por si acaso.

¿Quién me mandaría salir de la farmacia sin comprar nada?

—Dime —respondo rancia al móvil.

—¿Qué haces? —pregunta Nathan y yo miro mis bragas.

—Nada —y las subo—. ¿Ya has terminado? ¿Voy a por ti?

—No. Si no quieres dormir sola quédate en casa de Helen.

—¿Cómo que dormir sola?

—Yo dormiré aquí.

—¿¿Qué?! ¿¿Por qué no vienes a casa?! ¿¿Qué te pasa?!

—Creo que no estoy bien —y frapo en seco en la puerta.

–Creo que no estoy bien –y me río en seco en la puerta.

–En una hora estoy ahí –y echo a correr –. ¡Chicas! ¡Me voy con vosotras! –les grito al ver que suben a sus coches.

–Rebeka...

–Nathan, una hora –y cuelgo preocupada –. ¿Me dejáis en la Torre?

–¡Claro sube! –dice la más normal.

De camino, mientras miro por la ventana y escucho a unos raperos, me siento observada.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Claro.

–¿Cómo es?

–¿Cómo es qué?

–Nathan Moore –dice sorprendiéndome.

–No pienso contestar.

–No me refiero a él como hombre –y la miro sagaz –. Solo siento curiosidad por su enfermedad.

–Agorafobia.

–Sí ¿Cómo es? ¿Cómo pudo vivir tanto tiempo encerrado?

–No lo sé. Supongo que acabó acostumbrándose.

–¿Y qué hiciste para que saliera?

–Nada.

–Algo harías... –insiste confusa –. Hasta tu llegada no había salido y ahora...

–¿Qué quieres saber? ¿Si soy una bruja y preparo pócimas secretas o le hago acupuntura o risoterapia?

–Perdona, no he querido entrometerme.

–Lo siento. Esta semana está siendo muy complicada.

–No pasa nada. No tendría que haber preguntado pero sentía curiosidad. Se sabe que era un hombre muy mujeriego a pesar de estar en La Torre.

–Ya... Mujeriego... –y sí antes estaba alterada, ahora trino.

–Me sorprendió. Bueno, a mí y todas nos sorprendió que una mujer lograra sacarlo de ahí. Hubiera imaginado cualquier cosa excepto a una mujer.

–Pues te aseguro que no hice nada. Solo fui yo, solo eso –y cabizbaja pienso en él y en qué estará pasando por su cabeza, para que no quiera dormir conmigo en la casa de la playa.

–Pues me alegro la verdad. Erika siempre decía que estaba harta de su primo. Que la agobiaba con preguntas de adónde iba y con quién como si fuera su padre. Y ahora cada vez que lo nombra, primero habla de ti. Está muy orgullosa de ti.

–¿Sabes? Creo que me caes bien.

–¿Ah sí?

–Sí. Las otras no me gustan y tú tampoco me gustabas, pero ahora me lo estoy pensando.

–¡Pues gracias!

–¡Ja! –y río.

A partir de ese momento conversamos e incluso criticamos a las del otro coche, que si no es porque entre familias hay amistad, seguro que no las vería. Entretanto el trayecto hasta la Torre se me hace muy corto, en comparación a otros días.

–Nos vemos el día D.

–No olvides recoger el ramo el día de antes.

–Lo tengo apuntado –y me enseña su iphone –. Descansa.

–Buenas noches –y al cerrar la puerta miro arriba y cierro los ojos atemorizada, por un recuerdo cristalino.

Nathan Moore...

Sé que estás ahí arriba observando.

Sé que estás esperando mi regreso a tu Torre.

–Buenas noches Ralph ¿Todavía trabajando?

–Sí, hoy es uno de esos días –responde afable –. El Señor Moore está en su casa.

–Gracias Ralph –y entro en el ascensor.

–Señorita Rebeka –y frena las puertas –. No está bien. Ha estado en el bar más de una hora. Y estaba solo.

–De acuerdo... –y respiro profundamente –. Ya estoy aquí.

Tras veinte segundos contados uno a uno, a oscuras entro con el único deseo, de que su borrachera no me perjudique.

–¿Nathan?

–Estoy aquí.

–¿Qué haces ahí? –pregunto al encontrarlo sentado en mitad de la escalera con la botella en la mano.

–¿Quieres? –me ofrece divertido –. Solo una más.

–Vale. Pero solo una –y me siento en un escalón más abajo, entre sus piernas.

–Estaba en el solarium, me apetecía darme un baño, pero te he visto llegar y...

–¿Qué te pasa? ¿Por qué no querías que viniera?

–No me odies por decir esto –y me giro para mirarlo –. Me siento bien aquí. Dentro de mi casa. En La Torre. Me siento muy bien estando y siendo como antes –confiesa sincero sin ser capaz de levantar a vista –. Pero también estoy bien cuando salgo. Sobre todo si tú estás conmigo. Pero esta semana ha sido una locura y... –y se restriega la cara.

–Nathan...

–No. No digas nada.

–Pero yo...

–No lo entiendo Rebeka. Debería estar ahí fuera y no aquí. Pero me siento tan bien, que me cuesta, me cuesta mucho –y golpea su puño contra la pared preocupándose en exceso.

–¿Ibas a bañarte no?

–Sí, eso quería... Pero ya no me apetece –y se bebe la copa de un trago.

–¿Sabes? Viniendo, una amiga de Erika me ha preguntado que qué hice para sacarte de aquí. Y la verdad es, que no lo sé.

–¿Eso le has dicho?

–Sí. Y también que simplemente estaba siendo yo. Como ahora soy y como he sido siempre. Así que Nathan Moore, te recuerdo, que esto es pasajero. Que solo hemos venido para ver a tu primar casarse con tu mejor amigo. Que en unos días nos habremos largado de aquí y que cuando pongas los pies ahí fuera, te aseguro que no echarás de menos todo esto.

–Siempre tan segura de todo y cabezota hasta el final.

–Vámonos –y tiro de él que se levanta sonriente como si la pesadumbre de hace un momento se hubiera disipado, junto a su borrachera nostálgica y perturbadora.

Mientras tanto yo me evado y recuerdo cómo logré llevarlo, hacia donde ahora vamos.

–Llamaré a un taxi –dice ignorante.

–Para qué queremos un taxi con todo esto –y en el garaje, tras mucho sin pisarlo...

–¿Y cuál es tu elección? –pregunta perspicaz.

–Esta vez serás tú quien lo elija. No quiero que te pongas más nervioso de lo que ya estás.

–En ese caso cogeremos este –y señala el Lexus.

–¿En serio? ¿No prefieres el Ferrari? –y me acerco para tocarlo mientras él dice que no.

–Aunque no estuviera nervioso contigo al volante ya corro peligro, así que este.

–Está bien... –acepto aburrida del silencio de un coche que corre pero es demasiado señorial, para mi fuga imprevista.

Saliendo de Manhattan, noto que se relaja y se pone cómodo en el asiento. A punto de acceder al puente seductor me tienta, mientras la música nos deleita. Con su mano sobre la mía dice, que estando conmigo no importan Torres que lo cautiven. Y sin dejar de sonreír se abre más a mí, porque hace tiempo que no lo hace.

Me cuenta, que al saber que teníamos que volver el corazón le dio un vuelco, a causa de la ansiedad de entrar y quizás no volver a salir. También que al llegar se sintió fuerte y capaz de comerse el mundo, aunque solo fuera momentáneo. Y es que, las constantes reuniones que lo han mantenido enclaustrado han sido claves para que su débil carácter sucumbiera, a su voluntario encierro. Sin embargo me confiesa, que tras vivir conmigo siendo libre y sin barreras ni obstáculos que se lo impidieran, la sensación de hermetismo ha sido diferente. De hecho lo ha sido tanto, que se ha dado cuenta de que no ha habido mejor beneficio para él y para su mente, que mi idea de alquilar la casa en la playa.

No obstante los Collins le han devuelto, al hombre que era.

Su constante insistencia y arraigo a los Moore y su empresa lo han mantenido alerta y en continuo enfrentamiento, tanto mental como físico. Incluso dice que los temblores intentaban dominarlo cuando no tocaba. Vamos, que sin salir y ni siquiera pensarlo pero estando en su despacho mirando por el ventanal el recuerdo de su enfermedad lo ha invadido hasta el punto de desear, volver al pasado.

–Pero gracias a ti no ha sucedido. Gracias a ti estoy aquí y no bebiendo más whisky para intentar controlarme. Gracias a ti podré acompañar a mi prima hasta Jackson sin que nada me haga temblar ¿Verdad? –susurra mirándome fijamente y yo de reojo mientras le digo que sí.

Y sí. Quizás este sea el mejor momento para contarle lo mío. Sí. Quizás lo sea, pero no estoy segura.

Aparte de eso... no. No me atrevo.

–Cuando llegemos a casa nos bañamos en la playa.

–Lo que tú digas preciosa –dice cariñoso enderezándose.

Como en Ibiza.

Como en Ibiza, pasear por la orilla mientras anochece a él lo relaja y a mí me embelesa. El sol, aunque no tan rojo como en la pequeña isla nos acompaña en su descenso iluminando la mar, mientras nuestros pasos nos alejan de la casa. Anaranjado brilla en el agua pero oscurecido parece ocultarse. La luna, en su lento ascenso intenta alcanzarlo y nosotros, como astros nos dejamos llevar por la libertad con que caminamos, conscientes de que no hay nada que nos haga más felices, que estar juntos y a los pies del gran océano.

El sonido burbujeante de las olas, rompe el silencio en la noche. De su mano admiro cómo se desquebrajan en la arena y él observa su balanceo. El aroma a salitre junto al frescor de la brisa embriaga mis sentidos según él acaricia mis dedos. Mojar nuestros pies salpicando una y otra vez lo divierte, provocando su sonrisa más seductora y dulce. Y el deslizar de sus manos por mis hombros lo vuelve muy romántico, o tal y como es.

Un hombre que vive engañado si regresa al pasado.

Y yo...

Yo intento olvidar su temor aunque también lo sufra, porque sé que olvidar, a veces, resulta imposible.

Íbamos a bañarnos. A refrescarnos con el agua como si así volviéramos a empezar. A nadar y a bucear borrando así la fría distancia que a veces nos separa. Y a sumergirnos en el fondo del mar para olvidar las discusiones y el mal genio, que los dos tenemos.

Pero sentados en la orilla, no importa.

Nada importa, ni siquiera que pueda haber alguien mirando cómo nos amamos saciando la sed y quemando dos cuerpos que se tientan como la necesidad impetuosa, con que late el corazón.

Él, desnudo y sentado en la orilla, con el agua mojóndolo y huyendo en cada ida y venida, contempla la luna y en el mar su reflejo.

Yo, de rodillas y detrás suya también desnuda, acaricio su espalda y apoyo la cabeza sin dejar de tocarlo y de sentir que sus manos, llevan a las mías.

Él, sin hablar y tan solo sintiendo mi tacto, transforma su nostálgico carácter en el de un hombre ansioso y viril, mientras enamorado me susurra frases de ensueño.

Y yo, que me pierdo en sus palabras escucho la dulzura de su voz y me entrego al amor, en cuerpo y alma.

Pero él, que lo sabe, que no ignora mi debilidad, que conoce mi droga más adictiva y es consciente de mi profundo e intenso sentimiento de entrega absoluta a su persona, entre sonrisas y poesía me besa en la boca y me recuerda, que soy su vida, su más eterna compañía y la razón de su existencia.

“Jamás sentí la soledad, como cuando llegaste a mí.

Jamás supe que era el fracaso hasta que te vi.

Jamás conocí la pureza del alma porque la mía oscurecía.

Jamás aprecié la vida, porque simplemente no existía.

Yo era un hombre solo y no lo vi.

Estaba cegado y fracasaba al no salir.

Era frío, porque el espíritu perdí.

Y desaparecí creyendo morir, sin libertad, ganas o deseo.

Siempre sentiré tu presencia, porque sé que me amas.

Siempre estaré alerta, por si en momentos me llamas.

Siempre admiraré tu belleza, porque me has llenado de luz.

Siempre viviré por ti, por ser tan solo tú.

Preciosa mujer en la arena, para mí no hay más vivir, que a tu lado y siendo para ti.”

Bajo las estrellas que adornan el cielo junto al resplandor de la luna llena, sobre la arena humedecida junto a las burbujas de las olas espumosas, bajo su cuerpo que abraza el mío y moja mi piel, con la suya resbalando por mí y descendiendo lentamente, y en la calma más absoluta aunque el silencio lo rompa con su amor posesivo y oscurecido por sus ojos negros y envueltos en su maravilloso romanticismo, mis jadeos frenan su boca y sus labios al pronunciar un te quiero, como si al oírme ser amada él sintiera que las letras con que me enamora, en sí son mi deseo.

–Solo amo sincero, cuando libre me siento. Te quiero.

Y lo abrazo y beso su cuello, y él levanta la cabeza.

–Solo creo en nosotros cuando lo intento. No sabes cuánto te quiero.

Y mis besos erizan su piel y lo tensan, y él me observa.

–Solo sé lo mucho que te adoro, cuando para mí te tengo. Estoy enamorado de ti Rebeka...

Y mis lágrimas plenas de ternura y amor incondicional, las tuyas provoca.

Como en Ibiza.

Como en el lugar donde Nathan ha demostrado ser el único por quien darlo todo, del despertar al dormir.

Ahora somos como entonces. Aquí como allí entendí, que sería para siempre. Tal y como lo creo ahora. Para siempre. De hecho hacía tiempo que no hacíamos el amor, de manera tan real y tentadora.

E íbamos a bañarnos. Los dos juntos en el mismo mar que ha sido testigo de nuestra verdad, porque el sexo como ser yo y siempre él incandescente e indestructible nos acerca y une, forjando nuestro destino.

E íbamos a nadar.

Y lo hacemos. Yo despacio y mirándolo a lo lejos mientras él bracea fuerte e incansable hacia la oscura mancha de la sombra lunar, o eso parece.

Entretanto, esperándolo me mantengo sumergida y la sal se esparce por mi boca según muy quieto y frente a mí vislumbro sus hombros, cuello y rostro, incitándome a nadar.

Sonriente, no sé si quizás me observa, pero despacio muevo mis brazos bajo el agua mientras él de cerca resulta mucho más tentador acariciarlo, para así humedecer más mis manos, al tocar húmeda su piel.

Y nado, mientras él me espera calmado, hasta alcanzarlo.

Entonces...

Por los hombros se deslizan mis dedos junto a gotas de agua. Por su cuello la extiendo salada y fresca. Por sus labios me pierdo y confundo adentrando en su boca. Y al chuparlos, suave y delicado el cosquilleo de mi útero sino otra parte de mí resurge feroz, mientras él me muerde sutil y el negro de sus ojos penetra en mi alma.

–Nathan... –y un beso calma su sed –. Nathan yo... –otro más y derretida me tiene –. Guapo, tengo que... –pero detrás de un beso viene otro y después del anterior, muchos más.

Y tantos y tantos besos me da, apasionados y salvajes como posesión suya que soy, largos y con lengua como él es parte de mí, lentos y tiernos como romance oculto en la noche y dulces y sinceros como falto de vida, que aunque sepa que no habrá mejor ocasión que esta para contarle mi duda, tan solo me dejo llevar exprimiendo al máximo uno de esos momentos únicos de los que tanto suelo disfrutar, estando a su lado.

–Rebeka... –susurra mordiendo mi labio –. Preciosa... –y lo beso deseándolo –. Tengo que decirte... –pero subida encima suyo en mitad del claro y alejados de la orilla mis caricias y besos lo mantienen en silencio y más, mucho más ansioso de mí.

Esto es lo que siempre quise desde que lo conocí.

Estar en una playa y nadar hacia el fondo siendo conscientes de que no hay nada que temer al saber, que por fin podemos ser libres.

–¿Dónde está mi corbata?

–Donde todas –respondo pintándome los ojos.

–No la veo.

–Mira bien...

–Rebeka no la veo –insiste poniéndome nerviosa.

–A ver Nathan... –y salgo del baño –. Yo no uso corbatas tú sabrás donde la has puesto –y reviso su colección.

–Le dije a la dependienta que la colgara junto al traje –se queja con el móvil en la mano –. Pásame con Elis ¡Me da igual que esté con un cliente!

–Tranquilo... –y me manda callar.

Mientras tanto sigo buscando y él...

–Elis. Te pedí expresamente que... –y enmudece al ver que tengo su corbata naranja.

–Toma ¿Ya puedo seguir? Al final llegaremos tarde.

–Disculpa Elis. Que pases un buen día –y cuelga viniendo detrás mía –. ¿Nerviosa? –pregunta frente al espejo.

–¿Y tú?

–No.

–Pues no lo ha parecido –y al mirarlo anudar su corbata dejo de pintarme porque guapo se queda corto, a como lo encuentro.

–¿Qué?

–Nada, que eres el padrino de la boda y estás tremendo –y me mira sonriente.

–¿Y tú? ¿Vas a ir desnuda?

–Podría.

–Ya... –un cachete y responde al móvil –. ¿Estás vivo?

–¿Es Junior? –pregunto intuitiva y me dice que sí –. ¿Ya ha llegado? –y dice que no.

–En una hora tu prima se casa ¿Has pensado que quizás quiere que estés presente? No llegues tarde Junior –y cuelga.

–¿Qué le ha pasado?

–Que es un irresponsable. Están de camino. Por lo visto se han quedado dormidos y han salido más tarde de lo previsto.

–Tranquilo, seguro que llegan a tiempo.

–¿Con una autocaravana? ¡Ja! –y vuelven a llamarlo –. ¿Qué pasa Harold? –responde cabreado –. Lo sé. Acabo de hablar con él y me ha dicho que lo intentará. Ya lo conoces. Está bien. Sí. En... ¿Cuánto tardarás? –pregunta impacientándose y le digo que diez minutos –. Veinte minutos. De acuerdo –y cuelga y se me queda mirando –. ¿Iremos paseando o en coche?

–Paseando –y salgo corriendo del baño –. Qué calor joder...

Y detrás mía viene como perrito faldero metiéndome prisa, mientras me meto en un tubo de tela color vino.

–Vaya... –expresa pasmado –. Me gusta tu culo preciosa, pero solo para mí –dice tocándolo para luego ascender por mi espalda despacio y subir la cremallera –. Es muy ajustado.

–A mí no me echas la culpa. Es de tu prima y de sus amigas.

–Ya... Quizás ir desnuda y como vas, sea lo mismo.

–¿Me lo quito? Por mí no ha problema, parezco un rollito de lo que aprieta, así que... –e intento bajar la cremallera.

–Las manos quietas –dice cogiéndolas –. Esto solo lo bajo y lo subo yo, así que estate quieta y por favor, vámonos ya.

–Está bien y voy...

De negro como estima el protocolo para un padrino en una boda taciturna, Nathan me espera en la entrada de la casa con ojos rasgados y oscuros, camisa blanca con raya diplomática anaranjada muy fina, y corbata, esta sí más llamativa también naranja, cual hombre poderoso, firme y cautivador, romántico e imponente.

De vino y de tubo como última opción entre el despidor de colores que elegían las amigas de Erika, yo, que bajo las escaleras y bastante bien ya que el vestido tapa el culo lo justo y eso deja libertad a mis piernas para caminar, subir, bajar y hasta correr, si hiciera falta.

Pero Nathan, que desde abajo me observa y se fija en mi entrepierna poco a poco cambia el semblante y enfurece por dentro porque por fuera intenta disimular, sin más elección que callar y aceptar, los designios de su prima.

–Podrías haber cambiado el vestido si hubieras querido.

–¿Vas a estar todo el rato diciendo lo mucho que te gusta?

–Te he visto el culo y no seré el único en mirar cuando...

–No hay escaleras en el jardín, así que no te preocupes.

–Ya... Que no me preocupe...

–¿Nos vamos?

–Antes de que me arrepienta.

En la calle y a unos cientos de metros de casa de Helen, ya vemos llegar a muchísima gente incluidos algunos conocidos como Ralph y su familia, Surinder y su mujer.

También los abogados de la empresa, parte de la plantilla de La Torre incluyendo algunos dependientes muy amigos de Erika, algunos clientes que asistieron al cumpleaños de Harold y entre todos ellos su fiel amigo Simon, que al ver a Nathan lo saluda afable y feliz.

Mientras tanto yo evito entrar en una casa donde ya imagino el gallinero que debe de haber, y de esos que no soporto.

Pero claro...

¿Quién me mandaría ser la dama de honor?

Erika, la mujer que se asoma por la ventana del primer piso, llamándome alterada.

–¡Ya subo! –y dejo a Nathan con Harold, a la espera de que llegue Jackson con su familia.

–¡Hola! –gritan seis cotorras –. ¡Vamos todas iguales, qué ilusión! –y qué le diría mi lengua a la perspicaz...

–¡No me había dado cuenta! –una sonrisa falsa y mis pies suben escalones mientras camareros ultiman detalles, Lola los dirige, a Helen me la encuentro en mitad y agobiada me dice, que hasta en el día de su boda, su hija dará la nota.

Eso sí, sonrío y confiesa que siempre resaltó por ser tanto o más positiva, que los colores de su vestido de novia.

Su vestido de novia.

Ahora que la tengo delante haciéndose fotos, creo que está más guapa y colorista que nunca.

–Me encanta cómo te queda –confieso abrazándola pero sin apretar demasiado –. Es perfecto para ti, va contigo y estás muy guapa, realmente romántica como toda la casa.

–Gracias Rebeka. La verdad es que me ha sorprendido cómo la habéis decorado.

–Pues llegué a pensar que era muy soso para ti... –confieso tocando el tul del vestido.

–¿Por qué? Toda la casa está perfecta.

–Me sorprendió que no la celebraras en Las Vegas.

–Esta es mi casa. Las Vegas solo es el recreo.

–La verdad es que todo está perfecto y es precioso –y me asomo por la ventana.

–No falta ni un detalle y sí, es... –dice a mi lado –. Es...

–Precioso...

–Maravilloso Rebeka, maravilloso –y se sienta en la cama un tanto apesadumbrada.

–No llores eh... Ahora no puedes llorar.

–Lo intento Bella lo intento... –dice sollozando.

–Aprieta el culo, endereza la espalda, mira al frente y di, me caso con el hombre de mis sueños, voy más guapa que nunca y a quien no le guste que no mire –y lo hace riéndose junto a mí.

–¡Qué guapa! –oímos gritar.

–¡Sidny! –y Erika la abraza.

–¿Me lo dejarás?

–Cuando seas tan mayor como yo.

–No. Ahora.

–Sidny deja a tu tía –dice Angélica entrando –. Oh Erika, tú siempre tan llamativa... –opina trayendo a Michael en brazos.

–Déjame el vestido –insiste Sidny.

–¡Cómo te va a dejar el vestido! ¡Es el día de su boda! –y la niña se marcha enfadada.

–Hola pequeño –saludo al crío.

–No soy pequeño –dice enfadado.

–Lo siento Rebeka. Hoy tiene un mal día.

–No te preocupes. Yo os dejo, iré a ver si ya ha llegado el novio –y entre risillas y los saltitos de Erika mis nervios ya no existen, porque ahora es ella quien no puede con los suyos.

Pero bua...

Nervios de qué.

Cuando vea a Jackson, sus nervios no serán más que hilos enmarañados, deslizándose por su estómago.

Y yo...

Yo, si no llega a ser porque el Señor de la Torre invadió mi corazón, aseguro que por otro se hubiera rendido aunque más tarde roto hubiera sido, tras conocer a la mujer por quien está prendado Jackson.

Así que madre mía con el hombre que acabo de ver pasar en dirección al arco nupcial, sin que me vea observarlo.

Bueno no, buenorro y más allá, está Jackson.

Jamás, al principio reconozco que sí, pero jamás me fijé en él como hombre, y más, tras caer rendida a los pies de Nathan y su puñetero trastorno. Así que jamás me atrajo Jackson pero sé que es un perfecto caballero, no especialmente guapo pero sí tremendamente atractivo.

Se ha cortado el pelo pero sigue siendo él con su peculiar manera de peinarse hacia atrás. Sonríe ilusionado y camina enderezado saludando cordial y amable, a todos a su paso. Se detiene y escucha los halagos de ellas mientras ellos lo miran con recelo, e incluso envidia. Pero firme y tenaz sigue andando hasta el altar donde lo esperan Harold y Nathan, a falta de Junior.

¿Dónde estás pequeño Moore?

—¡Jackson estás buenísimo! —grito y Nathan escupe vino en el césped—. ¡Ya verás cuando veas a Erika! —y lo abrazo efusiva, muy sonriente y alegre.

—Creo que Nathan se ha enfadado —susurra y ríe.

—Estás guapísimo y me da igual que se enfade porque lo haya gritado a los cuatro vientos —y al mirar a los ojos de mi hombre, la complacencia lo hace razonar.

—Dame la flor Rebeka —pero me pide serio.

—¿Qué flor?

—El imperdible —y señala las florecillas de las americanas de su tío y su amigo.

—Yo no lo tengo —respondo confusa—. Te he dicho esta mañana que lo dejaba en el mueble de la entrada para que te lo pusieras.

—Y yo que lo llevaras en tu bolso ¿Has mirado bien?

—Aquí no caben más cosas —y al abrirlo solo el móvil y un pintalabios—. No está ¿Has mirado en tus bolsillos?

—No lo tengo Rebeka. Creí que lo llevarías en tu bolso.

—Pues no lo tengo.

—¿Y ahora qué?

—Nos hemos liado. Yo pensé que lo habías cogido y ahora...

—No puedo ser el padrino.

—Nathan no seas exagerado... —y me parto de risa—. Vamos a casa y lo cogemos.

—No dará tiempo. En quince minutos bajará Erika.

—Sí que nos da tiempo, venga vámonos.

—No Rebeka, busquemos otra solución, si Erika está lista y yo no he llegado a tiempo no me lo perdonaría.

—Pues no sé... —y miro a todos lados—. Igual Helen puede ayudarnos. Espera ahora vuelvo.

Y al entrar en la casa Helen no tiene más alfileres, Junior acaba de llamar diciendo que ya está muy cerca pero aún de camino, y si nadie puede llegar después que la novia, quizás el padrino, la dama de honor y su primo seamos, la gota que colma el vaso.

—Si Nathan pregunta por mí, dile que me he ido a casa.

Y sin los zapatos camino deprisa hacia la entrada principal, hago lo mismo calle abajo hasta que no veo a nadie y entonces echo a correr hasta la casa de la playa, donde nada más entrar encuentro las florecillas donde las dejé y regreso corriendo.

Pero...

¿Qué más me ha de pasar, para que de una vez por todas el defecto más grande del mundo se extinga y jamás, jamás de los jamases vuelva a verlo?

Pues no lo sé, pero si hay un coche con su nombre frente a la casa de Helen, ella debe de estar por aquí.

Serás zorra...

Frenada a unos treinta metros, con la vista clavada en el coche y esperando a que salga porque sé que está dentro, rezo por verla.

Ay cuando te vea...

Cuando te vea te voy a coger de los pelos largos y negros, te daré una patada en esas piernas esbeltas, luego te morderé donde pille para marcar tu piel tersa y cuando estés de rodillas acobardada te daré un puñetazo en la cara, sino antes te tiro al suelo y te empujo calle abajo.

Ay cuando te vea...

Me gustaría saber qué coño haces tú aquí junto a tu manía defectuosa de amargarme la vida y cuando lo sepa, o cuando no y me apetezca, lo que me hiciste será nada en comparación a lo imaginado desde hace ya...

Y la veo salir sin resaltar contrariamente a como siempre hacía, ya que en vaqueros, con una camiseta de tirantes, las gafas de sol y una gorra, si no es por el coche, no la reconozco.

Así que nadie se da cuenta de que hay una invitada sorpresa llamada Carol, Carol Collins. Hacia quien me dirijo corriendo como si mi vida pendiera de un hilo para hacerle un placaje de esos, de esos que a veces veo en la tele.

¡¡PUM!! ¡¡Píípíípíípíípíípí...!

Encima del capó de su coche que no deja de pitar y yo sobre ella, Carol me mira espantada y yo le clavo el codo en las costillas, fuerte, muy fuerte.

–¡¡Qué coño haces aquí!!

–¿Eres tú, niña?

–¡Deja reírte así o te parto los dientes loca!

–¿Tú? –y me tira del pelo.

¡¡PLAS!!

–La próxima ostia te la doy con el puño cerrado –susurro en su mejilla rosa.

–Suéltame estúpida, vas a estropearlo todo –y vuelve a tirar de mi pelo mientras sus piernas se enredan a las mías luchando por mantenerla quieta, mientras le sigo clavando el codo y ella se queja.

–Calla zorra –e intenta morderme –. ¿Ah sí...? –y la muerdo en el hombro.

–¡Ahhhhh!

–¡Que te calles! ¡Vas a estropearlo todo! –y de repente algo muy grande frena a nuestro lado.

–¡Rebeka! ¡Carol! ¡¿Pero qué coño hacéis?!

–¡Déjame Junior!

–Esta es Carol eh...

–¡Sí! ¡Para Rebeka! ¡Suéltala! –e intenta separarnos.

–¡Toma! ¡Por loca! –y Carol se derrumba tras Betty darle patadas con sus botas.

–¡¿Rebeka?! –grita Nathan.

–¡¿Carol?! –exclama Steve apartándose de ella.

–Más tarde hablaremos –dice Nathan cogiéndome del brazo.

–¿Qué haces aquí? –le pregunta Steve a su hermana –. No deberías estar aquí –y la mete en el coche que al segundo sale disparado calle abajo.

–Arréglate el pelo –me pide Nathan –. Nos están esperando.

Y descalza, con el vestido manchado en un lado, las tetas que se me salen, el pelo... Madre mía el pelo... Destrozado tras dos horas de peluquería, el ramo casi negro del asfalto y los pisotones, mi cara de furia encarnizada incapaz de mostrar otra cosa, todo el mundo observándome, Nathan manteniendo el control aunque esconda una mano y, por si fuera poco, las florecillas marchitas y deprimentes como la escenita que acabo de montar, yo y solo yo soy el espectáculo, yendo a la casa.

Ya me he dado cuenta y hace tiempo, que respirar y contar en estos momentos, ni puedo ni me sale hacerlo. Así que medio ahogada sé, que esta y no otra será la conversación que relucirá bochornosa para mí pero bien orgullosa y más que lo estaría, si me hubieran dejado...

Madre mía lo que le hubiera hecho...

–Lo siento. Pero no he podido evitarlo. Estaba volviendo con tus flores cuando he visto su coche. La odio tanto y me he puesto tan rabiosa, que...

–Ya te he visto. Yo y todos –dice serio de camino al baño.

–¿Para qué ha venido?

–No lo sé.

–¿Para qué coño ha venido? –e intento peinarme.

–No lo sé Rebeka y la verdad, me importa una mierda. Mi prima está esperándonos y a ti parece darte igual.

–¡¿Qué estás diciendo?!

–Que ya me da igual hasta cómo vayas –y me saca del baño a la fuerza para llevarme a la entrada, donde lo niños esperan.

–Te podrías haber peinado un poco... –dice Sidney repelente y yo me toco el pelo –. Y tus flores dan asco –y desafiante me gira la cara.

–¿Podemos empezar ya? –pregunta Michael.

–¿Dónde está Erika?

–Mírala –y la veo bajar la escalera deslumbrante mientras Nathan altivo se acerca y le ofrece su brazo, para llevarla hasta Jackson.

En ese momento cientos de aplausos, gritos de guapa, algún que otro llanto y muchos pétalos de rosa acompañan a una novia por la alfombra roja, directa al altar.

–¿Qué te ha pasado Rebeka? –me pregunta en voz baja.

–Luego te lo cuento –y salimos al jardín donde sonrisas, miradas, felicidad y comentarios alegres dan inicio a mis pasos junto a Sidney y Michael, que muy bien aprendido abren camino a la novia y al padrino de la boda.

–No te separes mucho –me susurra Nathan.

–Chicos más despacio –y los niños se paran –. No chicos, seguid andando seguid –y lo hacen pero más deprisa, sin dejar de tirar pétalos.

Frente a nosotros, como perfecto caballero Jackson espera junto a sus cinco amigos mientras las damas de honor ansiosas y sonrientes nos miran impacientes y nerviosas, sin percatarse como yo y Nathan de que la mirada del novio está fija en Erika y en su vestido flor, mientras ella le guiña un ojo y le lanza un beso, de camino al arco, en donde Nathan abraza a Jackson y mutuamente golpean sus espaldas según se dicen algo en voz baja y Erika por detrás avanza, para coger la mano de Jackson y a su lado situarse.

Entretanto los niños ya están con sus padres en la primera hilera de sillas junto al resto de la familia Moore, mientras yo encabezo una fila de chicas que no pierde detalle de la ceremonia y tampoco de mis pintas.

No es que no dejen de susurrar criticonas sobre la apariencia de Erika en el día de su boda. Tampoco y ahora positivamente, que hablen de la decoración. Sino que además de ser unas cotorras sin personalidad ni remedio, también se atreven a cuchichear sobre mí como arpias gárgolas nauseabundas.

No obstante con mirar a Erika, olvido a las pajarracas estas.

Bueno, eso creo que hago, ya que mientras las hago callar, ya me gustaría que fueran ellas solas. Y es que, entre discurso y discurso observo entre los invitados que más de una nos critica incluso señalando o con miradas indiscretas, lo que para ellas es y así he escuchado entre las cinco arpias exceptuando a la normal, mi pordiosera apariencia y el esperpéntico vestido que ha elegido la novia para su boda.

Y yo lo de pordiosera...

Pues bueno, como son idiotas paso de ellas a parte de saber que realmente parezco salida de un desguace.

Pero lo del vestido de Erika...

Esperpéntico. Así lo definen y menuda palabra. Yo más bien diría... llamativo. Llamativo como dice su tía Angélica.

De rosa palo y con escote en forma de corazón, de encaje hasta la cintura, con un lazo rojo rodeándola y hasta medio muslo hecho de tul de muchos colores, Erika es una bailarina muy romántica o una flor, nada convencional. Así que aunque a mí personalmente no me guste a ella le queda perfecto, va con su personalidad y si a la gente la sacas de lo estipulado, lo primero que hace es criticar.

—Chissssss... —las mandan callar y yo río en bajito hasta que de reojo y tras ver a Nathan observarme encuentro a Steve sentado en la última fila, como si nada—. Los anillos —dice al alcalde y Nathan se los da para enseguida guiñarme un ojo recordándome, su mentira piadosa—. ¿Tenéis preparados los votos? —y los novios dicen que sí—. Jackson...

Y mirando a Erika...

—Se supone que hoy, el día más feliz de mi vida, debería decirte cuáles son mis deseos y todas mis promesas. Pero tú ya lo sabes. Conoces cada una de mis ilusiones y sabes que deseo cumplirlas estando contigo —y ella sonríe—. Desde el día que naciste he estado enamorado de ti. Yo tenía diez años y tú solo eras un bebé, pero día tras día te he visto crecer junto a mí y mi amor ha crecido contigo. Siempre te esperé. Siempre tuve la paciencia suficiente para esperar el momento oportuno de confesarte lo mucho que te he amado y te amo. Y ahora, ahora que todos han de ser testigo de mis palabras, solo tengo una cosa que decir —y la besa delicado—. Con este anillo confieso, que te amo. Que lo he hecho durante toda mi vida y ahora mucho más. Así que prometo seguir haciéndolo con respeto y más intensidad, hasta el último día de mi vida. Te quiero Erika.

Y llorando ella lo besa y...

—Con este anillo... —dice temblorosa—. Con este anillo... —y no puede hablar—. ¿Alguien me da un kleenex? —y me acerco a Helen que también está llorando y me da un pañuelo—. Mucho mejor... —dice sonriente mientras Jackson mantiene sus manos entrelazadas—. Jackson —y mirándolo vuelve a sonreír—. Jacky, he de confesar y tú ya lo sabes, que no me fijé en ti porque eras el amigo de mi primo —y los dos lo miran y Nathan dice que continúe—. Pero un día alguien me dijo que quizás mi amor verdadero estaba más cerca de lo creído —y me guiña un ojo y vuelve a mirar a Jackson acercándose a él—. No me arrepiento de haber entrado en tu casa aquel día. De decirte lo bueno que estás. De abalanzarme sobre ti y besarte sin que lo esperaras, y de escuchar que me amabas como nunca a nadie. Ese día fui feliz. Y lo supe, al entregarme a ti. Así que ahora, con este anillo sé que cuidarás de mí y me amarás, como yo nunca dejaré hacerlo.

—Yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Y su beso es tan largo, seductor y provocativo, que al los diez segundos todos silban envidiosos mientras yo les tiro por encima los pétalos de rosa que me quedaban y Nathan aplaude.

—¡Enhorabuena! —grito entusiasmada.

—¡Gracias Bella! —y me abraza fuerte y me dice que yo soy quien los ha unido y que siempre seré su amiga más fiel.

—Te quiero Erika. Te quiero mucho —y sus amigas tiran de ella para felicitarla, Jackson suelta a Nathan y también se une a sus amigos y yo tiro de mi hombre para alejarnos, porque el tumulto se agolpa y nos impide salir poniéndolo nervioso—. Lo has hecho muy bien —pero agobiado empieza a sudar.

—Sácame de aquí —y lo hago incluso dando codazos hasta la entrada de la casa, donde nos quedamos parados y él se sienta en las escaleras.

—¿Estás bien?

—Dame un minuto —dice manteniéndose en tensión.

—Nathan —nos sorprende Steve—. Siento mucho...

—Ahora no —lo interrumpe sin mirarlo.

—Habla conmigo —sugiero alertando a Nathan que levanta la cabeza y seca su sudor.

—Lo siento Rebeka.

—La quiero de vuelta al psiquiátrico Steve —lo amenazo con el dedo—. La quiero lejos de aquí.

—Está en el avión de vuelta a Washington. Nadie sabía que sería capaz de volver a escaparse, pero...

—La quiero lejos de aquí y a ti también —v. obligo a Nathan a levantarse para entrar en la casa—. Ven, acompáñame al baño

La quiero lejos de aquí y a ti también y voygo a Nathan a levantarse para entrar en la casa... Ven, acompañame al baño.

Y dentro, mientras él moja su cuello yo me escondo en un váter para mirar otra vez mis bragas, porque de los nervios me ha parecido que algo espeso se escapaba, de muy dentro de mí.

Pero ni rojo ni rosado. Tan blanquecino como el flujo.

Joder... ¿Y si de verdad estoy...

Tengo que decírselo, pero ahora no es el momento oportuno, y ya no sé si tanto retraso se debe al estrés dominante de estas últimas semanas, o de verdad estoy... No puedo ni decirlo.

—¿Estás bien?—pregunta al otro lado.

—Sí —y abro—. ¿Y tú? ¿Ya estás más tranquilo?—y cabecea afirmando—. Pues guapo, tú y yo vamos a divertirnos un rato.

Y cogidos de la mano cada uno ensimismado en sus cosas pero sonrientes, entre la gente aunque bien pegados y siempre controlando que a Nathan no le dé algo de camino al jardín, la música, las copas y el aperitivo dan comienzo a la celebración de una boda donde todos ríen, hablan, van de mesa en mesa, se hacen fotos a cientos y los novios son el centro de atención, vayan por donde vayan.

Hay muchísima gente, demasiados para mi gusto y ni que decir tengo del de Nathan, que encima no para de saludar y de llevarme de un lado a otro o mejor, de llevarle yo por donde según dice debemos ir, para irremediablemente hacer lo mismo porque es lo que procede.

Un hola y cómo está la familia, a los clientes más antiguos o adinerados. Un gracias por venir a quienes saludamos. Un me alegro mucho de verte por fin fuera de la Torre a un Nathan que no suelta mi mano. Y un me siento agobiada y yo, aburrída de saludar y de comer y beber champagne, sin conocer a nadie.

—Ya están todos buscando su mesa —comento yendo hacia la nuestra—. Mira, ahí está tu hermano y su novia.

—Bueno bueno bueno... —dice al vernos—. Quién iba a decir que teníamos entre nosotros a toda una amazona...

—Déjalo Junior.

—A mí no me lo digas hermanito. No he sido yo quien ha montado una pelea en plena calle.

—Gracias por esa patada —le digo a Betty.

—De nada. La verdad es que desde que Junior me habló de ella sentía la necesidad de explicarle unas cuantas cosas —y me enseña sus botas de bola de acero y yo sonrío y la observo, de abajo arriba.

Con unas botas verde militar, medias más claritas, falda de tul negro muy corta, camisa holgada con bolsillos rotos verde oscuro, su pendiente en la nariz, su pelo largo a un lado y el rapado al otro y unos labios rojos junto a la delgada línea negra que bordea sus ojos marrones, Betty no es, lo que esperaban de Junior.

Pero no lo es ni para él, así que menos para alguien y más, si no perteneces a la Familia Moore.

Mientras ella bebe cerveza con sus piernas sobre Junior aunque sentada en su silla, lo mantiene abrazado e incluso se muestra muy cariñosa a pesar de su apariencia. Entre roquera al doscientos por cien y su actitud tierna hacia él, a Junior parece no importarle cómo los miran asombrados y hasta algunas espantadas, exceptuando y eso entiendo, Nathan y yo, o más bien yo, porque Nathan escucha más que habla. Así que yo lo que veo es lo feliz que está su hermano y lo directa pero divertida que es Betty encariñándose de ella, aun siendo la única en darme cuenta, de la tontería que llevan encima.

Y es que Junior está embelesado de la rubia y ella, prendada de él.

Hasta hoy nadie creyó, que la escapada del pequeño Moore había sido tan importante como para traer a Betty a la boda de su prima. De hecho, jamás presentó oficialmente a ninguna, de todas las chicas con quienes ha salido. Sin embargo la rubia medio rapada por lo visto le ha robado el corazón y por algo será. Según Erika, que por un minuto ha podido acercarse a la mesa y saludar, las novias de Junior has sido muchas cosas y muy diferentes, pero ninguna como esta. No obstante y así me ha confesado, Betty puede llegar a ser esa mujer que desea sino lo es ya, o la única y definitiva para un hombre al que le gusta jugar, sin nada más.

El caso es, que yo creo que el amor no tiene condición, y ellos, condiciones pocas, es más, solo hay que ver cómo se comportan sin hablar de lo que hacen.

Hablar. Hablar de lo que hacen.

Algo que yo no quiero.

Pero Junior no deja de hacerlo y saber, que él lleva la moto, pero ella manda en la cama...

–No sabes las cosas que me hace...

–Junior... ¿De verdad vas a contármelo? Prefiero no saberlo

–Es una fiera.

–¿Qué tal la ruta en autocaravana?

–He follado más que en toda mi vida.

–Si lo sé no pregunto...

–Hola tigresa... –le dice a Betty –. ¿Todo bien?

–Tigresa... –me susurra Nathan al oído –. ¿De verdad será ella? –y lo miro con reproche –. No he dicho nada.

–Vamos a bailar –y al levantarme Nathan me cede su brazo y me lleva a un lado donde bailar separados del resto, muy lento y bien cogidos.

–Tenías que haberte visto en primera línea.

–¿A qué te refieres? –pregunto confusa.

–Aún vas despeinada –y me aleja manteniendo agarrada mi mano para luego girarme y de nuevo regresar a él –. Mejor suelto –y quita el adorno del moño –. ¿Estás bien?

–Sí.

–¿Segura? –y otra vez sí –. ¿Por qué has pegado a Carol?

–¿Por qué ha venido? Esa es la pregunta.

–Sí. Tienes razón. Y sabía que si la veías, tú...

–No es culpa mía que esa loca se haya escapado.

–No la odies tanto –dice bondadoso –. Yo entiendo cómo puede sentirse y te aseguro que no se lo deseo a nadie.

–¿Y todo lo que te ha hecho?

–Olvidalo. Yo lo intento, pero tú no lo has superado, por eso te has liado a golpes con ella. Carol está enferma Rebeka, lo está como yo durante veinte largos años y quizás, solo quizás deberías haber pensado en que está, tan obsesionada, que no ve la realidad.

–Puede ser... –y apoyo mi cabeza en su hombro.

–No sé por qué ha venido. Supongo que negarme a ir a verla la trajo hasta aquí. No lo sé, pero tampoco me importa. Yo solo quiero estar contigo y saber que estás bien –y besa mi cabeza.

–Lo siento. He hecho el ridículo –y él ríe y yo me escondo.

–Yo no lo llamaría ridículo, pero sí un gran espectáculo.

–Gracias por especificar –y me escondo más.

–¡Atención! –grita Erika –. ¡Atención chicas! ¡Hora del ramo! –y las mujeres se agolpan frente a ella a poca distancia gritando como locas por ser las elegidas, mientras yo, que sé que me está buscando me acerco un poco o lo justo para que me vea y lo lance, teniéndolo muy difícil para que me llegue.

–Estaré aquí detrás –dice Nathan junto a Junior y Jackson bastante alejados.

–¡Suerte Rebeka! ¡Erika quiere que sea tuyo, pero...! –grita su ya marido encogiendo los hombros mientras me burlo.

–¡Si lo coges mi hermanito no podrá echarse atrás! –y por hablar Junior se lleva un manotazo –. ¡Joder Nathan!

–¡Rebeka! –grita Erika que quiere que me acerque, dos mini pasos doy al frente, le digo que ya y ella ríe efusiva.

Entonces se da la vuelta y...

–¡Una! ¡Dos! Y... ¡Tres!

Y el ramo, por encima de todas vuela, cayendo a los pies de un hombre. Y qué hombre...

No había otro ni a otros pies a los que caer, sino a los de Nathan Moore, ese hombre al que todos miran expectantes por saber qué hará, ante tal compromiso.

Mientras tanto yo, pues...

Más roja que un tomate. Entretanto él, pues...

Pues él, que se queda mirando el ramo tan solo se agacha y lo recoge, lo limpia y lo observa sonriente, levanta la cabeza y lo enseña a su prima que ríe y aplaude entusiasmada, mientras a mí me tiemblan las piernas, mi corazón late más acelerado que nunca, mi estómago se encoje nervioso y mi mente se nubla ensimismada en un deseo, que él no ignora.

Respira Rebeka respira...

No sé si me servirá de algo pero tú respira...

Y una vez más y...

Y que dé un paso, abre camino entre las chicas. Que dé otro las hace sonreír sinuosas. Con los siguientes cada vez lo tengo más cerca. Y al estar a mi altura se frena y acaricia mi rostro, tierno y seductor.

Pero que me guiñe un ojo y siga caminando sin dármele, ni me lo esperaba ni me lo imaginaba.

De hecho me pega un bajón, de esos que hacen historia.

–Toma Erika. Vuelve a lanzarlo –y ella le da un beso, él se da la vuelta y cuando vuelve a mí tan solo roza mis dedos al pasar, y yo...

Yo...

Yo estoy más tonta...

–¡Atención chicas! ¡Repetimos! –y todas vuelven al punto de partida y entre ellas me camufló y me encojo, me encojo, me encojo, me encojo...

–¡Ahhhhhhhh! ¡Me ha tocado, me ha tocado! –grita alguna.

Necesito un cubata.

Pero en una de las mesas laterales y a punto de pedir...

–¿Cómo se encuentra? –me sorprende Surinder.

–Bien –respondo evasiva –. ¿Y usted?

–Muy bien gracias. Mi esposa y yo estamos encantados con este matrimonio. Tienen futuro.

–Sí. Futuro –y cojo mi cubata y le doy un buen trago.

–No quisiera entrometerme...

–Pues ya lo está haciendo. Usted ya sabe que a mí no...

–Lo sé. Pero tu comportamiento al ver a Carol es debido a una razón y quizás mantener una conversación sobre ello pueda ayudarte a superarlo.

–Vale. Estoy de acuerdo. Tengo que hablar con alguien y sacar todo el odio que le tengo. Pero no será a usted a quien le cuente mis problemas. Y... no se ofenda, pero quizás debería ir a Washington y ocuparse de otra mente mucho más perversa que la mía.

–Buenas noches Surinder –saluda Nathan trayendo a Erika del brazo.

–Te estaba buscando –me dice su prima – :Me acompañas al baño? Necesito ayuda

–Claro vamos.

Y dejo a Nathan con su psiquiatra, consciente de que hablan de mí.

Ya ves... Antes, yo hacía eso.

–¡Corre corre!

–¡Ya voy Erika!

–¡Enhorabuena! –gritan y ella corre directa al baño.

–No aguanto más –dice al no poder abrir la puerta –. Arriba.

Y en la escalera la paran tres veces para besarla y felicitarla mientras ella dice gracias y sin parar sigue subiendo.

–Por fin... –y cierra con llave –. Bájame la cremallera –y se da la vuelta.

–Estate quieta que no puedo –y se engancha a mitad.

–Date prisa.

–Ya está.

Y entra en el baño, la oigo suspirar un rato, pasan segundos, la sigo oyendo pero mear, a mí se me pegan las ganas y como necesitada de ver mis bragas y no sé para qué porque si me hubiera bajado lo notaría al segundo, sé que mi lengua quiere explayarse y yo, tan solo esperar.

Pero Erika no sale y ella...

–Jackson me ha contado lo que ha pasado –dice cortando mi confesión secreta.

–Siento haber aparecido en tu boda echa un desastre.

–Bueno... Cosas que pasan –y sale del baño sonriente y me abraza cariñosa –. ¿Estás bien?

–Sí. Pero me he quedado con ganas de más.

–Y yo me lo he perdido...

Y ríe, mientras yo al mirarla, lloro.

–¿Qué te pasa Rebeka? Te prometo que no me ha importado tu desastre.

–No es por eso.

–Entonces es culpa de mi primo.

–Erika...

–No Rebeka –interrumpe cabreada –. Yo lo dije. Lo dije.

–¿El qué dijiste?

–Pues que si regresabais Nathan podría recaer. Y ahora que te veo llorando...

–Erika, tu primo no ha hecho nada, no tiene la culpa –y me mira incrédula –. Bueno, en cierta manera...

–¿Quiere quedarse verdad? Aquí, en Nueva York.

–¿Quién, Nathan? –pregunto sorprendida y dice que sí –. No Erika, no se trata de él, sino de mí.

–Ya no estáis juntos.

–¡No digas tonterías! – y entro en el baño pasando de ella.

–Rebeka no me dejes así...

Y al ver que mis bragas están limpias...

–Creo que estoy embarazada.

–¡¡Qué!!

–Chisssss... No chilles joder...

–Repite lo que has dicho. Repítelo repítelo...

–No lo sé Erika. Solo es un retraso. Uno que no había tenido nunca pero un retraso.

–¿No te has hecho una prueba de embarazo?

–Nooooo....

–¿Cómo que no? –y al salir la tengo con los brazos cruzados en plan madre –. Cuándo fue tu última regla.

–Pues Dra. Erika, creo que mi ginecólogo es español –y la esquivo directa al lavabo.

Toc toc toc

–¡Ocupado!

–¿Erika eres tú?

–¡No mamá!

–No tardes en salir hija.

–¿Cuánto tiempo ha pasado? –me pregunta en voz baja.

–La última fue el 16 de Julio.

–A ver... –y saca el móvil de un bolsillo oculto entre el tul, para mirar el calendario –. Hoy es 12 de Septiembre y el día 16 harán... –y cuenta en voz alta –. Ocho semanas.

–Lo sé.

–¿Y no te has hecho la prueba?

–No.

–Estás embarazada –dice como creyéndoselo.

–No lo sabemos.

–Exacto... –y ríe perspicaz –. Sabemos... Tú, Nathan y yo.

–Nathan no lo sabe.

–Ups...

–Se lo diré, no sé cuando pero se lo diré.

–¿Estás embarazada y solo lo sé yo? –pregunta emocionada.

–Como digas algo te mato.

–¿Estás embarazada y Nathan no lo sabe?

–Erika por favor...

–Estás embarazada –repite sin cesar cada vez más alegre y yo solo hago que calmarla.

–Por favor Erika –y sonriente me mira –. Todavía no sé si es por el estrés, por todo lo que me ha supuesto volver a Nueva York o por lo otro. Pero lo que sí sé

es que no estoy preparada para ser madre. Te lo he dicho porque no soporto saberlo yo sola, además, quiero hacerme la prueba y no quiero que Nathan se entere. Si solo fuera un retraso se desilusionaría y... Y si sale positivo pues...

–Nathan padre.

Toc toc toc

–¡Ocupado!

–Erika soy Nathan ¿Has visto a Rebeka?

–Estoy aquí.

–Llevo buscándote un buen rato.

–¡Primo que contenta estoy! –y la miro colérica.

–Yo también Erika. Jackson y tú hacéis muy buena pareja.

–¡Sí! –y al abrir lo abraza apretujándolo y él sorprendido, se me queda mirando –. ¿Mañana cenamos en La Torre?

–Si tú quieres sí –asiente Nathan.

–Una cena de despedida antes de irnos de viaje de novios.

–Claro prima. Invito yo.

–¡Ja! Mira que eres gracioso... –una caricia para él y una mirada furtiva para mí con mensaje sublimizar bajo el brazo, y Erika baja la escalera esplendorosa y muy feliz.

–Nunca la he visto así –comenta Nathan cogiendo mi mano.

–Es el día de su boda.

–¿Esta noche duermen acá? –nos sorprende Lola.

–No. Nosotros volvemos a casa.

–Muy bien señorita, en casa de una mejor que en ninguna –y ríe sola.

–Creo que ha bebido demasiado –comenta Nathan.

–Yo también –y me doy la vuelta a punto de vomitar encima suyo –. Ahora vuelvo –y regreso al baño y lo hago dos veces.

–¿Estás bien? –pregunta al otro lado.

–Sí –y abro la puerta.

–Nathan, algunos invitados ya se marchan ¿Me acompañas?

–Enseguida voy Harold. ¿Seguro que estás bien?

–Sí. Ve con tu tío.

–En cuanto termine nos vamos.

–Vale –y asomada en la balaustrada los veo salir ignorantes de mí, mientras suben Bea, Helen y mi madre.

–¿Qué haces aquí?

–Estaba en el baño.

–¿Te encuentras bien hija? Estás blanca –y mi madre me toca la cara.

–Solo un poco mareada.

–El champagne que se sube a la cabeza –opina Bea riendo.

–Vamos, os enseñaré una fotos de las islas –dice Helen que se las lleva a una habitación.

Entretanto yo bajo y salgo al jardín donde casi todos ya se marchan y solo se oyen murmullos y coches, mientras en la puerta Erika y su marido despiden a los invitados y Nathan y Harold hacen más de lo mismo, pero en la entrada principal de la finca. Sin embargo, mientras hablo con Ralph veo a Steve separar a los recién casados, por lo visto para disculparse por el altercado que su hermana o la defectuosa ha provocado, o eso me cuentan antes de marcharnos.

Paseando.

De vuelta a nuestra casa de la playa paseamos yo con su chaqueta puesta y él abrazándome, como hacíamos en España.

–Creo que me he perdido algo.

–¿A qué te refieres?

–Lo del viaje a Las Bahamas –confieso extrañándolo.

–Ya te dije que lo estábamos organizando mi hermano y yo.

–Sí, pero se supone que Jackson y Erika querrán estar solos, y que vayamos todos, pues... No sé...

–Solo son dos días. Luego ellos cogen un avión a Oriente, además, fue idea de Erika.

–¿En serio?

–Sí. Estaba ilusionada con pasar unos días junto a la familia antes de irse de viaje de novios, así que planeó un viaje a las islas. Pero al enterarnos le dijimos que sería muy complicado coincidir, que habíamos hecho planes y que sería imposible. Ya sabes, mentimos y ahora queremos sorprenderla.

–Ya...

–¿Te parece bien preciosa? –y me acurruca y besa.

–Claro que sí –respondo sonriente acariciándolo –. Será la primera vez que vayamos a Las Bahamas.

–Sí, la primera vez. Como todo lo que he hecho desde que te conocí. Descubrir primeras veces –y se para y me aupa, levanta la cabeza y me mira feliz mientras acaricio su pelo, e intento besarlo.

–Me encanta pasear contigo –confieso dulce –. Me gusta saber que estás bien y creo que en estos momentos te quiero más que nunca –y roza mi cuerpo por el suyo al bajarme.

–Ahora tengo ganas de confesarte algo. Lo que deseo. Lo que más nervioso me pone.

–Pues dímelo.

–Lo siento preciosa –dice riendo –. Tengo ganas de hacerlo pero no puedo. No dudes de mí, sabes que lo haré, pero en el momento adecuado.

–Pues entonces hubiera preferido que no me dijeras nada.

–No te enfades –dice divertido y yo sigo andando –. Rebeka no te alejes –y me freno, me giro y lo veo a unos quince metros muy quieto y muy solo, entre farolas que lo sombrean.

–No me alejo –y camina hacia mí.

–¿Podrás tener paciencia?

–No he hecho otra cosa que tener paciencia contigo –y lo agarro de la cintura y lo beso en el cuello –. Esperaré. Lo haré porque yo también tengo que decirte algo –y me mira oscuro como la noche, en ojos abiertos –. Pero todavía no ha llegado ese momento.

–¿Por qué cuando intento sorprenderte eres tú quien siempre me sorprende? –y me besa sonriente levantándose para entre sus brazos llevarme los pocos metros que quedan, hasta la casa.

–¿Si te pregunto algo me prometes que seguirás siendo así?

–¿Así? –pregunta extrañado.

–Sí, ya sabes cómo –y abre la puerta –. Como eres, como yo solo te conozco, como escondes cuando estás con todos, como todo lo que llena tu corazón –y sus

ojos rasgados son tan seductores y su mirada tan penetrante, que solo enamorado y de un romanticismo embriagador me susurra al oído que me hará el amor con frases y poemas, como el mío al describirlo.

–Pregunta lo que quieras.

–Te he visto despedir a Steve y...

–¿Qué quieres saber?¿Lo que ha pasado con Carol?

–Sí –y se para antes de subir.

–Cuando se enteró de que no iría a verla enfureció. Según Steve se volvió loca. Los médicos doblaron su medicación y por lo visto llevaba dos días sin tomarla. Anoche y sin que nadie lo supiera se escapó y condujo hasta casa de Helen, el resto ya lo sabes.

–¿Y ahora qué pasará con ella?

–La han vuelto a internar en el psiquiátrico.

–¿Hasta cuándo?

–Tranquila. Te aseguro que estará mucho tiempo encerrada.

–Eso ya lo dijiste y mira –y subo escalones cabreada.

–Rebeka... –y en la cama tirada me da rabia que no la odie, tanto o más que yo –. Steve se ha asegurado de que sea así. Ha hablado con su padre y están de acuerdo con que este tipo de sucesos puede debilitar la frágil relación empresarial que ahora mismo mantenemos.

–¿Y si vuelve a escaparse?¿Y si vuelve a perseguirte?¿Y si..

–Tú y yo ya estaremos tan lejos, que no importa qué haga.

–¿Lo prometes? –y me giro cariñosa.

–Sabes que por ti haría cualquier cosa –y me besa en la boca apasionado –. ¿Te queda alguna duda?

–Si prometes estar conmigo siempre, no.

–Prometido. Y ahora...

Ahora su manera de amarme nos sumerge y nos lleva a un destino muy lejos, de todo lo vivido.

–Mi dulzura es... –y besa delicado mi hombro –. Rozar tu piel desnuda, notar que excitada se eriza, percibir el placer de un cosquilleo y respirar el aroma de tu cuerpo, al deslizar por ti mis dedos.

Y arrastrando sus manos por mi espalda se deshace de las sábanas, para seguir acariciándome fiel.

–Mi romanticismo nace... –susurra a mi oído –. Al verte sonreír, al sentirte muy cerca, al soñarte y saber que abrirme puedo tan solo a ti, sin obstáculos que lo eviten.

Y sus besos se cofunden con su lengua resbalando lenta por mi cuello, mientras sus manos aprietan mis muslos.

–Mi pasión se escapa... –y me muerde feroz –. Cuando tu cuerpo observo, cuando en tus ojos me pierdo, cuando dentro de ti me encuentro y cuando siempre y por siempre te deseo.

Y muy dentro tengo sus dedos, muy cerca está su boca de la mía y demasiado caliente se encuentra sobre mí, como para ni tan siquiera intentar moverme.

–Mi entrega libera... –y roza su pene contra mi vagina –. A mi yo más profundo, a mi esperanza más oculta, a mi tentación más irresistible y a mi oscura alma, que junto a ti vuelve a ser blanca.

Y me penetra despacio mientras sus dedos masajean mi clítoris y yo agarro las sábanas y él continúa agasajándose sin dejar de follarme de espaldas tirando de mi pelo enmarañado, de buena mañana.

–Mi persona es real si tú estás a mi lado –y me embiste fuerte y muy duro –. Mi renacido ser está subyugado a ti –y muerde mi cuello salvaje embistiéndome de nuevo pero más lento –. Mi corazón ardiente es tu mirada reflejada en la mía –y tira de nuevo de mí y levanto la cabeza –. Mi alma ya no está perdida –y besa mi boca –. Tú, solo tú y tu eterna compañía, sois mi vida.

Y me corro mordiendo la almohada, mojando las sábanas, con él muy dentro de mí y con sus ojos clavados en los míos, tras obligada girarme y enseñarle mi delicioso rostro y así me susurra, tentándolo a más.

De hecho, tanto lo tiento o su pecado soy, como tanto lo atrae a ser soberbio. Tanto, que muy duro y húmedo tan solo de mí no evita colmarme de él, como ya creo que lo estoy.

–Buenos días...

–¿Cómo puedes decirme estas cosas y tan solo esperar que responda un buenos días?

–Solo eso me basta si lo haces cada mañana.

–Nunca dejes de recitarme poesías.

–No lo haré.

–Nunca dejes de escribir.

–Nunca.

–Nunca dejes de decirme tan tiernas palabras.

–Jamás lo haría...

–Nunca dejes de amarme.

–Nunca dejes de estar enamorada de mí –y me mete la lengua hasta el fondo ansioso y viril pervertido y pasional, fiel y loco enamorado.

Ring ring ring ring ring...

–No lo cojas... –susurro apretando fuerte en su abrazo para alejarlo del móvil.

–Son las tres del mediodía –dice besando mi vientre –. ¿No crees que ya deberíamos ir a la Torre?

–¿La Torre? –pregunto espantada y él deja de besarme.

–Hemos quedado.

–¿Y todas nuestras cosas?

–Pasarán a recogerlas. Solo coge lo más imprescindible –y se escapa de mí –. Buenos días Harold –saluda contento –. Sí. Buenas tardes tío –y me levanta de la cama metiéndome prisa.

–Siempre corriendo siempre corriendo... –murmuro airada.

–Ya entiendo... –dice serio –. No creo que tenga problema en conseguirlo. Pasó las últimas pruebas y solo es cuestión de tiempo. Está bien, en cualquier caso llamaré al Sr. Andersson. De acuerdo –y se queda mirando el móvil y yo a él –. ¿Qué haces ahí parada y desnuda?

–Esperar a que me cuentes.

–Voy a contar sí... –dice perspicaz –. Pero los segundos que tardas en entrar en el baño –y echa a correr hacia mí que grito y corro a trompicones hasta que me pillan y a horcajadas me lleva a la ducha donde conmigo se moja y me besa, se relaja y yo con él, me acaricia y yo me dejo, y divirtiéndose ante mi risa me demuestra que realmente es feliz, mientras yo, solo sé decir que sí. Y es que, es tanta la admiración, el cariño y la pleitesía que siente por mí, que aun sabiendo que como este ya hemos vivido algunos momentos únicos que sin duda me hubieran ayudado a confesar mi duda, sigo pensando que no, porque todavía no lo tengo claro.

Entretanto él enjuaga mi cuerpo y yo el suyo, abrazados nos rozamos y separados nos miramos al tocarnos como si los dos supiéramos que hay algo más que ignoramos, según derretida y adorada veo en sus ojos azabache brillar, provocándome.

–Entonces... Cojo solo lo imprescindible –y sonrío confuso rasgando sus ojos –. ¿Y en Bahamas que es imprescindible?

–¿Qué me ocultas? –pregunta intrigado.

–¿Y por qué iba a ocultarte algo?

–Anoche dijiste que me querías confesar algo –e intento marcharme –. Y si encima te vas...

–Todavía no ha llegado el momento.

–Pues hace un segundo lo ha parecido –y me gira para que vuelva a mirarlo –. Dime qué es.

–Todavía no. Te lo diré, pero primero tengo que hacer algo.

–Rebeka... –me reprende imponente.

–Tranquilo. No pasa nada. Solo he de encontrar el lugar y el momento adecuado. Solo eso –y parece creerme mientras yo ya sé que de hoy no pasa, el que me haga la prueba.

Madre mía... ¿Y si me sale que sí?

¿Qué hago si me sale positivo? ¿Cómo se lo digo?

Esta noche estará toda su familia y... No.

Sería un mal momento, más que nada por si le da un ataque de esos suyos. Aunque pensándolo bien...

Se supone que le gustará... Vamos, que le hará feliz.

Pero... ¿Y yo? ¿Podré yo ser feliz?

Yo creo que sí ¿Por qué no iba a serlo junto al hombre que amo y con una parte de él que siempre será nuestra por mucho y malo que nos pase?

Pero... Y otra vez un pero...

¿Y si sale que no?

Pufff...

Si sale que no le diré que me equivoqué y como mucho al día siguiente tendré cita con el mejor ginecólogo de Nueva York, para que me diga por qué coño no me baja la regla.

Y al mear mientras él está vistiéndose ni sangre ni nada o solo flujo y más espeso, porque también hay de lo suyo.

—He dejado encima la cama lo único que necesitarás en las islas. El resto lo llevarán a la Torre a última hora —dice entrando en el baño—. Allí podrás coger algo más pero no mucho. Te aseguro que no te hará falta nada —dice suspicaz y yo recuerdo su secreto.

—De acuerdo... Creo que podría haberlo elegido yo sola la ropa pero vale. Y ahora... —y me siento en el mármol frente a él—. Dime ¿Qué escondiste al salir de la joyería?

—Ya te lo dije. Los anillos de...

—¡Va! —y palmeo su pecho—. Eso es mentira. Me dijiste que el día de la boda lo sabría y ya ha pasado y todavía no sé nada de nada —pero solo ríe y sujeta mis brazos—. Dime guapo —y abro las piernas—. ¿Es para mí?

—Sí —y su beso me entusiasma—. Y no es nada especial, así que no te hagas ilusiones.

—No estaba pensando en nada especial —reprocho ofendida y él ríe.

—Yo no he dicho en qué —y con otro beso logra coger mis manos y llevarme a la cama, donde me dice que tengo diez minutos para vestirme y coger mis trastos.

Mis trastos...

Palabra que le gustó y usa para ponerme nerviosa desde el día en que le confesé y de eso hace ya... ni me acuerdo, que mi madre llama así a todas mis cosas más preciadas, divirtiéndolo mucho.

Respira Rebeka respira...

Respira otra vez por si acaso y mientras tanto olvida los días pasados en la orilla de esta playa, en la habitación de esta casa y en cada uno de sus rincones, para dar comienzo o mejor continuación a nuestra vida, después de un evocador lapsus.

Tras despedirnos de una casa en la que hemos estado muy, muy bien e incluso en la que podríamos acostumbrarnos a vivir y ser felices o incluso más de lo soñado, nos vamos a otro lugar mucho más oscuro y acristalado que si no es porque sé que es para pasar una noche, preferiría no pisar ni en sueños.

La Torre.

Ese edificio al que Nathan entra con la cabeza alta y actitud arrolladora, como parte de él.

—No Harold, primero iremos a casa de tu hermana —dice Bea en recepción mientras su marido asiente—. Hola pareja...

—Hola Bea —saludo mientras Nathan habla con su tío.

—¿Habéis dormido bien?

—Sí, eso creo.

—Vamos a recoger a tu madre y a Alfonso ¿Nos vemos en la cena?

—Claro.

—Qué ganas tengo de llegar a Bahamas y tomar el sol —dice ilusionada—. ¿Harold nos vamos?

—Enseguida cariño.

—Muy buenas... —saluda Junior sorprendiéndonos junto a Betty—. ¿Preparados para el paraíso Moore?

—Yo siempre estoy preparada para todo —dice la rapada.

—¿Tú también vienes? —pregunto confusa.

—La he invitado para que os acostumbréis a ella, creo que la veréis muy a menudo por aquí —y Junior acaricia su mejilla y ella ruge leona mordiendo su cuello.

—Nosotros nos vamos. Sed puntuales —se despide Harold.

—: Ya tienes el permiso de vuelo hermanito? —pregunta Nathan altivo y burlón

–Todavía no, pero no te preocupes. Siempre consigo lo que quiero y cuando quiero.

–Te recuerdo que todos dependemos de ti. Asegúrate de que sea como dices –y Junior le dice que sí marchándose con Betty, cogidos de la mano –. Tengo que subir al despacho, no tardaré mucho.

–Vale. Yo iré a buscar a Erika.

–Recuerda que el viaje es una sorpresa.

–Es lo primero que voy a decirle cuando la vea –y levanta las cejas –. Es broma...

–En cuanto acabe te llamo –un beso en la frente y camina directo a los ascensores mientras lo observo hasta asegurarme, de que no me ve salir.

En la calle, yendo a la farmacia con el nudo de mi estómago acrecentando mis nervios, ya no sé si deseo que el predictor dé positivo o negativo. Así que balanceándome entre lo que supondría ser la madre de un hijo suyo y en caso contrario en el porqué de no saber si mi menstruación se ha dado el piro porque sí, camino apresurada hasta llegar y decidida compro dos pruebas de embarazo, por si acaso.

Por si acaso no atino y meo mal. Por si acaso se equivoca y falla. Por si acaso Nathan pide una segunda prueba y... Por si acaso no concuerdan.

Por si acaso.

El caso es que el si acaso no debería de existir, si desde un primer momento hubiera hecho lo debido, o es decir, seguir tomándome la píldora y en el caso de apetecerme tener un bebé, hablarlo con Nathan.

Toc toc toc toc

–Erika soy Rebeka...

–Está en la ducha –dice Jackson en calzoncillos –. Pasa –y al entrar el vestido de novia y su traje están por lo suelos, junto a la ropa interior.

–Siento haberos despertado.

–No estábamos durmiendo –y sonrío perspicaz –. ¿Café?

–No gracias.

–¿Ocurre algo? –pregunta curioso.

–No.

–¿Estás segura? Tus pies no paran –y sentada en el sofá ni siquiera me doy cuenta de los golpecitos que doy en el suelo.

–Solo estoy un poco nerviosa ¿Erika tardará mucho? Tengo cosas que hacer y...

–Hola Bella –saluda esplendorosa desde el baño –. ¿Habéis llegado hace mucho? Nos hemos dormido y todavía no he visto a nadie –comenta yendo hacia su hombre que la besa delicado.

–No. Acabamos de llegar ¿Podría hablar contigo? –y la llevo del brazo a la puerta –. He ido a la farmacia.

–¡¿Sí?! –exclama entusiasmada.

–Calla Erika –le reprendo y la llevo fuera –. Aún no me la he hecho, no quiero hacerlo sola ¿Me acompañas arriba?

–Me visto y subo –y abre tan contenta que entra saltando.

–Hasta luego Jackson.

–¡Adiós!

Y cierro la puerta de golpe, respiro profundamente sin soltar el pomo y miro al techo como rezando, por si sí o si no.

Ya no sé ni lo que quiero.

Dando vueltas al sillón frente al ventanal, la espero. En mis manos llevo lo único que aclarará mi gran duda. En mi cabeza sopeso qué sería lo mejor y en mi corazón siento que sí, porque aunque no me dé cuenta al hacerlo, cuando toco mi vientre sé, que alguien lo siente.

—¡Vamos vamos vamos! —grita Erika asustándose—. Ven, vamos al baño —y me mete dentro, abre una caja, saca el palito me dice que lo mee y yo, temblando lo hago—. Hay que esperar un minuto.

—Una eternidad...

Y miro el suelo y cierro los ojos y los abro otra vez y los vuelvo a cerrar y respiro profundamente pero no me llena el aire y entonces cierro los ojos y lo vuelvo a intentar y los abro porque nada de nada y los cierro y me encojo si los abro y...

Y un minuto exacto cuenta Erika a mi lado.

—¡¡¡Sí sí sí sí sí!! ¡¡Qué bien Bella!! ¡¡Estás embarazada!!

—No puedes ser.

—¿¿Cómo que no?!

Y cojo el palito y veo dos rayas claras, rojas e inequívocas, según el prospecto.

—Otra vez.

—Si dice que sí es que sí.

—Da igual, se repita y ya —y meo muy poco el segundo palito mientras ella aplaude y no deja de saltar y de decir que estoy embarazada y que seguro que lo estoy, de los seguros seguros.

—¡Qué emoción! ¡Nathan padre! —y pasmada me mira muy sonriente—. ¡¡Vas a ser madre!! —grita y mi corazón se escapa cuando el segundo palito dice que sí, otra vez y bien clarito.

—Estoy embarazada —y me subo las bragas, me siento en el váter y me pongo a llorar, porque solo me sale eso, llorar y no sé muy bien por qué.

—Estás embarazada estás embarazada estás embarazada...

—Deja de canturrear por favor —sollozo y se agacha.

—Rebeka... ¿Pero por qué lloras? ¿No quieres tenerlo?

—Sí, sí que quiero.

—Pues entonces sonríe —e intenta alargar mis labios—. Una sonrisa pequeñita... —y la miro así, sonriendo débilmente—. Así me gusta, que sonrías y dejes de llorar.

—Estoy embarazada —repito incrédula.

—¡Sí! ¡Qué emoción! —y regresa su ilusión incluyendo sus saltos y aplausos—. ¿Cuándo se lo dirás a mi primo?

—No lo sé —y me tapo la cara más nerviosa que antes.

—Madre mía cuando se entere... —dice exaltada batiendo sus manos—. Madre mía la cara que va a poner cuando se entere...

—Su cara... —repito mirándome en el espejo—. No tengo ni idea de cómo decírselo —y por mucho que me observe de arriba abajo, sigo igual.

—¿Qué tal esta noche en la cena?

—¿Delante de todos? Ni de coña.

—Jooo Bella... Quiero ver qué cara pone...

—No pienso decírselo en la cena —impongo seria y ella me lo ruega—. No Erika, delante de todos no. Imagina que le da por tener un ataque, no me lo perdonaría.

—¡Pero si va a ser el hombre más feliz del mundo! —exclama dando vueltas sobre sí misma con los brazos abiertos—. ¡El más feliz del mundo!

—Lo haré esta noche. Cuando estemos solos. Cuando me haga a la idea de lo que seremos —y toco mi vientre—. Cuando sepa qué decirle exactamente.

—Pues no hay mucho que pensar. Le dices... Nathan, vamos a tener un bebé —y oímos el tintineo del ascensor.

–¿Rebeka?

–Shhh.... Es Nathan –susurro espantada escondiéndolo todo en el bolso –. ¡Estamos arriba!

–¿Estamos?

–¡Hola primo! –grita Erika –. ¡No sabes cuánto me alegro de verte! –y lo abraza tan, tan fuerte, que extrañado me mira y ríe.

–Señora Patterson... O debería decir... ¿Señora Moore...?

–Pues la verdad es que aún no lo hemos hablado –dice Erika dudosa –. Quizás mantener el apellido familiar sea lo más conveniente para la compañía y mi futuro empresarial.

–Yo también lo creo, pero habla con tu marido –le aconseja Nathan –. Un matrimonio se basa en la sinceridad y el respeto mutuo. Y si sabéis mantener el equilibrio sin despreciar vuestra propia personalidad, estaréis siempre juntos.

–Muchas gracias primo... ¿Me permites uno?

–Por supuesto –accede confuso.

–Ya que sabes tanto de relaciones y de matrimonios...

–Erika... –le reprende serio.

–¿Te lo has planteado? –y él se tensa –. Sí primo. Quizás deberías casarte con ella –y lo besa en la mejilla mientras él lo niega y yo evito como sea contactar con sus ojos –. Ciao Bella. Nos vemos en la cena –y al besarme me susurra que confiese.

–Ya te contaré –y su risilla me pone nerviosa, pero no más que tener a Nathan a mi vera y a buena parte de él muy dentro de mí.

Ya a solas se me queda mirando sonriente con las manos en los bolsillos, mientras yo evito incluso acercarme.

–¿Te apetece dar un paseo?

–Claro ¿Pero dónde quieres ir?

–Al Parque. Creo que hay algo que deberíamos hacer antes de marcharnos –y de la mano me lleva fuerte y sin soltarme como antes yo hacía con él, hasta llegar al Gran Lago.

Nosotros caminamos lento, hacia el embarcadero.

Junto a mí, alquila una barca.

Sin separarse compra, algo de pan.

Y al subir de la cintura me agarra, para frente a él estar.

–Han tenido crías –dice señalando los pequeños patos que van tras su madre mientras rema despacio hacia ellos –. Cinco el del plumaje verde y marrón, y siete el gris.

–Vaya... Yo solo veo tres.

–Los otros están debajo de aquel saliente –y deja de remar, se pone a mi lado y tira pan, atrayendo a los patos –. Mira, ya vienen –y los cuatro aparecen graznando pateando el agua para ir tras su madre, que ya está muy cerca de la barca –. ¡No piques! –exclama apartando la mano del agua –. Pato malo –y lanza un trozo de pan muy lejos, que llama la atención de la pata.

–Ahora se irán todos...

–Aún quedan estos –y mientras él tira migas al agua lo encuentro muy tranquilo y relajado, como cuando estamos en la playa.

–¿Te gusta mucho el agua verdad?

–¿Y esa pregunta? Ya sabes que sí –y vuelve a lanzar un trozo aún más lejos que el anterior –. Me gusta el mar, siempre me gustó, pero ahora mucho más.

–¿Y dónde iremos después de Bahamas?

–No seas impaciente –y me mira cautivador –. Todo a su debido tiempo.

–¿Y eso qué significa? –y me acurruco en él.

–Que tengo muchos planes para nosotros –y besa mi cabeza acariciando mi pelo –. Que quiero compartirlos contigo –y roza mi rostro tierno –. Y que no te diré nada porque es una sorpresa.

–Vale. No preguntaré –y paseo mis dedos por su pecho y él me mantiene a su lado –. ¿Sabes? Ya he hecho eso que tenía pendiente –revelo nerviosa.

–¿Ya puedes contarme tu secreto?

–Creo que sí.

Y cuando lo miro a la cara para confesarme la señora pata se asoma por la barca y grazna estridente asustándonos tanto, que casi volcamos. Es entonces cuando mi momento se transforma en otro mojado para mí y muy desesperante para Nathan, que intenta coger el remo con el otro tras caerse hasta conseguirlo, habiendo braceado durante un rato.

–Estoy chopada.

–Maldito pato... –y de nuevo los remos lo alejan de mí, para acercarnos al embarcadero.

Al embarcadero, al sendero del parque y a su edificio.

–¿A qué hora es la cena? –pregunto entrando en la Torre.

–A las ocho, tienes un hora y por favor, sé puntual.

–¿Tú no subes?

–No, tengo que pasar por el restaurante para comprobar que todo está preparado.

–Bueno pues... Luego te cuento eso.

–Claro preciosa. Enseguida subo.

Y piso tras piso hasta el dieciséis mi secreto empequeñece como minúsculo ha de ser quien quiera que haya, muy dentro de mí.

Un pequeño Nathan... No.

Una pequeña Rebea... No.

Uno de cada... No por Dios. Dos a la vez no.

¿Qué serás... Qué serás?

Un pequeño Nathan con sus mismos ojos. Uno para mí.

Dos hombres, solo para mí... No.

Mejor una pequeña Rebea con mucho genio para derretirlo.

Una nena para él.

Bueno, mejor un bebé sano y fuerte sea nene o nena, capaz de vivir.

Sí. Un bebé como desea tener, solo conmigo.

Pero así estoy yo, mas sola que la una como tantas y tantas veces en la Torre. Sin embargo ahí voy yo con mis dos pruebas de embarazo pensativa en mil historias y en ninguna sin creer que sea cierto lo que está pasando en mi cuerpo, aunque sí cavile los nombres que les pondría a mis hijos.

Entretanto y muy sola me ducho, me visto y me pinto, a la espera de que llegue. Pero por la casa solo pasa el tiempo y...

Y a mi desespero lo tengo por los aires mientras me tomo un café y la impaciencia me mata.

Quizás debería ir pensando en dejar el café...

Quizás mañana por la mañana.

Pero mañana se hará si sigo esperando. Mientras tanto mis nervios a flor de piel y de mi dosis de café ya no queda nada o tan solo los posos.

Me apetece otro...

Y miro el ascensor pero para qué, nada de nada.

Y nada pasa por mi lado excepto las ganas de otro café.

Tengo que dejar el café... Pero desesperada me hago otro.

Otro que bebo de tirón, aunque estuviera ardiendo.

–En cinco minutos estaré listo –me sorprende desnudándose de camino a la ducha –. No deberías tomar tanto café, hoy ya llevas cuatro –comenta intuitivo y yo dejo la taza porque ya van seis.

Se acabó el café.

Y toco mi barriga pensando que lo hago por ella y al decirlo, me sale él.

–Pero no se lo digas a tu padre –y río y hablo sola.

Cinco minutos después Nathan baja las escaleras corriendo porque ya llegamos tarde, o como siempre yo, tarde y mal. Así que de corre prisas me lleva al restaurante donde ya están todos incluida la nueva a falta de Erika y Jackson, que recién casados son los protagonistas.

Pero entre risas al entrar y con tan solo una mirada Junior le dice a su hermano, que no.

Entonces Nathan enfurece y lo sé porque es mi mano la que aprieta mientras callado se sienta al lado de su tío y le comenta que posiblemente deban cancelar el viaje, aunque Junior les asegure que esta noche tendrá su permiso.

No obstante Nathan no confía en él e insiste en llamar al Sr. Anderson, momento en que vemos entrar a los recién casados y con las copas de champagne brindamos por ellos, muy felices y exaltantes.

–Gracias –dice Erika envuelta en aplausos –. Qué pena que no podáis acompañarnos unos días...

–De eso queríamos hablarte –dice su madre –. Ha habido un cambio de planes.

–Nos vamos contigo –dice Junior divertido.

–¿De verdad?

–Sí prima. Yo creo que es un error. Ya sabes... –y se arrima a ella –. Tú y Jackson, Jackson y tú...

–Yo no me paso el día pensando en el sexo, además, sabes que me hacía mucha ilusión.

–Lo sé pequeñaja... –y la abraza cariñoso –. Betty viene.

–Ah... ¡Vale! –exclama mirándola confusa.

–Espero que todo salga según lo planeado, de momento mi hermano no puede llevarnos –revela Nathan –. Por lo visto olvidó recoger sus permisos y ahora no le dan cita hasta dentro de... ¿Un mes? –le reprocha ofendiéndolo.

–¿Confías en mí? –pero Nathan no responde –. ¿Confías en mí hermano?

–Sí, confío en ti.

–Esta noche lo tendré solucionado –y al segundo suena su móvil –. ¡Ves! Enseguida vuelvo –y sale disparado tras besar a la rubia medio rapada.

Entretanto ya todos respiran aliviados menos yo, que tengo un nudo en la garganta que no me deja ni hablar y menos para confesarme delante de todos.

Eso quiere Erika, que confiese mi preñez y de ahí que me mire cómplice mientras cenamos para que haga lo que evito, a la esperar de un mejor momento o a saber cuándo me da por ahí, como si al estar en familia resultara más sencillo. Todo lo contrario a como yo lo veo, una idiotez, y más si al mirar a Nathan lo encuentro feliz y hablando muy entretenido con su tío, pero sin dejar de acariciar mi mano.

Así que yo, desilusionando a mi amiga, le digo que no y que no insista.

Pero...

Ay...

Que inesperadamente Nathan se levante y sirva en las copas champagne mientras me mira persuasivo y tentador, altera mis nervios. De hecho, me pone tan, tan nerviosa, que quién me iba a decir a mí qué secretos oculta, su corazón.

Quién sino un hombre libre que de pie me observa llamando la atención de todos y sobre todo la mía al meter la mano en su bolsillo y notar que toca algo de tamaño parecido, a la caja de la joyería.

—Quizás no sea el mejor momento ni tampoco el lugar, pero llevaba tanto tiempo encerrado en mí mismo y en este edificio, que tras conocerte y por fin encontrarte, ya no aguanto más.

Y de pie junto a Jackson y Erika que sonríen cómplices, la familia Moore al completo que lo mira expectante incluida la nueva y también en compañía de mi madre y Alfonso, Nathan ríe, desata el nudo de su corbata, levanta su copa y observa mi timidez ante el resto, con esos ojos negros que...

Uffff... Ya están mis nervios a flor de piel como siempre si me mira fijamente como ahora, profundo, eterno y oscuro.

—No pensaba hacer esto, sabes que ni entraba en mis planes, pero siento la necesidad de realmente sentir que solo eres para mí, como así dice Jackson que ya es Erika para él.

—¡Suéltalo ya! —grita su prima incluso más nerviosa que yo.

—Rebeka...

—¡Ya está solucionado! —exclama Junior sorprendiéndonos.

...

Tengo muy mal despertar. Siempre lo he tenido, pero hacía tiempo que no tan malo. Es más, me encuentro tan mal, que ahora, en un avión en dirección a Bahamas, estoy de muy mala gana.

No es porque anoche me quedara con las ganas de saber qué deseaba contarme Nathan. Tampoco se debe a que su hermano lo interrumpiera malhumorándolo. Y menos que en último piso de la Torre, se negara a confesar.

No. No es nada de eso.

Mi mal despertar a pesar de enfermizo también es de una curiosidad tan intensamente intrigante, que lleva arrastrando mi mal humor matutino desde que me he levantado.

¿La razón? Muy simple.

Es la consecuencia, de tampoco haber confesado. Y si a eso le añades que no me he tomado mi dosis de café diario, que sin apenas haber dormido me he levantado mucho más pronto de lo previsto y que por si fuera poco lo he hecho con un mareo que todavía me dura, sin ser el que era mi carácter rancio ha dado un giro de 360°, en muy mala y desesperante dirección.

Creo que voy a vomitar...

Sí... Voy a vomitar.

–¿Qué te pasa? Estás blanca –dice mi madre asustada.

–Voy al baño –y echo a correr.

–¿Necesitas algo? –dice al otro lado y yo vomito –. Hija...

–Ahora salgo mamá –y vuelvo a vomitar.

–No lo sé. Estaba muy blanca y ha salido disparada.

–¿Qué te pasa Rebeka? –pregunta Nathan golpeando la puerta –. Déjame entrar.

–Ya está –y me lavo la cara todavía blanquecina –. No he desayunado.

–No tienes buen aspecto –dice preocupado al verme –. Ven aquí –y me tumba en su asiento tapándome al tiritar –. ¿Y tu café? Lo dejé en la mesa.

–No lo he tomado –y miro por la ventana –. Tengo sueño.

–Duerme. Yo estaré aquí si me necesitas –y se sienta a mi lado y acaricia mis manos frías, hasta calentarlas y yo dormir.

“Tranquila y durmiente, desde el sofá donde tumbada oigo voces altivas, estridentes y agudas, con solo abrir un ojo puedo ver a montones de niños corretear a mi alrededor, huyendo de algo. No parecen asustados o nerviosos, pero sí desamparados. Buscan un lugar donde esconder su infantil temor inocente e incomprensible, viéndose incapaces de controlarlo. Su calma es pasmosa aunque corran. Parecen hacerlo sin rozar el suelo, y a pesar de que intento levantarme para acogerlos y sentir que puedo ayudarles, imposible se me hace. Sin embargo y como si de un ángel se tratara, alto y desnudo, fuerte y apabullante, un ser aparece entre sombras llamando la atención de los niños sin ser siniestro. Él, parece nombrarlos. Ellos mirarlo embrujados según alza su brazo obligándolos a caminar directos hacia él. Y yo, encogida en el sillón solo soy capaz de mirar cómo se van, sin hablar ni gesticular. Sé, que no es perverso, más bien intercesor con la única misión de amparar almas perdidas. Pero justiciero en su mirada esconde un halo grisáceo de oscuro deseo, que parece iluminarme. No quiere a los niños, solo los embauca para alejarlos de mí. Tampoco se mueve o siquiera me llama como hace con ellos. Él solo espera paciente que llegue a hechizarme. Mientras tanto me es imposible huir de su mirada penetrante y escapar de la atracción que me empuja a levantarme, e ir hacia él, que ahora ríe e incluso me incita a seguirlo tras los niños, orgulloso aunque tierno. Yo, no lo sabía. Hasta ponerme de pie no me he dado cuenta. Pero ya sé por qué un ángel me quiere, para subyugarme. Embarazada y a punto de dar a luz soy quien puede acercar a mi bebé hasta él, aunque todavía no haya nacido. No es tu hora, no ha llegado tu momento, pero al ser que llevas

dentro, sí. Por eso serás tú quien me lo entregue en cuerpo y alma. Eso cuenta mientras me lleva de la mano, y entre la niebla. Todavía no ha llegado mi hora. Todavía hay tiempo. Y como un arrebató de cordura angelical suelto su mano y me alejo de su oscura y tentadora mirada, hasta perderlo de vista y olvidarlo.”

–¿Y los niños?! –grito sobresaltada.

–¿Los niños? –repite Nathan –. No hay niños Rebeke ¿Estás bien, un mal sueño?

–Creo que sí –y vuelvo a cerrar los ojos –. ¿Queda mucho?

–En pocos minutos aterrizaremos –y abrocha mi cinturón.

–Madre mía... Pero sí hay cientos de islas...

–Es maravilloso ver algo así –dice asomado a la ventana junto a mí.

–¿Has tenido un vuelo relajado? –le pregunto preocupada.

–Sí. Somos los de siempre y el avión... Bueno, lo peor es despegar y aterrizar, ya lo sabes.

–Pero te gusta volar –y dice que sí con la mirada fija en las islas –. La primera vez en Bahamas –expreso acariciando su rostro.

–Y a partir de aquí, siempre será la primera vez.

–Estás muy guapo –y le toco el pelo –. Realmente guapo...

–Y tú demasiado cariñosa.

–Siento interrumpir –y eso hace la azafata –. Pero vamos a tomar tierra y deben reclinar sus asientos.

Entonces Nathan lo hace al segundo, se abrocha el cinturón demasiado fuerte, en tensión marca sus manos en el sillón y sin decir nada espera paciente, a que aterricemos.

–¿Puedo? –pregunto rozando sus dedos al notar lo nervioso.

Y sin responder, con tan solo saber que me necesita aunque esté a su lado, que coja mis manos y me transmita cómo intenta controlar su pánico me lleva a ser consciente de que su temor lo perseguirá de por vida, como yo hasta el final de la mía.

Un par de saltos y el sudor de su frente aumenta su tensión.

Rodando en la pista, olvidado parece su trastorno.

Frenados, su respiración es larga y suavizada, y con mis manos todavía en las suyas se va relajando hasta que la azafata de nuevo aparece y nos da la bienvenida a Nassau, o la capital de Nueva Providencia, una de las islas más grandes.

–Por fin... –expresa Bea acercándose a mi madre –. En cuanto bajemos nos tomamos unos cócteles –y mi madre le dice que sí entusiasmada.

–Ahora podemos ir a jugar al golf si te apetece –le comenta Harold a Alfonso que asiente ilusionado.

–¡Bienvenidos pasajeros! Espero que el vuelo haya sido de su agrado –exclama Junior al salir de cabina.

–Pues la verdad es que esperaba algunas turbulencias y unos cuantos meneos –opina Betty subiéndose a horcajadas.

–¿Nathan estás bien? –y eso le pregunto a mi hombre que no se ha movido ni un solo milímetro –. Ya es hora de irnos.

–Cuando bajen todos lo haré y o –impone sujetando el asiento con tanta fuerza, que parece desear arrancarlo.

–Vale. Pues miraré por la ventana –y eso hago mientras él muy despacio se quita el cinturón, se arregla el pelo, respira profundo varias veces e intenta calmar sus rodillas entre el ajetreo de las maletas y los comentarios de la familia, incluidos los de Erika, que de camino a la salida no para de toquetear a Jackson mientras él hace lo mismo con ella, sin que su suegra lo vea.

Más solos que la una, esperando a que Nathan decida salir, me muero de ganas por ver esas playas paradisíacas en mitad del océano que desde el aire han despertado mi fantasía, donde en la mayoría no hay nadie o solo una caseta de madera en mitad de un arenal rodeado de agua dentro de un islote, en el cual poder

hacer y ser, lo que, y como me dé la gana.

–¿Estás mejor? –y me mira y sé, que tiene miedo.

–Creo que lo estoy pensado demasiado –dice cabizbajo.

–Lo tenía en la punta de la lengua.

–Vamos –y firme coge mi mano para delante suya bajar la escalera mientras me sigue sin detenerse hasta llegar al tercer Range Rover que nos llevará al hotel, donde nos alojaremos durante un par de días, ya que por lo visto Junior y Betty se irán a una isla apartada llamada Ragged Island, Erika y Jackson a otra más cercana y de nombre Las Exumas, los mayores se quedarán en la casa familiar aquí en la capital y nosotros, como primera sorpresa y así me cuenta Nathan, iremos a otra mucho más paradisíaca y deshabitada, donde dará comienzo algo muy especial para mí y demasiado importante para él.

Importante...

¿Qué habrá más importante que confesarle al padre de mi futuro hijo o hija, pues eso, que será padre?

Especial...

Importante y especial.

¿Cuándo voy a contarle mi secreto?

Pues no tengo ni idea, porque de camino al hotel sus besos me provocan, sus toqueteos me excitan, sus susurros y roces me son irresistibles y su atracción arrolladora reflejada en su mirada me es tan penetrante y oscura, que la fogosidad de mi cuerpo lo lleva a desnudarme y follarme sintiendo que solo suya soy, porque solo para mí lo es él.

Entretanto la mampara nos oculta de la vista del conductor, aunque escuchemos su radio.

–Muerde mi mano –me pide embistiéndome fuerte para que enmudezca, aunque no pueda controlar mi boca.

Entonces la tapa, abre los ojos intimidándome en negro y de la cintura me agarra fuerte manteniéndome bien pegada a él, para con furiosa y orgullosa lascivia susurrarme que me calle y lo deje amarme, semental y dominante. Y yo, entregada a su amor lo demuestre como lo demuestre, me dejo llevar como tantas otras veces satisfaciéndome complaciente, mientras se asegura de que mi placer sea, tan solo mío. Y es que, en vez de confundirse, entremezclarse y engrandecerse con el suyo, lo que hace es salir de mí, retrasando su momento.

–Te quiero para mí –susurra insaciable –. Solo para mí...

Toc toc toc

–Un minuto –dice Nathan levantándose para vestirse y así hablar con el chófer, mientras yo y como siempre voy de corre prisas liada entre mis pantalones del revés y los botones de la camisa, muy mal abrochados. –. ¿Lista?

–No.

–Tienes cinco segundos –y golpea la mampara que a sus cinco baja mientras semidesnuda veo al chófer mirar por el retrovisor y a Nathan acercarse, para taparme.

–Ya hemos llegado Sr. Moore. Tome, esta es mi tarjeta. Si me necesita, solo tiene que llamar a este número, no importa la hora.

–Muy amable. Gracias por todo –y tras darle propina sale del 4x4 con cierto temor pero ante todo mostrando autocontrol, para caballero encantador abrir mi puerta e inclinarse noble sin olvidar ese beso dulce en mi mano, cual perfecto y distinguido amante.

–¡Seguidme! –exclama Junior yendo al gigantesco hotel.

Un conjunto de Resorts que en su magnificencia ocupa gran parte del islote frente a Nassau, dejando exclusivamente libre, toda la costa.

–¿Cuál es el nuestro? –pregunto a un Nathan que aprieta mi mano con fuerza y camina con soltura, pero nervioso y atento a todo –. Respira...

–Ya lo hago –y continua caminando.

Entretanto Harold palmea su espalda y lo anima a seguir.

–El nuestro es ese –señala su tío hacia el más alejado.

–¿El que parece un castillo?

–¡Sí! –grita Erika dando saltos –. ¡Me encanta!

–No grites Erika... –dice Nathan en voz baja.

–Respira... –y lo hago junto a él.

–¿Nervioso hermano?

–¿Tú que crees?

–Yo creo que deberías relajarte y admirar el paisaje –opina Junior al verlo excesivamente preocupado en controlar los movimientos e idas y venidas, de quienes se nos cruzan.

–Déjalo nene, yo creo que lo agobias –dice Betty alejándolo de nosotros.

–Necesito parar.

–Ya casi estamos –susurro agarrándolo de la cintura para que siga caminando –. Unos metros más y ya.

Y él, intentando que sus rodillas no le jueguen una mala pasada accede al hotel por delante mía, no deja de caminar hasta llegar al ascensor y mientras espera a que baje yo pido la llave, de nuestra suite nupcial.

–¿Nupcial? Creo que se ha equivocado –y le devuelvo la tarjeta electrónica –. Los recién casados son ellos –y señalo a Erika y Jackson.

–¿Son ustedes Nathan y Rebeka Moore? –pregunta confuso.

–Él es Nathan Moore y yo...

–Sí. Somos nosotros –y Nathan le pide la tarjeta –. Hemos hecho una reserva para cenar ¿Podría comprobarlo?

–Por supuesto. Espero un momento por favor.

–¿La suite es más barata si simulamos ser matrimonio?

–No.

–¿Entonces?

–¿Tanto importa?

–Su reserva está confirmada. La cena tendrá lugar en la cabaña privada de Cain Cove a las ocho y media. Aquí tiene un folleto de los servicios que ofrecemos, todos incluidos en dicha zona, así como las características y prestaciones de la cabaña. Si desea cualquier cosa que no conste en el folleto, cualquier cosa, nosotros la encontraremos. Lo que necesite –y lo mira suspicaz –. Llame a este número –y el recepcionista le da una tarjeta.

–Gracias.

–Última planta. Disfruten de su estancia y... Enhorabuena.

–¿Enhorabuena? –pero no responde y tan solo ríe, mientras Nathan tira de mí –. ¿Enhorabuena por qué?

Y da igual lo que pregunte, porque hacia la suite nupcial vamos o Penthouse Suite en su defecto, sin que él haya dejado de hablar por teléfono, creo que evitándome.

¿Qué me ocultas Nathan Moore? ¿Qué será lo que tramas?

Y sumergida en secretos mutuos lo olvido, y como para no hacerlo.

Gigantesca, moderna, muy cómoda, perfecta en su mezcla de colores llamativos y terracotas junto al verde pistacho de los cojines y el marrón de los sofás y alfombras, el negro, rojo y naranja de la cama, me tientan a tirarme de espaldas.

–¡Me encanta este lugar!

–Es espectacular... –y abre el ventanal que da paso a la gran terraza.

–Vamos, no te quedes ahí parado –y salgo tirando de él para llevarlo a la balaustrada y admirar las increíbles vistas de cientos y cientos de islas, maravillándonos.

–¿Recuerdas el vestido blanco que te regalé en Ibiza? –y me abraza por detrás –. ¿Te lo pondrás esta noche? –y muerde mi cuello.

–Si me lo pides así... –y me giro para besarlo.

–¿Me harás el favor de ponértelo para mí? –suplica tierno aunque nervioso y así tiemblan sus manos en mis nalgas.

–Claro que sí guapo.

–Pues entra en el vestidor. Tengo que enseñarte algo.

Y al abrirlo...

–¿Y toda esta ropa? –pregunto asombrada acariciando las bolsas que cubren vestidos, camisas y faldas –. ¿Y los zapatos? –y al probármelos, son de mi talla –. ¿En serio?

–Es todo para ti –y descuelga el vestido de Ibiza –. Creo que con esto bastará, pero si necesitas algo más...

–¿Y esto también era imprescindible traerlo? –y le enseño la fusta de terciopelo, las correas de piel y el antifaz de seda.

–Esto es mío –dice acercándose –. Para ti, pero mío –y con su rostro muy pegado a mí acaricia mis brazos hasta las manos para quitarme la fusta, mientras delicado besa mi boca y me susurra, que ha obligado al gerente del hotel a hacer unos cambios en la ducha, solo para satisfacerme.

–¿Qué has hecho qué?

–Solo tienes que entrar y verlo –y me invita a visitar un baño más grande que la habitación donde en una de las paredes de la ducha hay dos enganches, dice, que para mí.

–¿Esto es imprescindible?

–Por supuesto que sí –y cierra la mampara, firme y enérgico se quita la corbata, el cinturón lo desliza con fuerza y lo dobla amenazante golpeando la pared y con verdadera furia observa mi asombro mientras lento se acerca obligándome a dar de espaldas contra el gres, a la espera de saber, qué desea y cómo.

Pero sus deseos me son pecaminosos, su ardiente pasión me es tentadora y su manera de mirarme penetrante y desafiante me rinde ante él, que sin rozarme inhala mi aroma provocador mientras arrastra sus manos por mi cintura ascendiendo poco a poco para así deshacerse de mi camisa, sediento de sexo.

–Ya sabes de qué va esto, así que no te muevas –y engancha mi muñeca a una de las correas, levanta mi otro brazo y hace lo propio, y como culpable inclino la cabeza a la derecha para observar cómo roza contra mi vagina, su enorme pene.

Entonces...

Con las piernas encima de sus caderas, tan solo se roza.

Eso hace Nathan. Retrasar el momento.

Con mis manos en alto se contonea acariciando mi cuerpo y solo eso, o movimientos lentos que me incitan a tocarlo y lo intento, pero no puedo.

Eso hace él. Retrasar mi momento.

Con la cabeza erguida observándome ansiarlo me masturba y yo me corro, pero no solo eso.

También besa mis pechos y me introduce profundamente sus dedos mientras desciende con su lengua por mi vientre hasta llegar a mi vagina y saborearla delicioso, para que me vuelva a correr, a desearlo fervientemente y a sufrir por no sentir su piel en mis tiernos abrazos, como él hace conmigo.

Entonces vuelve a rozarse, me agarra fuerte del culo y me embiste penetrándome duro mientras yo levanto la cabeza y al morderme en el cuello se eriza mi piel y él observa, mi furia e impaciencia.

–Me encanta verte así... –susurra salvaje –. Me gusta ver cómo te corres para mí... –y se me escapa un leve grito –. Me tientes cuando me tocas, cuando pasas por mi lado y cuando me miras como ahora.

–Y cómo te miro.

–Sedienta de mí.

Abrazada a su cuerpo, sin nada que evite mis caricias en su piel mojada, besándolo ardientemente y apretando mi culo con fuerza mientras lascivo es en sus roces por mi vagina, en la húmeda pared contra la que me empotra susurrando obscenidades y yo, las imagino todas.

“Cuando te veo, solo tengo ganas de follarte.

Lo haría delante de todos para que tuvieran envidia.”

“Si estás desnuda se me pone tan dura, que o follo o me masturbo pensando en ti.

Me masturbaría con solo verte como ahora.

Y lo haría delante de todos para que tuvieran envidia.”

“Contigo en la cama me entran ganas de atarte a los barrotes y dejarte ahí, para saciarme.

Lo haría mil veces al día.

Y delante de todos para que tuvieran envidia.”

–Eres mi diosa y este... –y toca, cómo me folla –. Este es mi rincón más exquisito.

–Ámame...

Y no hay más pasión, que él sobre mí.

–No resisto la manera en que me absorbes al estar tan dentro de ti. Eres caliente, mi deseo, mi pecado y tentación.

–Fóllame...

Y no hay más lujuria que sus ojos.

–Sí... Así preciosa... –y tira de mi pelo para verme mientras yo no evito cerrar los ojos.

Entonces...

–Sí... Córrete... Hazlo, y solo para mí.

Y mis gritos endurecen su larga polla muy bien metida. Y su mano sujeta mi cara y la otra mi culo. Y me dice que lo mire y yo grito porque golpea su cuerpo contra el mío. Y que adentre más y más aumenta mi fervor mientras absorberlo desinhibe mi orgasmo. Y mi corrida se me escapa y sus dedos moja y chupa vicioso y yo con él y...

Y rasgando su mirada, observándome fijamente confundido y extrañado y en tensión soltando mi cara para apoyarse en la pared, Nathan se corre escandaloso y yo admiro los destellos fulgurosos del negro penetrante de sus ojos, como halos de luz pura y blanca.

Son... Como un brillo resplandeciente y leve pero existente aunque lejano en mitad de la negra oscuridad más tenebrosa, sino la más llamativa negrura silenciosa.

Son... Como admirar el terror y al mismo tiempo el vacío, sin sentir que el temor se apodera de ti y a su vez te llena de compasión y un amor incondicional, más que eterno.

Son...

–Estoy enamorada de tus ojos –y besa mi cuello –. De cómo me miras. De lo que quieren decirme cuando lo haces y de cuál será el secreto que me ocultan.

–No te ocultan nada –y besa mi boca.

–Lo son todo para mí –y acaricio su rostro –. Siempre que me miras aunque sea de reojo me pones nerviosa, se me acelera el corazón y me creas tanta ansia de saber el porqué, que no resisto la tentación de estar cerca de ti y poder ser capaz de soportar tu mirada más de cinco segundos.

–Uno... Dos... Tres... –y sujeta mi cara –. Cuatro... Cinco... No es tan difícil.

–Me he ido a los tres... –y me abraza con fuerza.

–Si tú te pones nerviosa, a mí me fascina.

Y sobre él salimos de la ducha, me pone un albornoz, me lleva al vestidor y sin que diga nada elige hasta mi ropa interior, sin olvidar el vestido blanco.

–En dos horas debemos estar en Cain Cove ¿Quieres hacer algo antes?¿Quizás dar una vuelta por el hotel? –propone entusiasmado.

–¿Lo necesitas?

–Creo que no. A partir de mañana estaremos en Islas Ábaco, así que no importa que no reconozca el lugar.

–¿Islas Ábaco? –pregunto curiosa.

–Ya lo verás. No seas impaciente. Ahora solo importa por dónde debemos ir para llegar a la cabaña. No puedo perder el control, necesito ser consciente de dónde estoy.

–Pues tenemos dos horas para averiguarlo.

Pero tras vestirme de su regalo ibicenco, no sé si más blanco es mi vestido, o su cuerpo recubierto de lino.

Con pantalón ligero y talle corto, de espaldas como lo tengo ver su culo prieto me incita a morderlo y a tocarlo y a apretujarlo y a...

¡Ay...! Lo que te haría sino llega a ser porque te giras...

–Estás maravillosa.

–¿Te gusta? –y doy una vuelta.

–Es perfecto.

–Tú sí que eres perfecto –y muerdo su labio –. ¿Nos vamos?

–Por detrás tuya.

Y por detrás mía no, más bien a la par y con su mano en mi espalda o mejor en mi culo, ya que entre demasiadas personas estamos, de camino a la terraza privada.

Y es que Nathan, a parte de incómodo al ignorar cómo está estructurado el hotel se siente perdido entre la gente e intenta controlarse lográndolo mentalmente, aunque su lucha física, en ocasiones le supere. Así que altivo, frío, imponente y distante parece defender su posición, e incluso a mí, que acaricio su espalda para que se calme y sonrío cuando me mira intuyendo no lograr llegar, hasta el final.

No obstante aunque no lo demuestre, siento que cree ser el centro de atención aunque realmente nadie se fije en él o mejor dicho en su trastorno, ya que algunas sí lo miran, pero por otros intereses más...

–Ven, espera un momento –dice yendo a un lado cerca de la puerta alejándonos de todos –. Solo un minuto y salimos.

–Respira...

–¿Cuento mientras tanto? –dice divertido.

–Ya no te hace falta y estar aquí esperando tampoco. Pero si crees que te ayuda...

–Creo que se ha convertido en una costumbre. Me calmo si antes de salir me paro y respiro.

–Mira la playa –y lo hace –. Vamos a verla más de cerca –y asombrándome como desde el primer día que estuvimos en ella resulta incomprensible que justo la arena y el mar sea el lugar que más lo relaja, más lo libera, más romántico lo vuelva y en donde más humano sea, tras años y años encerrado creyendo que salir, lo mataría.

Y yo me pregunto...

¿Cómo puede alguien temer una simple acera, un pequeño o gran parque o cualquier otro lugar donde respirar aire fresco, y no tenerle miedo al océano, a nadar o a caminar por la arena o a estar durante horas, observando el mar?

Pues así es Nathan.

Incomprensible, inexplicable, sorprendente y asombroso.

Un hombre cuyo trastorno mantuvo oculto su pasión por el océano y escondió su poética personalidad, enterrando muy profundo su tierna actitud.

—¿Gustan? —pregunta un camarero portando una bandeja de canapés.

—No gracias —responde Nathan porque yo, al ver la gamba, casi vomito —. ¿Podría decimos por dónde se va a Cain Cove?

—Por supuesto caballero. En la bifurcación gire a la derecha, allí lo recibirá el maître.

—Muy amable. ¿Vas a coger uno?

—No. No me apetece la gamba —y me giro porque arcadas es poco.

Entretanto el camarero se va y Nathan se me queda mirando.

—¿Otra vez el estómago?

—Enseguida se me pasa.

—Llevas todo el día igual, será mejor que busquemos una farmacia.

—Tranquilo, ya estoy mejor —miento tirando de él que sigue caminando pero a regañadientes hasta llegar a la cabaña o más bien cabañas, ya que la nuestra, aunque enorme, a su alrededor tiene otras más pequeñas que bordean la piscina a modo chill out con asientos y una mesa en el centro, poseyendo cada una, su propio camino al mar.

—¿Les apetece una copa? —dice una camarera —. ¿Quizás un cóctel de bienvenida? —y Nathan coge uno mientras yo le pido agua fría.

Agua fría...

Agua al fin y al cabo.

Lo único a beber a partir de ahora y... Joder...

Porque me apetece ese cóctel y bebérmelo en la piscina y si eso emborracharme con Erika y armarla en el chill out bailando desbocadas con nuestros maridos o el suyo y mi novio, aunque para reservar la habitación, haga de su mujer.

Su mujer...

—Qué pronto habéis bajado —nos sorprende Junior.

—Me gusta tu vestido.

—Gracias Betty. Tú también vas muy guapa —y se lo digo por quedar bien, porque viste muy rara.

Sin embargo ahora, su falda larga y hippie color almendra y su camiseta de tirantes roja son totalmente compatibles, al pequeño Moore, que lleva unos Gucci ajustados y una blusa sin botones hindi, que lo vuelve muy interesante y bohemio.

—¿Qué habéis hecho en todo este tiempo? —pregunta Junior a su hermano —. Una cerveza —le pide a la camarera —. ¿Tigresa?

—Ponme otra —responde Betty encendiéndose un cigarro.

—Bueno qué... ¿Has visitado Barcelona o Rebecka te ha tenido esposado a la cama?

—Las dos cosas —respondo y río.

—No has perdido el tiempo...

—Por lo visto tú tampoco —comenta Nathan —. No te ofendas Betty, pero eres la primera mujer en acompañar a mi hermano a un viaje familiar. Creo que le

importas.

–¡Rebeka! –grita Erika viniendo hacia nosotros –. ¡Luego nos bañamos! –y señala la piscina y le digo que sí –. ¿A qué es increíble? Todos este espacio para nosotros solos, nuestras propias camas... –y se tumba en una –. Nuestro propio acceso a la playa privada... –dice pisando la madera –. Nuestros propios camareros...

–Nada que no hayas visto antes –interrumpe Junior.

–Sí, pero ahora estoy casada y Nathan está con nosotros, así que... ¿No es maravilloso? –y lo abraza efusiva.

–Vale ya Erika...

–Me da igual lo que digas –y sigue abrazándolo –. Me encanta todo esto, me encanta que estés aquí, me encanta que Rebeka esté aquí –y me encierra con ellos –. Me encanta...

–Erika me aprietas... –y me suelta de repente para mirarme asustada y luego a mi pancha que la hace sonreír entusiasmada mientras yo la amenazo con la mirada, y Nathan...

Nathan...

–¿Qué me he perdido?

Nathan pregunta y yo lo miro a punto de confesar, sino llega a ser por...

–Buenas noches –saluda Harold –. ¿Todo bien?

–Sí. Creo que ya empiezo a relajarme –confiesa Nathan.

–Estoy muy orgulloso de ti –y palmea su espalda –. ¿Nos sentamos? Tu tía está con Beatriz en el baño y tu madre... –y me mira sonriente –. Tu madre creo que se retrasará.

–¿Le ha pasado algo? –pregunto preocupada.

–No no, qué va... Está con Alfonso y al llamarlos... Nada fuera de lo habitual en vosotras –sonríe falso –. No encuentra unos zapatos. Enseguida están aquí.

–Ya... Con Alfonso buscando sus zapatos... –y vuelve a sonreír y yo, ya lo sé.

Sí. Lo sé.

Sé que mi madre hace sus cosas con Alfonso. Sus cosas como las hago yo con Nathan y Erika con Jackson y Junior con Betty y... Y supongo que mi madre también.

Pero joder... ¿Aquí y ahora?

–Este es tu asiento –sorprende Nathan invitándome a él –. Y deja de pensar en lo que estarán haciendo Alfonso y tu madre.

–No estoy pensando en ellos.

–Ya...

–Nathan ¿Podemos hablar?

–Claro Jackson –y se alejan de la mesa.

Entretanto yo, que no dejo de mirar si viene mi madre o no, me estoy perdiendo un lujoso ambiente en una isla paradisíaca, en la que jamás me imaginaba.

Rodeados de antorchas luminiscentes distingo la variedad de cabañas marrones, todas ellas hechas de madera local y algo de paja, con flores en las esquinas y sillones llamativos. Nosotros estamos unos escalones por encima de la piscina y su agua en calma y azul turquesa invita a bañarse y a disfrutar de la vista, y mucho más del mar.

Las tumbonas, minúsculas pérgolas y variedad de cestas de fruta y flores que adornan cada recoveco, es grandiosa. Y entre todo el decorado romántico festivo en el que me pierdo más que ensimismada, ya distingo a mi madre.

Ella, cogida a su novio, está reluciente. Él, que parece enamorado le habla al oído y la hace reír. El camino de madera que pisan para llegar hasta aquí los invita a

ser entre las pequeñas luces y la armonía del lugar, una pareja infinitamente cariñosa. Y yo, que gorrina los imaginaba follando en la cama que más puedo pedir, si madre es feliz.

Si es que...

Si es que tengo una mala mente...

–Estás guapísima hija –dice resplandeciente y yo la miro encandilada.

–Y tú por fin sonríes... –y me abraza mientras Alfonso muy tímido saluda a Nathan, que no sé por qué pero le ha dado por no estarse quieto ni sentado.

–¿De qué has hablado con Jackson para que ahora estés tan nervioso?

–De nada tan importante como tú –y lo miro extrañada.

–No me vengas con esas...

–Disfruta de la cena –y besa mi mejilla.

–¿No me digas que los Collins...

–Olvida a los Collins –impone serio –. Esto no tiene nada que ver con ellos.

–¿Y por qué no paras de temblar? –y toco sus piernas.

–Porque...

–El primer plato es una ensalada de aguacate con gambas.

Y el camarero, a parte de interrumpirnos también pone el plato tan cerca de mí, que su olor antes me encantaba y ahora solo me da ganas de vomitar, sobre las gambas rebozadas.

–Ahora vuelvo –y salgo disparada hacia ningún sitio porque no tengo ni idea de dónde está el baño prefiriendo la playa, donde tras unas dunas cercanas a la cabaña me pongo a vomitar y ya creo, que sin ocultarme demasiado.

Y no.

Por lo visto no me he escondido lo suficiente, ya que al levantarme tengo a Nathan detrás, junto a mi madre y Erika.

–Lleva todo el día igual –dice y creo que enfadado.

–Vuelve con tu familia. Yo cuido de ella –dice mi madre.

–Te acompaño.

Y Erika se lo lleva de vuelta, para al minuto regresar.

–Rebeka ¿Estás embarazada? –pregunta mi madre y...

Ay... Qué te voy a contar...

–Mamá... –y vuelvo a vomitar –. Creo que ya no me gustan las gambas –y tiro hasta el agua.

–Bella... Deberías contárselo –me susurra Erika sujetando mi cabeza –. Es tu madre.

–Mamá...

–Dime –y se agacha –. ¡Pero si ya no tiras nada! ¡Levántate!

–Estoy embarazada.

–Ay... No me digas eso... –y le enseño los predictor –. ¿De verdad? ¿Lo dices en serio? ¿Voy a ser abuela? –y los mira fijamente –. ¡Ay! ¡Voy a ser abuela!

–Chsss... Calla... Que Nathan no lo sabe...

–Vale vale... Pero cuándo se lo vas a decir?

–Pues creo que de hoy no pasa.

–¿Ocurre algo? ¿Tenéis problemas? –pregunta asustada.

–Que no mamá. Que no me atrevo y ya está.

–Pues cuando esto crezca ya será tarde –y me toca la barriga sonriente –. Holaaaa... Soy la abuuu...

–Mamá –pero sigue a lo suyo –. Mamá –y me pone de los nervios –. Mamá, deja de tocarme.

–Ay hija cómo eres... ¿Y tú lo sabías? –y coge a Erika del brazo y las dos caminan por delante mía parlotando sobre mí y sobre... el, la, bueno, quien quiera que esté aquí dentro.

–Creo que ya ha llegado la hora de que me digas qué está ocurriendo –dice Nathan nada más verme.

–Cuando me digas por qué tiembles te contaré mi secreto –y endureciendo su mandíbula mete su mano en el bolsillo y toquetea lo que ya imaginé, aunque diga que no es especial.

–¿Estás bien? –evade cariñoso.

–Sí. Pero creo que paso del primer plato.

–Por favor –llama al camarero –. Mi esposa no se encuentra bien y necesita un menú más ligero ¿Qué le aconseja?

Mi esposa...

Pues así comienza una cena en la que solo me entero de cuánto queda por descubrir, en cientos y cientos de islas.

Habiendo más de setecientas, excepto una treintena, el resto están deshabitadas. Algunas son el refugio de personalidades, actores, cantantes y políticos. Personajes públicos que buscan la soledad y el distanciamiento en mansiones hechas para ellos, en medio de la nada.

Pues nosotros iremos a una de esas. Ábacos, nuestro destino más inmediato. Un conjunto de islas en su mayoría vírgenes donde poder bucear, hacer surf, explorar cuevas submarinas, nadar con tiburones o con los delfines, ver decenas de tortugas gigantes o sumergirnos en sus enormes y maravillosos arrecifes de coral, sin contar con sus playas blancas de arena fina y agua azul celeste transparente, que en calma serán, mi mayor deleite.

–¿Y todo eso haremos? –pregunto incrédula.

–Noooo...

–Ya sabía yo...

–Pero lo intentaré. No quiero perderme nada.

–La verdad es que el mar te relaja, creí que te supondría un enorme sacrificio estar en un espacio tan libre como la playa, pero... ¿Sabes? Me sorprendió muchísimo que me pidieras a los pocos días de llegar a Barcelona, que fuéramos a verla.

–Incluso me bañé –dice sonriente.

–Vaya... Y menudo frío hacía...

–Sí. El agua estaba helada, pero me gustó tanto la sensación de libertad que me invadió estando en la orilla y tu lado, que no pude evitar meterme. Por esa razón estamos aquí. Porque me he perdido tanto que ahora siento que tengo que recuperarlo.

–Pues eso de nadar entre tiburones no sé, creo que me gustarán más los delfines, o quizás las tortugas gigantes.

–Muerden y son carnívoras.

–Como tú –y tierno besa mi boca.

–¿Te pongo un poquito? –nos sorprende Erika con Möt.

–No –y Nathan tapa mi copa –. Lleva todo el día vomitando.

–Primo... Solo un poquito para brindar... –y deja que me sirva tras yo prometerle, que solo mojaré mis labios.

–Ejem... Ejem... –carraspea Jackson –. Quisiera hacer un brindis en honor a alguien muy especial –y de pie con su copa en alto mira a su amigo –. Nathan, quisiera darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros –confiesa cogiendo a Erika de la cintura –. No hacía falta tanto, ya era suficiente con la boda y el viaje de novios, aun así, gracias por el apartamento de Manhattan, reconozco que es increíble.

–Jackson, no tienes por qué hacer esto. Para mí es un honor.

–Sí hace falta amigo mío –y se dan un abrazo.

–Soy yo quien debería darte las gracias. Siempre has estado a mi lado y no hay forma de recompensarte, así que acepta mis regalos y cuida de mi prima, es lo único que te pido a cambio.

–Lo haré –y Erika da saltitos mientras estrechan sus manos.

Entretanto sirven los postres, todos ríen y comentan lo que harán cuando lleguen a sus respectivos destinos, ilusionados no dejan de decirle a Nathan lo contentos que están y orgullosos de que por fin sea normal, y esa palabra, que no le gusta porque cree que raro no lo define, lo pone nervioso.

De hecho y sin venir a cuento como le ha estado pasando sin excusa comprensible sus manos sudan aunque él las oculte bajo la mesa, sus rodillas tiemblan e intenta frenarlas, pesado es su respirar junto a la tensión dominante en sus músculos y a estas alturas, ni mis caricias lo relajan.

Pero de repente, en mitad de su casi ataque de pánico y para asombro de todos...

Clin clin clin clin

–Si sois tan amables de seguirme... –nos pide sonriente tras levantarse y golpear suavemente su copa –. Por favor Rebeke ¿Me acompañas?

–Claro...

Y coge mi mano, la besa encantador, cautivándome sus ojos se oscurecen y brillan, me invita a pasar por delante suyo y los demás nos esperan, y mientras tanto, disimulando está mucho más pero que mucho más nervioso, que incluso expuesto a lo desconocido.

–Espera un momento –y me enseña la seda que en más de una ocasión me ciega, al amarlo –. ¿Puedo? –pregunta con voz temblorosa.

–Ya sabes que sí.

–Te quiero Rebeke y esta es la mejor forma de demostrarlo.

Y un beso da comienzo a mi andadura hacia lo desconocido, o eso es para mí, porque para los demás...

–Qué bonito... –oigo decir a Helen y a Bea.

–¿Esto nos ocultabas hermanito? –pregunta Junior.

–Demasiado romántico para mí, pero sí, es muy bonito y le gustará –comenta Betty.

–Lo ha organizado mi hermano así que le gustará seguro, ya te dije cómo es, haría cualquier cosa por ella.

–Romántico es poco Bella –opina Erika apretando mi brazo.

–Sobrino... Eres sorprenderte –susurra Harold.

–El Gobernador ya está preparado –dice Jackson.

–Hija, es increíble ¿A que sí Alfonso?

–Si cariño –y eso afirma su novio.

Entretanto, ciega y escuchándolos, mi corazón, jamás ha ido tan rápido, es más, jamás en mi vida he sentido su deseo por escapar de mi pecho, tal y como lo hace ahora.

No. Nunca he tenido la sensación que Nathan siempre me ha descrito sobre su alterado y ansioso trastorno del pánico, o ese espasmo que le lleva a creer que la vida se le escapa, si en el pecho, el órgano más caliente y lleno de amor muere o cree morir, al acelerarse más y más ante el miedo, lo inesperado o las sorpresas en mi caso.

–¿Preparada? –dice con las manos temblando y así siento al tenerlas sobre el lazo de mi cabeza, mientras despacio lo desata y yo...

–No lo sé. No sé si estoy preparada ¿Qué me has hecho?

–Este era mi secreto.

Y al quitarme la seda, mantengo los ojos cerrados.

–Cuando quieras... –susurra acariciando mis manos sinuoso con dedos temblorosos y muy cercano a mí, pero sin ni siquiera rozarme.

Uno, dos, tres y...

–Wow... –y me tapo la boca abriendo los ojos de par en par mientras él me mira y yo me pongo a llorar, porque su secreto es mi deseo y por fin con el hombre mi vida, se hará realidad.

Frente a mí, un camino sobre el agua que lleva hasta una cabaña rodeado de antorchas de fuego y lazos blancos, como principio de todo.

Idílico es poco, maravilloso se queda corto, paradisiaco es su entorno pero el significado del todo es tan importante para él, que besando mi mano sin dejar de contemplar mis lágrimas me transmite tanta, tanta dulzura y cariño, que el deslizar de sus dedos por mis mejillas me derrite, el fulgor de sus ojos encharcados se adueña de mi alma y el susurrar de su boca confesando su amor me lleva a amarlo incondicionalmente, como dice que siente por mí y hasta la locura.

Y entre aroma a galán de noche y fresca brisa marina...

Él me espera al final del camino manteniendo en sus manos, esa caja del bolsillo.

Yo, mirándolo fijamente sigo a mis pies como llevada por la brisa y la atracción que desprende.

Él, se mantiene firme, templado y serio, junto a un hombre negro que sonríe y al mismo tiempo abre un libro.

Y yo, viendo los cortinajes blancos que decoran las esquinas ondear al viento tan solo deseo llegar hasta él, como imán que me atrae imposible de repeler.

Pero mi madre, con quien Nathan me ha dejado para que me acompañe aprieta fuerte mi mano y llorando camina muy lenta, e incluso se frena a punto de llegar.

–Enhorabuena cariño –dice cogiendo mi rostro.

–No me lo puedo creer... Esto no me lo esperaba –confieso y miro a Nathan que esconde sus manos temblorosas.

–Pues créetelo. Te ama cariño, mucho más que tú a él.

–¿Cómo puedes saber eso?

–Lo sé Rebeka. Está enamorado de ti de los pies a la cabeza. No sabes cómo te mira.

–Sí lo sé –y eso hago con él, que sonríe levemente aunque yo sepa que está sacrificando su lucha interna, en mi espera.

–Jamás he visto a un hombre tan entregado al amor, así que no olvides contarle lo tuyo –me recuerda haciéndome sentir mal –. Seréis muy felices, estoy segura – y me besa, aprieta mis mejillas como las abuelas y seguimos caminando despacio hasta llegar al centro de la cabaña, donde Nathan deja de mirarme para hacerlo a mi madre.

–Raquel... –dice muy mal en español.

–Cuidala. Es lo único que tengo.

–Lo haré –y su r lo exaspera.

–Toda tuya –y lo abraza mientras él me observa y en tensión aunque sonriente, sus nervios le pueden.

Frente a él, mirarlo se me hace tan insoportable, mis nervios me son tan asfixiantes y mis lágrimas tan abundantes, que verlo enseñarme la caja, sonreír seductor, coger mi mano izquierda y arrodillarse ante mí, tan solo me lleva a taparme la boca y a llorar mucho más, pero muda y sorda.

–Rebeka –y trago saliva –. Hasta el día que te conocí estuve convencido de que no existía mujer para mí. Creerlo me llevó a la soledad y al encierro de por vida. Dejé incluso de soñar con ser libre y renuncié a mi futuro, olvidando amar. Pero ante todo jamás pude imaginar, que tú fueras capaz de sacrificarte, por alguien como yo –y la caja contiene un anillo –. Ahora, tú me acompañas, tú eres mi sueño, tú me haces libre, tú eres mi futuro y tú, solo tú mereces mi amor y de por vida –y lo saca, coge mi anular, lo introduce despacio y... –. Rebeka, ¿Me harías el gran honor de ser mi mujer, mi amiga y mi eterna compañera, mi amante más fiel y el único refugio para mi corazón?¿Te casarías conmigo?

–Jooo... Pues claro tonto... –y me tiro sobre él cayendo al suelo –. ¡Sí sí sí sí sí sí sí...

–¿Estás bien?

–Sí sí sí sí sí sí sí...

–Para –y coge mi cara, sus pupilas se agrandan y su noche abruma a mi alma, perdida en sus ojos –. Te quiero Rebeka y soy el hombre más feliz del mundo –y me besa tierno pero mi lengua impetuosa a parte de viperina a veces lujuriosa se mete en su boca, provocándolo a meterme mano.

–Ejem ejem... –carraspea alguien.

–¿Y si dejamos la noche de boda para más tarde chicos? –le oímos decir a Erika.

–Esto se pone interesante... –comenta Junior que aplaude.

–Luego te daré lo tuyo preciosa...

–Lo estoy deseando...

–Si me permite... –dice el señor ayudándome a levantarme.

–Gracias.

–Es un placer conocerla Srta. Rebeka, soy el Gobernador Tumas, oficiaré la ceremonia –y al mirar a mi madre, sí.

Ya lo sé mamá...

Ya lo sé...

–Bienvenidos a Nassau, espero que su estancia esté siendo de su agrado.

–¡Esto es una caña!¡Mola mogollón!¡Puede estar orgulloso jefe! –sorprende Betty levantando el pulgar.

–Gracias señorita.

–¡De nada tío!

–Cómo me gustas... –y Junior la besa.

–Bien. Si les parece, demos comienzo a la ceremonia –y mira a los invitados –. Si alguien entre ustedes cree, que pueda haber algún impedimento que imposibilite la unión de esta pareja, debe expresarlo ahora.

Y en este momento si mirara a mi madre...

Si lo sé no lo hago.

–Si puedo decir algo... –y Nathan se asusta.

–Por supuesto –y el gobernador se asusta.

Y al mirarlos, todos se asustan.

Pero para asustados yo, que pretendía encontrar el mejor y más que íntimo momento para hacerlo y al final por cobarde me toca descubrirme, ante un público expectante.

–Siento no haber sido capaz de decírtelo antes. Realmente me enteré ayer pero...

–Por favor Rebeka... –y restriega su rostro –. Dime lo que quieras pero hazlo ya por favor.

–Vale... –y lo miro más de cinco segundos y él lo hace extrañado –. Estoy embarazada.

–¡Sorpresa! –grita Erika.

–¿Qué?

–Que estoy embarazada.

–¿Embarazada? –pregunta incrédulo.

–Sí primo, embarazada y de ocho semanas.

–Embarazada.

–Sí –afirmo miedosa.

–Estás embarazada –repite pensativo.

–Sí. Lo comprobé dos veces –y le digo a su prima que se acerque –. Mira –y al darle los palitos él parece embrujado por las rayas rojas, como aturdido y ensimismado en ellas.

Entretanto los murmullos sustituyen a los abrazos.

–Pero esto no es ningún impedimento para casarnos –y me mira sonriente, exhala calmado, con los dos palos en la mano agarra las mías y risueño y dulce acaricia mi barbilla y lento se acerca a mi oído, seduciéndome –. Doy por hecho que sigues queriendo ser mía... Solo para mí –y le digo que sí con la cabeza –. Nunca dejarás de sorprenderme y ahora, nunca dejarás de amar cada parte de mí. Tú y yo somos... –y acaricia mi vientre delicado y asombrosamente paternal –. Somos ella.

–O él... –y sonrío embaucador.

–Tú y yo somos uno –y me besa contenido porque salados son sus labios en los míos, mientras el temblor de su voz atrayente y angustiada también es perfectamente romántica y más que embaucadora.

Hechizada.

Así estoy mientras enredada en sus brazos aplausos oigo y fresco aroma a galán inhalo, según ardiente cuerpo tengo en mis manos y negros ojos contemplo mas dulces labios beso, cual afán de poseer lo oculto de su ser, ahora, ya parte de mí.

–¡Os quiero! –y Erika se une a nosotros.

–Yo también joder... –y Junior nos abraza y así uno tras otro comparte nuestra alegría y me hacen sentir más tranquila, mientras Nathan...

Nathan parece no disfrutar de las muestras de cariño y yo sé por qué. Él, tan solo me observa, mientras le hablan y abrazan.

Parece estar embrujado. Pétreo aunque templado fijamente observando cómo río y de vez en cuando lo miro, tan solo para saber, que sus ojos siguen ahí, donde siempre han estado.

Adentrando en mí para apoderarse de mi alma y llevarla consigo, porque lo esperó.

Sí. Lo esperó y siempre deseó, a quien ahora se me acerca y besa mis manos.

–Continúe con la ceremonia –le pide al gobernador que enseguida se yergue y nos da la enhorabuena.

Frente a mí, sus ojos, pero en los suyos mis labios para que no evada su mirada. En boca del gobernador las palabras, y en mis oídos, los susurros de Nathan. Pero en cuanto calla y como si nada seguimos observándonos, hasta que un toquecito en mi brazo...

–El anillo –me susurra el gobernador.

–No tengo –y Jackson se acerca y me lo da.

Mientras tanto Nathan solo me mira, no habla, no se mueve y ni siquiera creo que haya escuchado algo, o casi como yo, que al ponerle el anillo me quedo mirándolo embobada hasta que levanta mi cara y me dice que escuche, porque está deseando hacerlo.

–Por los poderes que me otorga Su Majestad La Reina Isabel II, yo, Leigh Tumas, su representante en funciones y gobernador de la Mancomunidad de Bahamas, os declaro, marido y mujer. Puede...

Y en un arrebato de furiosa pasión Nathan me aferra a él envolviéndome entre sus brazos para besarme ardiente con su lengua adentrando en mi boca como ansioso y necesitado de mí, mientras me inclina hacia atrás exponiendo mi cuello para morderlo feroz, me aprieta el culo que endurece su pene en mi entrepierna y al segundo regresa a mi boca, despertando a mi lascivia.

–¡Vivan los novios! –gritan todos y los miramos sonrientes.

–Gracias preciosa –susurra tierno –. Dentro de ti está el mayor regalo que podías hacerme. Gracias por dejarme ser parte de ti.

–No sabía cómo decírtelo, estaba muerta de miedo.

–Sabías que lo deseaba. Que algún día te lo pediría.

–Por eso me dejé las pastillas –y perspica pelizca mi culo.

–Ya hablaremos de eso...

–Ni se te ocurra reprocharme nada.

–Jamás lo haría, pero esta noticia de última hora impide que hagamos lo que tenía planeado y desde hace mucho. Por lo menos durante algún tiempo.

Y así me deja. Con la miel en los labios. Con las ganas de saber qué más puede sorprenderme, sino me enamora aún más de él.

Y es que, no será mi falta de curiosar la causante de que se mantenga en silencio. Más bien se debe a que me agarre y comencemos un baile que nos evade y hechiza, aun estando entre familiares.

“Más que palabras...

Cierra los ojos, extiende tus manos y acaríciame.

Abrázame muy fuerte y nunca, nunca me dejes ir.

¿Qué harías si tu corazón estuviera partido en dos?

Podrías empezar de nuevo con tan solo decirme, te quiero.

Más que palabras...”

–Nathan Moore. Sí. Mi esposa Rebeka, Rebeka Moore. De unas ocho semanas. De acuerdo, el veinte a las cinco. Gracias.

–¿Con quién hablas?

–Buenos días preciosa... –y se tira sobre la cama –. ¿Has dormido bien?

–Claro que sí.

–¿Y tú, bebé? –y acaricia mi vientre –. ¿Estás bien ahí?

–Nunca te he visto tan contento.

–Sra. Moore... Solo soy feliz –confiesa sonriendo tanto, que la dicha es el rasgar de sus ojos.

–¿Y con quién hablabas?

–La semana que viene tenemos cita con el ginecólogo. Erika me ha dado su teléfono. El Dr. Svensson es uno de los mejores en todo el Estado.

–Ya tengo ginecólogo.

–Pero está en Barcelona y este es bueno, muy bueno.

–El mío también.

–¿Y cómo lo sabes?

–¿Y tú? ¿Cómo sabes que el Svensson ese es mejor que el mío?

–Preciosa... Yo no hago nada con nadie si antes no averiguo quién es.

–¿Eso hiciste conmigo?

–No. ¿A qué viene esto? Solo quiero llevarte al médico.

–Claro... Perdona.

–¿Qué ocurre?

–Nada. Solo es que... No sé. La verdad es que no sé qué pasará a partir de ahora –y me tumba sobre él.

–A partir de ahora siempre estaré a tu lado –y acaricia mi rostro –. Ahora estoy seguro de lo que quiero –y acaricia mi vientre y mi pecho –. Quiero tu corazón y quiero al ser que llevas dentro. A partir de ahora solo tú importas. Yo solo quiero ayudarte y hacer lo correcto, lo que es mejor para los dos –y vuelve a tocar mi vientre.

–Hablas como si supieras lo que es.

–Yo también tengo miedo –confiesa sincero –. No tengo ni idea de lo que pasará a partir de ahora, pero hay que ir al médico. Ver que todo está bien, que tú estás bien y el bebé también. No te enfades porque sea precavido y minucioso y esté preocupado por tu bienestar.

–No me gustan los médicos.

–Pensaba que solo eran los psiquiatras...

–Todos los médicos en general.

Rebeka... me comprando cosas

–Кевка... –не репреше сето.

–Está bien. Iremos a tu ginecólogo, pero luego nos vamos a Barcelona.

–No es lo que tengo planeado para nosotros.

–¿Cómo que planeado? –pregunto exaltada –. ¿Has hecho un plan para nosotros sin contar conmigo?

–No es así exactamente, pero...

–¿Pero? ¿Cuándo has organizado nuestra vida juntos? –y salgo disparada hacia el baño.

–Esta noche no he dormido mucho.

–¿Has estado toda la noche pensando en cómo será nuestro futuro?

–Ya te dije que mis planes había que retrasarlos, así que he estado reorganizando lo que conocerás en... –dice asomando su reloj por el hueco de la puerta –. Una hora exactamente.

–Tú y tus secretos y adivinanzas de buena mañana...

–Buenos días mal despertar, tu leche está en la terraza.

–¿Leche?

–Lo siento preciosa, pero se acabó el café –y coge el periódico –. He pedido unas tostadas, zumo y algo de fruta.

–¿En serio?

–Sí –y a por todo voy hambrienta.

–¿Y adónde vamos?

–No te preocupes por tu ropa. Con un bikini será suficiente.

–¿Pero adónde vamos? –repito golosa sentada a su lado.

–No seas impaciente.

–Venga... –y acaricio su entrepierna –. Dime dónde vamos...

–¿Estos cambios de humor van a ser constantes?

–Ni idea –y muerdo la tostada a reventar de mermelada.

–Yo creo que sí –y suena su móvil –. Si me disculpas...

Y yo como y él habla. Yo me bebo el zumo y él sigue hablando. Yo miro el mar en lo más alto del castillo y él sonríe y habla. Yo me tomo la leche y él sigue con su charlatanería. Y si yo casi he terminado de zamparme el desayuno, él también con su conversación.

–¿Has terminado?

–Espera –y cojo dos trozos de manzana mientras él tira de mí para que me vista corriendo aunque solo me deje ponerme un pareo y nada más, de nada de nada.

Eso sí, la seda negra que cubre mis ojos, no se le olvida.

Desde la habitación, bajando en el ascensor, caminando por el Hall, recorriendo el lago pasillo que da al exterior y hasta la arena de la playa, me lleva él.

Sé, que cegada tan solo puedo ser Nathan quien guíe mis pasos y más, debido a su ilusión por sorprenderme de nuevo, pero siempre fui yo quien lo había hecho hasta ahora, quien lo ayudaba a dar ese paso adelante estuviera cegado o se dejara llevar por mi obstinación, sin embargo y como anoche aunque el camino sea más largo sentir que su autocontrol es real y que su fuerza de voluntad le confiere valentía, me lleva a creer que como dice a partir de ahora su miedo ya no existe, porque seguro está de sí y yo le hago libre.

–No te asustes. El agua está fría –y en la orilla frena –. Ya puedes mirar –y al quitarme la seda abro los ojos y a lo lejos veo un barco mientras a nuestro lado hay una lancha motora con un marinero dentro junto a otro hombre con gorra, igual de blanca e impecable que su traje –. Vamos a dar un paseo.

–¿En lancha?

–Sí.

–¿Estás seguro?

–No. Pero si te apetece podemos probar.

–¿Y si...

–De momento estoy bien y no quiero pensarlo.

–Vale. Pues me callo.

–¿Qué? ¿Lo intentamos? –pregunta encogiendo los hombros y yo sonrío mientras me cede su mano para subir a la lancha.

–¡Esto es increíble!

–Buenos días Sra. Moore, Sr. Moore...

–Capitán Cooper –y estrechan sus manos.

–Bienvenidos y enhorabuena por su reciente enlace.

–¡Gracias! –grito exaltada –. ¿Esto corre mucho?

–Pues sí. Pero no se preocupe, seré prudente.

–Tampoco pasa nada si acelera un poquito.

–Nena... No me pongas nervioso.

–Es que me emociono...

Y me siento a su lado y el motor ruge asustándome y me tira para atrás, mientras Nathan me agarra e intenta controlarse.

–Procura no caerte al agua, no sé si iría a buscarte.

–¿En serio?

–No. Pero no te muevas mucho.

–Pues cógeme.

De la cintura, con mis manos en las suyas y mi cabeza en su pecho mientras firme mira al frente e incluso parece tenso, yo sé que no. Sé, que realmente es emoción.

Me besa en la cara, sonrío mientras lo hace, acaricia mis dedos relajado, me toca el pelo que da en su rostro y lo aparta a un lado, me dice que me quiere y al mismo tiempo señala algún velero que otro a nuestro alrededor, mientras me susurra que no entiendo el no temer adentrarse en el mar, incapaz de creer cómo logra controlarse. Así, entre besos y frases de amor me revela que poco a poco nos acercamos, a uno de sus sueños. Un barco enorme de color blanco y tres pisos.

–FreeSea –leo en el casco.

–Si no te gusta podemos cambiarlo –dice vergonzoso.

–¿Ese barco es tuyo?

–Nuestro.

–Vale... –y lo miro embobada –. ¿Ese barco es nuestro?

–Sí.

–Creo que volveré a preguntar... ¿De verdad ese pedazo de barco es tuyo?

–Nuestro.

–¿En serio?

–Últimamente crees que todo lo que digo es broma.

–Esto es increíble... –y me pongo de pie.

–¿Puedes hacer el favor de volver a sentarte?

–¡Pero si hasta creo que es más grande que el del jeque!

–No me acuerdo del barco del jeque y la verdad, me da igual si es más grande o no, y solo quiero que pares un momento.

–Vale, ya me siento.

–Gracias.

Pocos minutos después y con Nathan mucho más tranquilo tras relajarme, oímos el motor pararse poco a poco, hasta que ya no se escucha nada.

–Sra. Moore... –me cede la mano el marinero.

–Mejor Rebeka, eso de señora... Eso es de más mayores.

–Sra. Moore, haga el favor de subir a su barco –dice Nathan ofendido según me pellizca en el culo y me susurra que aunque no me guste me acostumbre, porque lo escucharé a menudo a partir de ahora.

–Bienvenidos al FreeSea –saluda el Capitán Cooper –. Si me permiten, les presento a su tripulación.

Dos matronas del barco, una de ellas médico, un prestigioso cocinero y un camarero son, la tripulación civil a nuestro cargo y servicio. El resto hasta doce dependen y obedecen al Capitán, que no tarda en mandarlos a sus labores para que nosotros podamos ver, tocar, disfrutar e incluso vivir y así me cuenta Nathan, en nuestro barco.

–¿Qué tenías pensado? –pregunto curiosa.

–Hice muchos planes en Ibiza.

–Pues cuéntamelos.

Como confesó en Barcelona y así pude apreciar. Como se comportó en Ibiza y así supe de verdad. Y como ahora cuenta, veo y entiendo, el mar lo libera.

Con lo que en mi ciudad natal y sin que lo tomara en serio, donde me dijo que algún tendría un barco como el de jeque habló con un cliente y se compró el FreeSea, porque era una ganga. Más tarde, en una recóndita cala de la pequeña isla de Ibiza donde no dejó de nadar fuera de día o de noche, Erika lo llamó para contarle su compromiso con Jackson. Entonces se dio cuenta de que la única manera de que yo fuera tan solo para él, era, casándose conmigo. Así que le pidió a su hermano que planificara un viaje a Las Bahamas con la intención, a parte de satisfacer los deseos de su prima sin que lo supiera, de sorprenderme a mí y a todos con mi pedida de mano y su consecuente boda. Sin embargo y como ahora sé, la noche en la que todos cenamos en la Torre, llevado por la impaciencia, la desesperación y el desasosiego, imprevisible se dejó llevar y estuvo a punto de revelar sus sentimientos, casi echando a perder cuanto había planificado.

No obstante, aun reconociendo que no fue así, mal cabreo le provocó la inesperada interrupción de su hermano.

Me dice, que desde que volvimos a Nueva York sus nervios y pequeños ataques de ansiedad no se han debido a su vuelta a la Torre principalmente, sino que eran consecuencia del temor, a que yo le dijera que no.

No obstante reconoce, que la Torre le tentó.

De hecho, tanto le tentó, que recayó en la soledad de la que fue casa sumergido en el alcohol, pudiendo así confesar que se sentía muy a gusto estando dentro, aunque deseara salir.

Él tan solo deseaba olvidar su pasado y empezar a vivir.

Y eso ha hecho conmigo. Vivir cada día gracias a mí. Es más, entre arrumacos y tiernas reflexiones reconoce que en la casa de la playa se ha sentido libre y parte de este mundo.

Mas si cabe, lo más sorprendente para él sin duda alguna fue, su toma de decisión más radical y primordial.

Tras saber, unos días antes de la boda de su prima, que la compañía naviera cumpliría con los plazos previstos y al puerto de Nassau llegaría el FreeSea un día después de nosotros, Nathan no dudó en hacer realidad uno de sus sueños más exclusivos sino el que más.

Decidido y sin pensarlo dos veces, habló con el mundo.

Sí. Con el mundo entero.

Y es que estaba organizando un viaje alrededor del mundo en barco que duraría unos tres años, teniendo el itinerario, las rutas y el planning del viaje, casi terminado.

–¿Todo eso has hecho y yo no me he enterado? –pregunto asombrada y él endurece el rostro.

–Crees que ya no sueño, que ya no sufro mientras duermo, pero me despierto. No tengo espasmos y el sonambulismo ha desaparecido por completo. No me acucillo aterrorizado de mí mismo. Pero recuerdo el dolor y ya no vuelvo a dormir.

–Pero siempre estás conmigo. Si te fueras lo notaría.

–No suelo irme muy lejos –comenta sonriente –. A veces te veo dar vueltas en la cama, revolvete entre las sábanas, luchar contra algo que no existe. Pero enseguida te relajas. Ni siquiera te das cuenta. Me tumbo a tu lado, me abrazas y escuchar mi corazón te calma. Entonces, dejas de soñar.

–¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberte ayudado.

–Porque soy yo quien debe de aprender a luchar contra mí. Contra el hombre que a veces me domina y desea volver a su antigua vida. Porque gracias a eso ahora estamos aquí.

–Nunca dejarás de sorprenderme.

–Eres tú quien siempre me sorprende –y me besa posando sus manos en mi vientre.

–Siento que no podamos ver mundo.

–Solo lo he retrasado, pero si quieres podemos empezar por Islas Ábaco.

–Mmmm... Ya tengo ganas de verlas...

–Pues yo quiero ver otra cosa –y muerde mi cuello –. ¿Me acompañas? –y de la mano me lleva al interior de nuestra casa flotante –. Proa –y señala de donde venimos –. Popa –el otro extremo del barco.

–La entrada y la terraza trasera.

–Sí. La entrada y la terraza trasera con piscina y una zona de recreo.

–¿Qué tipo de recreo?

–Ya lo verás. Sra. Moore, ya puede curiosear...

Y madre mía lo que ha dicho...

Curiosear, es poco para mí.

Sin embargo él, tan solo me deja ver sin mirar y acariciar sin tocar o probar, porque el camarote principal le resulta mucho más íntimo y reconfortante.

Terracota y marrón, el camarote más grande tiene vestidor, salida directa a popa y por supuesto baño propio.

Y como en un recuerdo fugaz, el jacuzzi como único lugar donde despejar a mi mente.

–Qué cómodo... –expreso al sentarme en un sofá reclinable y hecho para mi espalda –. La verdad es que podría vivir aquí durante tres años o toda la vida. Es gigantesco... –y me tumbo del todo y él observa como toqueteo los botones que me suben y bajan, sin moverse de la cama –. ¿Ocurre algo?

–No.

–¿Estás seguro? –y al levantar la cabeza de repente me pongo tiesa –. Qué sensible...

–Ten cuidado Rebeka.

–Tranquilo... –y me tumbo en la cama –. Ven aquí. Mira el techo –y eso hace.

–Nudos.

–Son perfectos... –y sobre nosotros un panel gigantesco hecho de nudos marineros, de cuerdas gordas y trenzadas.

–Ahí podría enganchar las correas, mantenerte de pie y muy quieta.

–¿Y no tendrás esas correas por aquí verdad? –y me siento encima suyo.

–No. Y hasta que des a luz y te encuentres perfectamente, se acabaron los juegos.

–¿Todos?

–La mayoría –y sin apenas darme cuenta ya está sobre mí.

–¿Entonces dejamos los nudos para otro día?

–Como el viaje al mundo.

Y derretida me tienen sus besos por el cuello.

–Eso es mucho tiempo...

–No creas que aguantaré tanto.

Y derretida es la humedad de mi vagina mientras su lengua enredada en mi clítoris me lleva a gemir.

–Qué bien sabes... No me canso de probarte...

Como su afán más deseable, como sus besos y el rozar de su lengua, como en mis labios suele penetrar y como su hambre es de mi sabor, dar rienda suelta a la fuerza con que mis piernas mantienen su cabeza en mi vagina ardiente pasión libera, como feroz es su codicia.

Jugosa y carnal, caprichosa y juguetona.

Su lengua.

La que intensifica mi ansia de él, la que entre mis piernas podría el tiempo frenar, la que ardo en deseos de poseer mientras suspiros y jadeos en mi boca lo provocan aún más y la obligan a parar.

Parar de degustarme.

Frío y orgulloso deja de lamerme. Incisivo y oscuro levanta la cabeza. Intensos y penetrantes son sus ojos que me buscan, pero los míos...

Los míos cierro, y es que, no me atrevo a mirarlo.

Entonces abre mis piernas y las mantiene contra la cama.

–Mírame.

Y, ay... Resulta, que yo también soy orgullosa.

–Tendrás que ganártelo.

–Preciosa... Desearás hacerlo –y me folla con sus dedos y su lengua a la vez besándome lascivo y penetrándome enérgico mientras yo contoneo mis caderas y lo llevo por donde sé que puedo correrme, hasta que él no soporte verme y escucharme.

–Mírame... –susurra y giro la cara –. Mírame a los ojos...

Pero yo solo me corro. Aspiro con fuerza incapaz incluso de respirar mientras él se deshace en halagos insistiendo en que lo deje admirar, mi placer.

Pero yo solo me corro y no lo miro.

–Lo harás –y noto que se aleja e incluso dejo de sentir el calor que desprende –. Ahora lo harás –y de las piernas me coge para darme la vuelta.

–¿Pero no has dicho que nada de juegos?

–Estas son inofensivas –y de las muñecas me hace esclava a los barrotos mientras sonrío maliciosa y solo para mí –. ¿Aún te resistes? –y por girarle la cara me ata los pies a la cama –. Y con un nudo marinero. Ahora desearás mirarme a los ojos.

–Me muero de ganas...

Y por decirlo y no hacerlo me llevo un azote aunque besos y caricias calmen mi culo después.

–No te muevas...

Y despacio por mi columna vertebral roza sus dedos, como lento y provocador desciende hasta mi hendidura, donde con fuerza masajea mis nalgas, como tentadora es mi ansia de sexo.

Y entretanto mi cuerpo, imposible es mantenerlo quieto.

Yo, intento controlar mis caderas que se contonean en busca de su lengua y del calor de su boca, aunque me lo niegue. Dice, que si lo miro obtendré recompensa, pero yo solo me giro y le muestro mi ceguera. Es entonces cuando abre mis labios y confiesa que le soy más que irresistible, o como mi sabor lo es a su boca.

Pero su boca esconde pecaminosa lengua que...

Ardiente y carnosa desde el ano se arrastra a mi clítoris, una, dos, tres, cuatro...

–Fóllame...

–Mira cómo lo hago –y me embiste con fuerza y yo abro los ojos pero solo veo barrotos mientras mi boca intenta pedirle que me suelte y solo, solo sabe gemir –. Así me gusta...

Así. Jadeando muy quieta tumbada sobre un colchón.

Excitada y esclava a la cama.

Deseosa de verlo y negada por orgullo.

Así. Con él follándome tumbado sobre mi espalda.

Con él susurrándome sin encontrar miradas.

Con él retrasando mi ansia, aunque le sea irresistible.

–Déjame libre –y desata mis piernas –. Quiero mirarte.

Boca abajo y con las manos sobre la cama y él sobre mí, las suyas están sobre las mías y el rozar de su piel la mía eriza.

Su manera de amarme delicado lo vuelve. Sus tiernos besos por mi cuello lo llevan. Sus roces con mi cuerpo humedecen su pecho y su paciencia desespera a mi codicioso deseo, mientras sin darme cuenta, cuando lo siento muy dentro y roza una y otra vez ese punto recóndito y exquisito, lentamente se aleja y se aleja de él, hasta salir de mí y darme la vuelta.

–Estaba a punto de...

–Chsss... –y suelta mis manos –. Ahora está más dura...

Y sentada sobre él, sí.

Dura, muy dura y larga la tengo muy dentro de mí, aunque haya perdido ese punto que...

Que busco ansiosa de volver a sentir, que deseo encontrar y no dejar escapar, que anhelo mientras me muevo y enrosco mi pelo mientras me toco y jadeo excitada, sin que lo logre hallar.

No obstante lo perdido, quizás por conocido lo añore, mas seducida y apasionada llego a sentir, lo inexplicable.

Hacia delante su pene se roza y hasta sus venas noto, pero hacia atrás la endurezco, es entonces cuando al estar en medio la absorbo moviéndome lento y muy poco pero con tanta, tanta fuerza, que poseyéndolo y solo para mí, extrañado me mira.

–Ah... –gime y cierra los ojos con fuerza –. Ah...

–Mírame –y lo hace tras correrse –. ¿Y ahora yo qué?

–Ahora verás –y me pone de lado y me penetra duro –. No me he corrido preciosa... Creí que sí, pero no.

Y me embiste con fuerza aferrándome a él que abre mis piernas y acaricia mi clítoris contemplando mi rostro, mientras yo jadeo sinuosa.

–Ahora... –y adivino sabe cuándo llegará mi orgasmo si sus dedos resbalan por mi vagina y se mojan de mí.

Entretanto yo, que buscaba he hallado el límite orgásmico, hasta el punto de que el cosquilleo que invade mi cuerpo me impide moverme y tan solo me deja sentir cómo asciende por a poco al cerebro, incluso adormeciéndolo durante segundos.

Veinte exactamente.

Veinte en que yo, mi consciencia e inconsciencia, mi razón y moralidad, mi personalidad, actitud y aptitudes y mi yo más real y empírico, se evaden y me otorgan plenitud para ascender al delirio amoroso extendido y expandido de estelas, por todo mi ser.

Pero mi ser...

Yo no solo disfruto si él me ama, no solo admiro el negro de sus ojos estando en la cama, no solo deseo su cuerpo si mi sexo reclama.

Yo, acaparo su atención y lo envuelvo, de libre amor.

Un amor reflejado en agua salpicada de rosas anaranjadas en donde por arte de magia se forman palabras, o la viva voz de su alma.

“I love you”

Eso dicen los sedosos pétalos de rosa que decoran la piscina de popa mientras a su alrededor pequeñas velas encendidas y blancas ambientan románticamente la zona de recreo, donde esta noche cenaremos.

Esta noche y las siguientes hasta cinco, excepto una.

La misma en la que decidimos nuestro futuro.

El FreeSea nos llevó a Islas Ábacos. Vivíamos en el barco día y noche exceptuando los largos ratos que pasábamos de isla en isla, a cual más desierta. Vimos delfines que jugaban a pillar o a quién corre más, e incluso nadamos cerca de ellos pero sin rozarlos. Se acercaban al barco de noche y cantaban en mitad del océano iluminado por la luna, aunque rápido desaparecían alertados como nosotros, por aletas de tiburón. Sin embargo, por el día, cuando nos acercábamos a cualquiera de las islas, nos acompañaban en la travesía yendo más deprisa que el yate.

Durante cuatro días con sus respectivas noches estuvimos navegando y tan solo parando en cualquiera de los cayos de entre quince a elegir, durmiendo o mejor dicho follando y después durmiendo en el barco, desayunando en cualquier playa sin nadie más que nosotros, nadando, tomando el sol o follando de nuevo entre palmeras antes de regresar al FreeSea, para ducharnos, comer y hacer la siesta.

Y es que unas vacaciones sin siesta, no son vacaciones.

Pero... Ay...

Qué ilusa soy al pensar que el hombre quien dice estar locamente enamorado de mí, me dejaría dormir.

Mientras lo intentaba él acariciaba mi espalda. Entonces a mí me entraba la modorra y él me besaba deleitoso sacando a relucir mi debilidad, para solo él satisfacerla.

“Sin juegos te amo y con ellos...”

Con ellos soy un loco en tus manos.

Sin prisa te adoro y con ella...

Con ella soy de tu cuerpo, hombre de amor desesperado.

Sin nada más que nosotros te siento, como caos dominante de un cuerdo, deseoso de tus besos.

Tú me haces libre.”

Con esas mismas palabras tras cuatro días de ensueño, dio por comenzado el fin de Bahamas. El FreeSea nos dejaba en un lugar realmente increíble y tan solo recreado imaginable, como en un cuento de hadas.

En un extremo del saliente de una isla redonda, metimos el yate. Su agua azul clara blanquecina era distinta a la que se podía observar rodeando la isla. Y en el centro de esta, como el edén emergido del océano atlántico un pequeño monte rodeado de árboles, escondiendo el paraíso.

Allí paseamos, como siendo libres siempre hicimos.

Caminamos desde la orilla a su base. Ascendimos la ladera sin prisa pero sin pausa. Y al llegar al vértice de lo que pensé que era una montaña, vi la fantasía.

Una casa elevada en mitad de un gran lago cuyo riachuelo incansables seguimos, hasta que se adentraba demasiado y lo perdimos.

En esa casa pasamos la última noche, antes de regresar.

Dentro podíamos ver, la superficie del agua bajo nuestros pies. Fuera, la arboleda y una cascada proveniente del pico de la montaña como selva en mitad del océano. Dentro admiraba al hombre al que amo y fuera, asombraba por su tenacidad y entrega, fui consciente de lo verdaderamente libre que era, en un lugar tan apartado.

Dentro le pregunté por las rosas y él me explicó, su porqué.

Como la inocencia que vio en mí y como la pureza de mi alma, las blancas eran perfectas para su romántico despertar.

Solo deseaba un futuro y en ellas encontró, un sólido amor.

No esperaba conocerte.

Y mis caricias lo llevaron a besar mis manos.

Como la excitante pasión que sintió al poseerme y el deseo de estar conmigo por siempre, las rojas mostraban que de mí se enamoraba.

Solo pretendía transformar la lascivia, en tiernas palabras y sutil poesía.

Y por fin te he encontrado.

Y sus besos en mis manos lo llevaron a admirar mi llanto.

Como la satisfacción y alegría de haber logrado ser libre, las naranjas son su entrega y valía por fin renacidas, si junto a mí permanece.

Solo hace lo que siente, porque conmigo es más fuerte.

Solo para mí.

Y siendo para él continuó con halagos, romances y fuertes abrazos.

“Las rosas son tu persona. Yo, su color. No hay flor que en su tacto no posea la luz creativa que admiras, cuando su aroma respiras.”

En medio de un lago escondido en la montaña verdosa, cuya cascada resplandece de noche y se refleja en el agua, hay una cabaña.

Dentro sabía que lo amaba y fuera también.

No obstante, en medio de una isla en mitad del océano cuya montaña verdosa esconde el paraíso, una cabaña bastó para que en su interior me contara lo que había planeado, mientras en su lago, ya fuera y pensando, sin bastarme aceptara.

Eso sí ahora me sobra y me basta

Él ama su trabajo. Aunque sea su propio trastorno Nathan ha vivido por y para la Torre durante sus jóvenes y mejores años, y aunque ahora Erika está al mando a pesar de no tener su larga experiencia pero sí la ayuda de Harold, su tío regresará a España con Beatriz, tarde o temprano.

Así que Nathan me planteó la posibilidad de vivir en Nueva York, sin que me convenciera.

–Pasaremos las navidades en Barcelona.

Pero mi respuesta fue que no.

–También iremos en verano.

Pero volví a negarme.

–¿Cuántas veces quieres ir a tu país?

Y eso me preguntó sin saber, cuál era mi temor.

Entonces, y más que sincera dije, que no volvería a la Torre.

Pero él fue tan convincente, tan elocuente, directo, fiel a su empeño por seguir siendo libre y tan franco y natural, que la casa de la playa y su horario de trabajo a media jornada fueron mis condiciones para aceptar, mi nueva vida en Long Island.

Dentro de la casa, sobre un lago en mitad de una pequeña selva inmersa en una isla paradisíaca, Nathan y yo vivimos una noche de encanto en la que un bebé era testigo sin saberlo de nuestros encuentros y la pasión, que hubo en ellos.

Que hubo, hay y habrá. Y es que, pasión desprendemos y pasión entregamos. No importa el cómo, el dónde o el haber estado encerrados. Estemos donde estemos pasión existe y por siempre pasión, pase el tiempo y los años.

Tiempo.

Buen tiempo hacía en Nueva York tras regresar de Bahamas según lo planeado por Nathan, quien mantiene el control de todo cuanto hacemos, para intentar adecuarse a su nueva vida.

Para empezar, el día señalado acudimos a nuestra cita con el ginecólogo, muy bien recomendado por Erika. Nos dijo que todo estaba bien, también que solo había una bolsa y que el corazón del bebé ya se escuchaba y a una velocidad asombrosa.

Pues bien, ese día me di cuenta de que nunca he admirado el brillo de unos ojos tan ardientemente negros y tan llenos de una fascinación tan embaucadora, como los de Nathan al escuchar el corazón de su bebé.

A ciento setenta se puso un feto que no era más grande que una alubia. Y a ciento setenta casi se pone su padre. De hecho tuvo que salir de la sala al sentir o así describió, que el corazón se le salía del pecho.

Ahora, ya no es miedo a salir, terror al exterior o pánico si se expone.

No. Ahora siente la congoja y la impotencia dominarlo porque dentro de mí está parte de él y él no puede controlarlo.

Sin embargo, nueve meses dan para mucho. Incluso para mi madre, que no tardó en aceptar la propuesta de Nathan de venir a vivir a Manhattan, o al piso 16 de la Torre, la que fue su casa.

Sí. Nueve meses dan para mucho. A Nathan le han servido para acostumbrarse a ir solo con su chófer en el coche, de casa a la Torre y viceversa, y aunque la mayoría de las veces es Jackson, que sin tener por qué ahora que es jefe de seguridad de la Torre, quien lo recoge y lo trae de vuelta, su fiel amigo lo acompaña donde quiera que vaya, si es que yo no puedo.

Y a mí, que me encanta dormir y ahora ya nada me impide despertar cuando me dé la gana sabiendo que a unas horas veré a Nathan, este tiempo me ha servido para redecorar la casa de la playa, comprarle miles de cosas al bebé porque con Erika me pierdo y ella siempre me acompañaba, y también a confiar plenamente en las palabras de Nathan, porque así lo demuestra.

A las seis de la mañana se va y las tres de la tarde regresa.

Como yo echa una siesta y ahora sí dormimos. De hecho hace ya más de dos meses que no follamos. Y no será porque a mí no me apetece aunque cuanto apenas, ya que aún me queda algo de libido por ahí. Pero no es por mí, es por él.

Se siente mal. Le parece un juego pervertido y no quiere mostrarse sexualmente mientras yo no puedo ni moverme. Así que de follar nada de nada y ya ves.

Yo, que pensaba que con él lo haría hasta el final, resulta que ya hay alguien más por quien retrasar, mi y su satisfacción sexual. No obstante y aunque sexo falte, sigue enamorándome en cada atardecer, de madrugada, bajo las estrellas y mucho más al despertar, aunque mi mal carácter matutino no haya desaparecido.

Yo tengo, muy mal despertar y preñada, un poco más.

Las nueve en punto y creo que me he meado en la cama.

–Buenos días preciosa hoy has madrugado –dice al llamarlo.

–Nathan, creo que ya.

–¿Ya qué? Sí Erika, deberíamos hablar con ellos. Mañana por la mañana tengo un hueco ¿Qué decías amor?

–Que ando y goteo. Que... –y me pongo de cuclillas.

–¿Rebeka?

–Que ya viene el bebé... –expreso compungida porque en los riñones la presión se agudiza y a mi vagina se traslada, sintiendo cómo se abre y gotea incontrolable –. Nathan...

Pí pí pí pí pí pí...

Y si normalmente tarda una hora en llegar...

–¿Rebeka?! –grita media hora más tarde.

–¡Estoy arriba!

Y de arriba abajo en sus brazos, teniendo a Erika y Jackson en el coche esperando, para llevarnos al hospital.

Pero Nathan...

Nervioso no lo define, pero aterrorizado tampoco.

Más bien es... Preocupación en exceso e inseguridad.

De hecho sus rodillas tiemblan y el sudor de su frente me recuerda su pánico aunque controlado disimule su inquietud, agarrando mis manos acongojado.

Entretanto yo me reclino en el asiento, la presión en mis riñones cada vez es más intensa y de manera inconsciente mi cuerpo se encoje preparándose, para el parto inminente.

–Ay... –un pinchazo en los ovarios y empujando los calmo.

–Tranquila preciosa... –susurra Nathan –. Tranquila...

–Eres tú el que tiembla.

–Calmaos... –dice Erika –. Ya estamos muy cerca.

–¡Pero si aún no hemos llegado al puente! ¡Ah! –y de nuevo mis riñones se resienten.

–Date prisa Jackson –le pide Erika sin dejar de mirarnos.

Mientras tanto y conmigo aunque no me sirva para calmar mis dolores un Nathan extremadamente nervioso e inquieto, su prima que no deja de mirarme angustiada, su amigo Jackson que pita y adelanta yendo cada vez más deprisa y un bebé impaciente por salir, sin que yo esté preparada.

–¡Creo que... –y me meo encima pero de verdad mientras Nathan boquiabierto y sudando acaricia mi espalda intentando calmarme, aunque realmente me agobie –. No me toques. Por favor déjame –y se asusta al ver que violentos no son mis ojos sino lo siguiente –. Gracias –y con mi mano en su pierna me viene una

contracción que me obliga a apretarla con una fuerza tan descomunal, que incluso inflama las venas de mi cuello y arde en mi cara.

–Respira nena respira...

–No me jodas... –chirrían mis dientes –. Fu fu fu fu fu fu...

Pero eso hago hasta que por fin cruzamos el puente mientras el silencio imperturbable me invade y acrecienta mi temor, de dar a luz en el coche.

Y todo por poner los dedos donde más me duele.

–Creo que lo he tocado –expreso al notar el cráneo del bebé.

–Dos semáforos más... –dice Jackson mientras Erika saca un pañuelo blanco por la ventana.

–Todo saldrá bien –y si yo necesito respirar incansable, a Nathan le hace falta un calmante y en vena.

Entretanto yo a lo mío con mis dedos rozando una cabeza que intenta escapar de mí trayendo tras de sí a todo un perfecto ser en cuerpo y alma, al que le pusimos nombre en el mismo instante en el que supimos su sexo.

Como su padre. Así es mi bebé.

Y se llamará, Àdrian Moore.

Impaciente y tenaz como yo, y con mucho pelo.

Eso creo que toco, porque no me veo.

–Ya hemos llegado.

Pero al abrir la puerta Nathan no sale, yo ni me lo pienso y mientras Erika me lleva en una silla de ruedas al interior del hospital Jackson está con él y no salen del coche.

–Tranquila Rebeka, Nathan vendrá.

–Esto no puede estar pasando...

–Rebeka Moore –le dice a un médico –. Ya hemos llamado a su ginecólogo –y me quitan de sus manos –. ¡En cuanto me dejen estoy contigo! –grita mientras me suben al paritorio, más sola que la una.

Desnuda y con una bata verde tumbada la cama deseando ver a Nathan, tan solo encuentro al médico que durante meses ha cuidado de mí y a su vez me convenció para que usara la epidural, empecinada en parir natural y sin drogas.

Sin embargo ahora, ahora que la necesito sí o sí, que si no me la ponen mato a alguien y que, o me pinchan algo o me piro dando codazos y puñetazos, me dice, que tal y como está la situación, se le hace imposible administrármela.

Respira Rebeka respira...

Respira otra vez porque sino rodarán cabezas...

Pero para cabezas la de Àdrian, que asomando mientras me duele todo el cuerpo abre mis ojos y nitidamente me hace ver, que seré incapaz de soportarlo.

Y aprieto con fuerza y...

–Muy bien Rebeka, sigue así –me anima el Doctor con sus manos en mi vagina.

Y yo aprieto y...

–Lo siento preciosa –oigo a mi hombre y creo que es un espejismo entre gritos, dolor y sudor –. Lo siento mi amor, lo siento mucho... –pero que atrape mis manos entre las tuyas que enganchadas a las barras no las sueltan porque pegadas se sujetan y me ayudan a ejercer más fuerza abre mis ojos y ahora sí literal, encontrando sus lágrimas sobre mi cara.

–Ayúdame... –y susurrándome que puedo mientras respira y empuja conmigo, revelándome que solo yo poseo la virtud de obligarlo a superarse cada día y que Àdrian nos unirá de por vida, logro pensar en una cosa que es asquerosa pero resulta infalible y me obliga a apretar con mucha más fuerza, llevada por la presión en los riñones.

–Muy bien Rebeka sigue así... –dice el Doctor –. Empuja...

Y como sentada en el váter de mi casa, así como hacemos todos... Sí, es asqueroso.

Pero de un empujón Àdrian Moore se desprende de mí.

–Lleva dos vueltas de cordón –y al mirarlo, morado –. Ya está –y lo corta, le da mi bebé a la matrona y lo alejan de mí.

Entretanto Nathan ejerce demasiada fuerza sobre mis manos mientras lo observa angustiado y yo no hago otra cosa que llorar y llorar desconsoladamente, sin dejar de mirar a mi hijo.

–Démelo por favor... Démelo... –imploro al verlo vestido.

–Necesita calor –dice la matrona.

–Por favor... Déjeme tocarlo, solo quiero cogerlo un rato –y la tía me mira repelente.

Sino fuera porque no puedo...

–Déselo –impone el Doctor –. No hay nada como el calor de una madre.

Y de un rojo oscurecido que tardará en disminuir a causa del estrangulamiento, Àdrian calma sus lloros, se acurruca en mis brazos mientras lloro, parece estar complacido e incluso hasta creo, que me sonrío.

Sí. Me sonrío y yo lloro de felicidad mientras su padre tras de mí y con sus manos sobre él lo llama por su nombre, le dice que lo quiere y que por siempre lo amará, como hará conmigo.

Y yo, observándolo, jamás pude imaginar que un hombre dominado por la fobia perturbadora de la abnegación a la libertad pudiera mostrar tal fascinación y pleitesía por un ser tan pequeño e inocente, tal entrega y valía por defender su vida y tal ternura y pasión por enseñarle a luchar, por sus sueños e ilusiones.

“Él sabrá, que su madre logró de mí, lo inimaginable. Él sabrá que por amor ha de hacer, lo impensable. Él, libre y hombre tendrá anhelos y creará en ellos. Él verá en mí la debilidad, pero sabrá que mi amor por ti venció a mis miedos.

Y tú, Rebeka, su madre y mi más que eterna compañera, nunca dejarás de sorprenderme.

Te quiero. Te amaré siempre.”

Y qué puedo decir, si llorando y con nuestro hijo en brazos sus labios me besan y como tantas otras veces salados son, tras su llanto de amor.

Nada, o mejor sonrío, como hace mi niño.

Un nene para mí... Uno como él en chiquitín, impaciente y con mucho pelo, y espero, que con sus mismos ojos.

Negros, oscuros y atraentes, como los que me miran.

–¿Eres feliz?

–No sabes cuánto...

Tras los puntos nos llevan a nuestra habitación donde nos espera su familia y mi madre, que imaginable se pone a llorar y no deja de decir que ya es abuela mientras mira encandilada a su nieto, como hacen todos.

Lo observan dormir y sonrían maravillados. Le hacen fotos y las miran después sonriendo encantados. Abrazan a Nathan y le dicen que es igualito a él mientras le muestran las fotos y vuelven a sonreír. Y yo, que jamás he estado tan reventada solo sé decir gracias cuando me felicitan, responder que estoy bien cuando me preguntan y sonreír débilmente cuando me enseñan sus fotos, como si no los hubiera visto hacérselas.

De hecho, aun entendiendo su felicidad compartida, y todo lo que hago es escapar de sus halagos, consejos, explicaciones e historias personales, porque lo que me apetece es dormir, quejarme de lo que me duelen los puntos, estar a solas con Nathan, contemplar a mi bebé ensimismada y lo que más, aunque no sepa el porqué, lo que más me apetece es llorar.

Sí. Quiero llorar como si no lo hubiera hecho ya y durante un buen rato. Llorar como si hubiera dejado de hacerlo en algún momento aunque estuviera disimulando. Y llorar y llorar y llorar a mares sabiendo que no es por tristeza y tampoco, por decepción o fracaso.

Es, por liberarme, por desahogarme y explayarme, porque estoy feliz pero mi alegría es rara, porque ahora soy madre y no sé lo que es eso, porque Nathan está muy asustado y disimula para no preocuparme. Porque necesito llorar y lo necesito ya, sí o sí.

Así que tras horas de visita y gracias a que mi marido me conoce más de lo que siempre he creído logramos echarlos, por supuesto y para que no se me olvide y así dice mi madre, hasta mañana por la mañana.

Menos mal...

Ahora, el silencio y la calma, como acompañantes.

—¿Crees que tendrá frío? —pregunta preocupado.

—¿Está temblando? —y muevo la cabeza para verlo incapaz de mover mi cuerpo.

—De repente se le ha erizado la piel —y acaricia su rostro.

Entretanto yo observo sus oscuros ojos contemplar a su hijo, mientras fulgorosos saben que lo observo.

—¿Estás bien?

Y todas las noches a partir de ese día, su pregunta ha sido y es esa, porque desde que somos tres nuestra vida ha cambiado y la verdad, la verdad es, que para bien.

En Long Island vivimos. En la casa de la playa. Durante los tres primeros años de vida de Àdrian yo no he trabajado. Los he dedicado a cuidarlo hasta que lo llevamos a la guardería, por supuesto, una de las mejores de Estado, y desde ese momento volver al mundo laboral, se me hizo raro.

Ser la ayudante ejecutiva de los mandamases Nathan Moore y Erika Moore, no es fácil. Sobre todo cuando discuten y se llevan como el perro y el gato y soy yo quien tiene que mediar entre primos, o peor, entre copresidentes.

Hasta mi vuelta al trabajo era Harold quien se encargaba de hacerlos entrar en razón, olvidando sus disputas personales en cuanto al carácter y forma de hacer las cosas, convenciéndolos de que lo que tenían que hacer era solucionar los problemas de la empresa en beneficio de la misma y al margen de sus respectivas personalidades y conocimiento mutuo. Pero su tío y Beatriz regresaron a España junto a mi madre y Alfonso tras el tercer cumpleaños de Àdrian, así que ahora soy yo quien se come sus discusiones. Lo bueno es, que de vez en cuando me parto de risa y paso de ellos cabreando a Nathan, sin que me importe.

Yo, sigo siendo la misma, y creo que cuanto más mayor me hago y más responsabilidades tengo a mi cargo, más difícil le soy de trato. Sin embargo, él sabe en cada momento cómo ha de ser para derretirme y embaucarme, aunque su persuasivo y seductor comportamiento ni le valga ni le salga, si hablamos de discusiones laborales. Y es que los dos sabemos, que si me meto le daría la razón a Erika, pero entonces discutiría con él y la verdad, no me merece la pena.

Yo no tengo ni idea ni de la bolsa ni de economía y siempre que opino es para recriminarles que discuten como niños, así que yo paso de líos. Es más, tras presenciar algún que otro enfrentamiento verbal llegué a la conclusión de que no servía de nada entrometerme, ya que al final ellos mismos reconocen sus errores y toman cada de sus decisiones, casi al unísono.

Pero cómo le cuesta a Nathan cambiar de opinión...

Y es que dentro la Torre es, el hombre de antaño.

Eso sí, cuando sale es su yo mas sincero y libre, su yo mas deseado y su yo mas dichoso. Sobre todo al recoger a nuestro hijo de regreso a casa.

Mientras tanto a mí, con verlo feliz me sobra y me basta, ya que dos hombres me pierden y más, al verlos unidos.

Son idénticos físicamente. Un clon por fuera y en toda regla.

Sin embargo el carácter de Àdrian es un vivo reflejo de mí, y a mí, que me encanta mirarlo cómplice porque lo entiendo a la perfección también me río cuando su padre se exaspera y calla para no alterarse, si Àdrian le pide estar constantemente en la playa o en el Parque.

Yo enterraba a Nathan.

Ahora es su hijo quien lo hace y frente a nuestra casa.

Yo daba de comer a los patos.

Ahora su hijo lo hace a cada rato, porque la debilidad de su padre es complacerlo como hace conmigo, reflejo y resultado de su extrema necesidad de amarnos.

En la playa de Long Island vivimos, excepto en verano.

Durante tres meses olvidamos la rutina, nos alejamos de la Torre y escapamos de Manhattan.

Junio es para mi madre y Barcelona, y no volvemos a verlos hasta navidades, que las pasan en la Torre porque las fiestas de Erika son las más glamourosas de Nueva York.

Dos semanas de Julio las pasamos en Ibiza y recordamos nuestra soltería y plena libertad, o por lo menos la más reconocida de Nathan.

Entretanto me sigue enamorando con sus poemas, sus rosas y sus sorpresas lujuriosas.

El resto del verano hasta mitad de Septiembre, el FreeSea es nuestra casa y a los niños les encanta. Y digo niños, porque aun reconociendo que a Nathan le costó bastante convencerme, cuando Ádrian cumplió cuatro años decidimos ir en busca del segundo. Y lo hicimos al mismo tiempo que Erika y Jackson.

Jackson lo deseaba desde hacía mucho, pero Erika se veía muy joven para tener un hijo, así que esperaron.

Ja... Como si yo fuera tan mayor...

Me contó, que la culpa fue un descuido, eso sí, se parte de risa al recordar el descuido del cual nació un niño, un mes después del quinto cumpleaños de Ádrian.

Jeremy se llama, un nene rubio y regordete que siempre está bajo el amparo de mi hijo, porque lo defiende a capa y espada.

Y es que, el hombrecito Moore, cuando se cabrea no hay forma de parar su enérgica lucha en defensa de sus ideas, o como hago yo con las mías cuando creo que llevo razón. Así que Ádrian es un clon de su padre por fuera y un copia exacta de mí, por dentro.

Jiji...

Me encanta que siempre estemos de acuerdo y lleguemos al punto de cambiar la opinión de quien hasta ahora siempre había dominado en mi interior, sino es por la llegada de su primogénito.

Pero... Qué ilusa soy...

De todo hay en este mundo y de todo te puede tocar.

Y nosotros con Diane, no fuimos la excepción.

Casi seis años más pequeña que su hermano, Diane aunque no lo parezca, lo domina. Y más ahora.

La llamamos como a la madre de Nathan porque aunque no me lo pidiera y fuese yo quien decidiera su nombre, sabía que lo ilusionaría, así que la llamé como a su abuela cumpliendo así el deseo oculto de mi hombre.

Y mi hombre en cuanto la vio supo, cómo sería.

Igualita a mí. Eso me dijo. Y el tiempo le ha dado la razón.

Sin embargo en su interior el carácter de su padre la define y él no puede evitar empatizar y derretirse, siempre que está con ella. No obstante, como parte nuestra que son y desde que eran unos críos, Nathan y Diane se pasan el día discutiendo como hacemos nosotros, aunque se amen.

Menos mal que Jeremy es un encanto, muy tranquilo y tiene un corazón de oro, sino es su bondad la que prevalece.

Siempre los calma, sabe hacerlo y de forma pasmosa, por eso siempre están juntos. Eso sí, cuando ven a su tío Junior se vuelven locos y no me extraña, ya que pasan el día haciéndose fotos, patinando en el Parque e incluso sin enterarme, dando vueltas en su moto.

Pero los niños e inocencia van unidos, así que siempre me entero de todo. De todo y más.

Más, que incluso no quería saberlo, sin embargo las fotos son pruebas, y para pruebas las que me enseña mi cuñado junto a Betty en su autocaravana.

Cuando Junior no pilota aprovecha para hacer una escapada con ella donde quiera que sea su destino. No importa la selva, el desierto, lo exótico, las aglomeraciones o la soledad del mar.

Cualquier lugar es perfecto para una pareja tan peculiar.

Ellos, de hijos, no quieren saber nada. Dicen que vivirán sus vidas siendo dos, porque no desean dejar rastro de su paso por la Tierra. Pero sus pensamientos filosóficos y trascendentales resultado de, a saber qué toman por ahí, a mí no me convencen.

Sobre todo cuando he visto a Junior jugar divertido y payaso con los niños, cuando lo he visto darles caprichos al ton ni son, cuando los ha consolado si se peleaban o cuando ahora, que por fin razonan y son conscientes de la realidad y del mundo en el que viven, siempre los protege, les da el cariño que solo él puede y sabe darles, y encima encubre sus tejemanejes de hermanos y primos como si fuera su confesor, salvaguarda y custodia.

Entretanto Betty parece alejada de todo lo infantil, aunque se muestre cariñosa e intente ser dulce.

Ella, por mucho que quiera no puede disimular su distante comportamiento, ni en sueños. Así que entre ellos hay algo pendiente y cualquier día nos sorprenden, aunque también pueda ser que solos y muy juntos se queden, tras llevar años y años.

En cualquier caso se les ve a la legua que se aman aunque siempre eviten hablar con nosotros de cosas ñoñas, como dice Betty. No obstante y para ñoñerías, sus fotos, que como he dicho antes, a cada cual mejor.

De ruta por todo el continente, ninguna tiene desperdicio, es más, en casi todas salen desnudos y en algunas posturas, que...

Que vamos, que mis hijos no las vieron hasta...

Seguramente y conociéndolos, las verían antes de lo que sé.

Pero... ¿Y qué sé?

Sé, que si antes daba importancia a minucias, ahora, tras el tiempo compartido con un hombre involucrado en hacer feliz a su familia, un hombre luchador que olvidó la rendición, un hombre generoso, frío y distante si mi orgullo lo exaspera y un hombre pasionalmente juguetón si arrebataador me seduce con rosas y poemas, aprendo a valorar lo que realmente merece la pena, aunque a veces no lo entienda o no sepa reaccionar.

Y si eso lo sé, también he reconocer que como los niños dejan de serlo, la inocencia se acabó.

La mía ante el mundo y la de nuestros hijos.

La inocencia se acabó y se llevó sus secretos y las ñoñerías con ellos, aunque ahora ya nada de eso importe. Y no lo hace porque nosotros, tras años de espera, retrasos y aplazamientos, por fin dimos esa vuelta al mundo.

La dimos, la seguimos dando y seguiremos dándola.

Quisimos hacerlo con los niños, pero la compañía no pasaba por un buen momento y Nathan no disponía de un año o más de tiempo, de libre albedrío. También lo intentamos en plena adolescencia de Ádrian y Diane, pero volvimos a lo mismo, imposible disponer de tanto tiempo. No obstante poco a poco, año tras año y tan solo en verano, hemos ido visitando países a lo largo de toda la costa atlántica americana, de norte a sur.

Pero pesar de todo como dice Nathan, ya ha llegado la hora de volver a hacer realidad nuestro sueño, o su sueño. Mi sueño al fin y al cabo. Y es que, estar con él lo es. Lo es donde quiera que vayamos. Hemos vivido tantas cosas juntos, que no hay nada que no podamos superar, y aunque hemos tenido nuestras diferencias, nuestras peleas y manías, cada día nos fortalecían y unían haciendo infranqueable nuestra relación, incluyendo el día en que Carol salió del psiquiátrico y vino a Nueva York, para pedirnos perdón.

No me lo esperaba. No sabía ni que venía a Manhattan. De hecho me la encontré por casualidad en casa de Helen y según ella misma nos contó, su siguiente visita iba a ser nuestra casa de la playa. Sin embargo, nos la encontramos de cara, y según dijo su única intención era la de hacernos saber cuan grandioso era su sentimiento de culpa junto a su sincero arrepentimiento, aunque no la perdonáramos nunca.

Pues yo, que vi en sus ojos el dolor de todo el mal inculcado durante años y años en Nathan y posteriormente perpetuado en mí, asombrosamente la creí y no sé muy bien por qué.

La verdad es, que saber que se medicaba entonces y lo sigue haciendo, que ni antes ni después de ese día hemos mantenido el contacto con los Collins excepto con Steve y siempre por temas laborales y que Carol ha cambiado y reconoce que su vida ha girado en torno a la obsesión de conseguir el amor de un hombre, como pago a todos los años que ella ha estado a su lado acompañándolo, saca esa espinita clavada en mi corazón que reclamaba venganza, transformándola en pena y consuelo.

Aún recuerdo sus palabras como la calma que me invade al reconocer su locura.

Dijo, que estuvo obcecada en lograr lo imposible olvidando la voluntad de ayudar, para su deseo acabar siendo su propio trastorno. Con lo cual Nathan y yo la

creímos, después nos despedimos hasta nunca pensé y o hasta siempre dijimos, y desde entonces y no hace mucho de esto, que ya no sueño.

Soñar.

Si estar con Nathan eran un sueño, no lo recuerdo, pero soñar con él lo hice y lo sigo haciendo, aunque sea mío incluso durmiendo.

Soñar. Tener un mal sueño.

Ahora, ninguno de los dos lo hace aunque Nathan no logre dormir ocho horas seguidas. Ni en el FreeSea lo consigue. Pero ahora que nuestros hijos no nos necesitan constantemente, que son capaces de estar un largo período de tiempo sin vernos y ahora que podemos revivir nuestros mejores momentos o los únicos navegando por el mundo, dice, que lo conseguirá.

Que dejará de despertar en mitad de la noche temiendo algún día no poder salir de donde quiera que se encierre, si es que yo lo abandono.

Que yo lo abandonara. Ese es su temor.

Creo que he llegado, después de todo lo pasado, a una sola conclusión.

Nathan es un hombre que vivió en torno al miedo y solo miedo encuentra, en todo lo que hace y piensa. Por tanto, el miedo a, el miedo por y el miedo de, también son parte de él.

—¿Lo tienes todo? —me sorprende asomado por la puerta del baño.

—¿Adónde vamos exactamente?

—Solo te hace falta un plumífero como este —y me enseña un mono gordo, inflado, grande y con pies, capucha y guantes.

—¿Por qué siempre me haces lo mismo? Sabes que recién levantada sino es del café no quiero saber nada de nadie. Dan igual los años que llevemos. Siempre me haces lo mismo.

—Buenos días mal despertar —dice sonriente y cierro los ojos.

—¿Me puedes decir adónde vamos por favor?

—Llevas una hora ahí metida ¿Se puede saber qué haces?

—Ver fotos de los niños —confieso sentada en el suelo.

—Los niños...

—Para mí siempre serán los niños.

—Pues esos niños ya son independientes y están viviendo sus vidas —dice acercándose—. Ahora nos toca a nosotros seguir viviendo la nuestra —y sonriente me levanta, cogemos nuestras maletas y nos vamos a...

—¿Y adónde has dicho que íbamos?

—El yate a Escocia y nosotros... —y sonriente me desespera aunque me abrace y me bese salido—. Nosotros...

—¡Venga...!

—Al Polo Norte —y me muerde feroz.

En unos de los lugares del mundo más fríos e inhóspitos aunque también de los más extraordinarios y asombrosos, igual de extraordinario y asombroso que el hombre por quien lo dí todo incluso hasta el punto de dar mi vida por él, sé que me mereció la pena intentarlo y hacerlo, tan solo por escucharlo recitar cuánto me ama.

Saber que en cada momento hacer cosas nuevas le supone un reto que supera con valentía y esfuerzo, es lo único que lo incita a seguir adelante en su aventura por descubrirse a sí mismo. Pero que todas las noches me susurre al oído en forma de poema o de romántica expresión el amor y atracción que sintió al verme y aumentó intensamente al conocerme hasta el límite de no poder vivir si mí, asombra a mi corazón.

Y sobre mí, al escucharlo palpar...

—Sé que siempre fue mío, que renegué de él y que me dejé llevar. Pero sé, que tú también.

–Eres muy listo...

Y gruñe mordiendo el lóbulo de mi oreja.

–Me adentré en tu cuerpo. Te amé como nunca he hecho y llegué a echarte mucho de menos. Mientras tanto, me olvidabas en el tiempo.

–No lo hice...

Y chulo muerde feroz mi cuello.

–No pude controlarme. Era incapaz de evitarte, supusiste mi reto más tentador. Pero culpable te obligué a olvidarme.

–No lo hice...

Y sagaz besa mi boca mordiendo mi labio inferior.

–Soñé con volver a verte y te escribí. Solo por ti deseé escapar. Y logré ser valiente al recordar constante, tus bellos ojos al mirarme.

–Solo cinco segundos...

Y esos cinco dura su mordisco en mi culo.

–Solo por ti vencí al miedo. Al terror de vivir por siempre en soledad y al pánico dominante de mi oscuro pensar. Solo por ti decidí escapar.

–Y fue maravilloso encontrarte...

Y su lengua en mi boca oculta su mordisco en la mía.

–Amarte ilumina a mi ser. Abre mis ojos y despierta en mí al hombre más completo. Solo tú me haces libre.

–Ámame...

Y así me ama. De forma incondicional y apasionada.

Y así lo amo yo. Intensa y profundamente.

Y así fuimos, somos y seremos. Dos polos opuestos atraídos por el ardiente deseo sin importar el espacio e incluso el paso del tiempo, porque la vida fuera de la Torre es tan real, como la que día tras día comparto junto al hombre de mi vida.

Nathan. Nathan Moore.

Quien siempre dijo no esperar conocerme, mucho menos por fin encontrarme y ahora poseerme, solo para él.

–Solo para mí. Así eres.

“Solo para mí como aire necesito y respiro.

Como admiro tu rostro y acaricio tu piel.

Como inhalo tu aroma y saboreo un beso de tu boca.

Como llenar a mi corazón y siempre de tu amor.

Así eres tú preciosa. Solo para mí.”

FIN